

Año XII Tomo XXX Núm. 119

Ateneoa

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

Augusto d'Halmar	<i>Puntos de vista</i>
Alejandro Lipschütz	<i>Leonardo Pena</i>
	<i>Algunos aspectos fundamentales de la fisiología moderna y la medicina dentaria.</i>
Antonio García	<i>La sequía</i>
Víctor Domingo Silva	<i>Hombres y cosas de España</i>
Alejandro Fuenzalida	<i>Barros Arana y su época</i>
Grandón	<i>Broder Christiansen. Profeta de un nuevo Dios</i>
Arthur Hoerce	<i>Destierro y muerte de Francisco Contreras y</i>
Ernesto Montenegro	<i>Leonardo Pena.</i>

LOS LIBROS.—**Germán Luco:** *Hombres.*—**Enrique Espinoza:** *Poemas y palabras.*—**C. P. S.:** *Queguay, el niño indio.*—**Del 1 al 6.**—**Isaac J. Barrera:** *Un libro de Carrión.*—**Tomás Lago:** *La última Niebla.*—**Arturo Troncoso:** *Así bajaron los perros.*—**Juegos Olímpicos.**—**A. T.:** *La Escuela de las Mujeres.*—**El psicoanálisis. Teoría sexual de Freud.**—**A. Torres Rioseco:** *Sobre literatura peruana.*

NOTAS Y DOCUMENTOS — SEÑALES — ASTERISCOS — NOTAS
DEL MES — LIBROS RECIBIDOS

Precio \$ 3.50

Mayo de 1935

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Mayo de 1935

Núm. 119

Puntos de vista

¿Y la paz?

Hay una promesa de paz en América. ¿Será ello posible? Las conferencias de Buenos Aires, permiten suponer que por lo menos se logrará hacer cesar el sangriento conflicto del Chaco. Es decir, paralizar las hostilidades mientras los cancilleres discuten en la tranquilidad del Gabinete, las condiciones y las garantías que reclaman cada uno de los beligerantes. Todavía la diplomacia es una palabra decorativa; un entorchado pizpireto o un espadín de lujo para asustar a los niños. La paz parece ser ahora una expresión de los textos de Derecho internacional. Ha ocurrido que mientras los delegados americanos iniciaban sus discusiones sobre la paz, se combatía con más encarnizamiento que nunca en la región chaqueña. ¿Qué contrasentido es este? Creíamos todos en América que las hostilidades iban a ser suspendidas en homenaje al sentido de humanidad, junto con llegar a Buenos Aires los bagajes de los delegados.

América está también enferma. Lo está como Europa que se debate entre los histerismos de la guerra próxima. Aquella atmósfera cargada de gases asfixiantes, de recelos y emboscadas, ha hinchado el oleaje del Atlántico y del Pacífico y sus marejadas han venido a reventar en las costas de este continente que ya no habla

español únicamente, como antaño. Una jerigonza endiablada en que alternan idiomas de todo el mundo, junto con los intereses de todo el mundo, dificulta la acción de los países indefensos que componen la tierra americana. ¿Quién tiene los hilos de la paz del Chaco? Porque sobrecoge el ánimo de los que contemplan sin «arrièrepensée», el monstruoso y ya excesivamente largo duelo del Chaco, la ironía de unas gestiones de paz, sin suspensión previa e inmediata de las hostilidades.

Desde que se iniciaron las conversaciones oficiales de paz van corridos muchos días, y nadie ha podido poner paz en la zona de guerra. Se conversa oyendo el estampido de los cañones, sintiendo el lamento de los moribundos, el estremecimiento de la juventud sacrificada inútilmente. Tres años de matanza no han bastado para aplacar los intereses en juego. No decimos los odios, porque ellos se han creado ahora y son el fruto exclusivo de la guerra. La juventud boliviana y paraguaya, ha oído la germinación del odio, cuando los intereses fueron incapaces de ceder en beneficio de la vida y en homenaje a la humanidad. No cedieron ni ante la miseria, ni ante el agotamiento de dos pueblos para los cuales la guerra carece de sentido. Ya esos escuadrones odian la guerra. Comienzan a sentirse víctimas de intereses, fríos e implacables, de los cuales no obtendrán un solo beneficio más tarde, cuando la guerra cese. Este trágico sarcasmo es el que debe terminar, por la dignidad de América.

Entretanto, en Buenos Aires, pacíficamente, continúan las discusiones sobre la paz, y en el Chaco continúan destrozándose los hombres. Veremos si en algunos días más, luce por fin sobre el continente, la lumbre que los combatientes buscan en vano y que todos los pueblos—es decir las democracias—han esperado desde hace tres años.

Estatuas

Se ha inaugurado en la capital en estos días dos estatuas de historiadores: la del máximo investigador de nuestro pasado Diego

Barros Arana y la de un historiador menor Crecente Errázuriz. Ambos fueron historiadores de pulso frío, objetivo, incommovible. Narraban con austeridad. Hacían desfilar los documentos, sin alterarse. Los ponían delante del lector y parecían decir: «Vean ustedes, esto fué Chile hace centenars de años». Barros Arana cumplió una obra inmensa. Agotó cuanto era posible investigar. No existe en Hispano América un historiador de su talla. Los dieciocho volúmenes que componen su obra, desde luego monumental, recogen la vida chilena desde los días más remotos, más allá de la colonia, hasta los primeros campases de la formación de la República. Era esa historia, antes de su estatua en bronce que se levanta en los jardines de la Biblioteca Nacional, la verdadera estatua que lo sostenía.

Don Crecente Errázuriz, compartió con la investigación otras actividades. Fué sacerdote. Y más tarde Arzobispo de la iglesia chilena. Era un estudioso voraz. Pero su obra no alcanzó el relieve de la de Barros Arana. La publicación de sus memorias levantó una oleada de protestas. Esas memorias de medio siglo descorrieron el velo de las disputas íntimas de la iglesia. Mostraron que también entre los pastores de almas se dan las pasiones más enconadas e hicieron ver que Chile, no ha sido solamente en el pasado, un hervidero de pasiones políticas, sino también un extraño hervidero de pasiones entre los religiosos.

Don Crecente era un hombre franco. Enérgico, de voluntad rectilínea. Juzgó que no debía callar. Y como conocía mucho su país, por lo menos a las gentes de su país, pidió a su legatario, al cual le había entregado sus memorias en 1923, que no las publicara sino después de sus días. El autor de Seis años de la Historia de Chile, sabía lo que le esperaba. Y no se equivocó. Su franqueza ha permitido ver un gran valle ignorado de la historia social de este país, que en general es muy propenso a guardarse los sucesos y a callar sobre acontecimientos que pueden molestar a los que en vida no tuvieron escrúpulo para hacer lo que hicieron. Y el libro

Algo de lo que he visto, *levantó una tolvanera que aun no se aplaca.*

Pero ahora que se trata de estatuas. ¿Dónde está la del novelista máximo del siglo XIX, Blest Gana? ¿No fué también un admirable historiador de nuestras costumbres? ¿Y la de Lastarria? ¿En qué sitio queda la estatua de Lastarria? ¿No fué acaso uno de los precursores de nuestra emancipación intelectual? ¿No fué uno de los más heroicos en la lucha por el triunfo del liberalismo? Son deudas que deben cancelarse. Porque merecen con creces la inmortalidad de los monumentos.

Leonardo Pena



O que yo llamo el Gotha de la amistad, viene a ser una pequeña agenda alfabética en la cual caben holgadamente, desde hace treinta años, todas mis relaciones del mundo. Pero, para estar inscrito en él, hay que haber penetrado por lo menos al quinto círculo de mi corazón, y nombres de todas castas y razas, y direcciones de todos climas y países, se clasifican por el índice, a veces escrito por mí, a las veces con otra escritura. Algunos de esos amigos están vivos; de otros no sé siquiera si existen; los más ya han muerto.

Abriendo por la letra P. encuentro primero: «Pérez Kallens Ignacio, Arturo Prat 1138. Santiago de Chile». Y casi al final de la página: «Pena, Leonardo, 182 Quai d'Auteuil, París» y al lado: «10 Rue Albert de Lapparent». Estas tres «señas», como decimos en español familiarmente, abarcan toda una vida y se refieren a una misma persona, porque Leonardo Pena, es Ignacio Pérez Kallens, y si el número 1138 de la calle Arturo Prat de Santiago de Chile, fué tal vez

donde nació, seguramente donde se pasó su juventud y donde le conocí, 10 Albert de Lapparent (entrando por José María de Heredia, añade una indicación entre paréntesis), es la casa donde vivió sus últimos años de París y de este mundo, donde le vi esa incierta vez que sólo después venimos a saber que era la definitiva; a donde acaba de morir.

Ha transcurrido, pues, una existencia, la suya, la mía, la nuestra, La Existencia, en fin, entre estas dos anotaciones. Cuando hice la primera, teníamos por delante, él y yo, todas las aspiraciones y el horizonte ilimitado de la juventud. Cuando hice la última, treinta años después, «el mañana había sido ayer», como he dicho metafóricamente en alguna otra parte. Ya no había Día de Mañana, no había Hoy, siquiera, sólo había Ayer.

Por eso, quizás, porque nuestros recuerdos se entrecruzaban y entrelazaban, porque el pasado nos era común, llegó a estrecharse tanto nuestro afecto. ¿Quién que hable del arte en Chile, puede no pronunciar mi nombre, o puede pronunciarlo, sin recordar el suyo? Cuando se escriba, y ya se está haciendo, la historia de la Literatura en nuestro tiempo, bien o mal avenidos como camaradas, varios apareceremos indisolublemente reunidos ante ese mito que pomposamente llaman Posteridad y que no pasa de ser la lección de experiencia transmitida de boca en boca y de oído a oído. ¡Ay de los pueblos desmemoriados! Por eso, también, a veces, la leyenda se substituye con ventajas a los anales.

Pero si es difícil presentir cuándo vemos a los seres queridos, por última vez, no lo es menos recordarse cuándo les vimos por la primera, porque tampoco presentíamos que íbamos a quererles, que iban a llenar una parte de nuestra vida y a formar parte de nosotros mismos. Sin embargo, yo recuerdo, «como si fuera hoy», estoy viéndolo, cuando nos conocimos Leonardo Pena y yo.

Era a fines del siglo pasado; yo tenía diecisiete años y comenzaba a publicar cuentos, en el suplemento «Los Lunes» del diario «La Tarde». Su director nos presentó uno al otro y salimos juntos. Sí, puede decirse que, a partir de ese momento, «salimos juntos».

Leonardo Pena me llevaba cinco años de edad y pulía ya una obra meticulosa y pulcra, de la cual yo no había leído más de una página, que me bastó para admirarle. Tenía, pues, veintidós años, entonces, un bigotillo negro y una pulcritud también acicalada en su indumentaria. Y mientras casi todos los de nuestra generación, creíamos de nuestro deber singularizarnos, como intelectuales, en el modo de ser y hasta en el traje, él osaba ostentar una distinción vulgar, comportándose y componiéndose como cualquier hijo de vecino. Llevaba (llevó siempre), el honrado y horrible sombrero hongo, cuando usábamos nosotros el desafortado chambergo. Su cuello era de pajarita, y mientras nuestras corbatas flotaban volanderas y llameantes, las suyas de correcto lazo, hasta solía prenderlas un alfiler de oro, y mientras mi capa suplía el uso incómodo del paraguas, él lo llevaba (lo llevó siempre), en funda de seda.

A un artista le era muy difícil entonces parecer un cualquiera y Leonardo Pena había hallado sin querer el modo de destacarse, aceptando el rasero común. Ni más ni menos que, en medio al modernismo ambiente, en el cual ¡ay! las más descabelladas imágenes se parecen entre sí, uno que se atuviera a escribir con sentido del estilo y hasta con sentido. Entre nuestros uniformes de revolucionarios, se singularizaba aquel burgués, precisamente porque no lo había pretendido. Jamás creyó Leonardo, tan poseído, sin embargo, de su originalidad, que un escritor debiera ser, en sus relaciones con los demás mortales, distinto. Por eso precisamente, era tan grata su convivencia. Recordaba el caso de aquel Spinoza, que pulía lentes y a sus horas los enfocaba sobre la vida humana, para deducir su filosofía.

No tardé en comprender que su atildamiento y su empaque, no se resentían de afectación, sino que eran la naturalidad misma de su manera de ser, y simpatiqué cordialmente con ese hombre, sencillo si los hubo, pero también, si los hubo, refinado, estilizado, sería la expresión exacta. Todo en él era, a la vez, simple y exquisito: su pseudónimo, su literatura, sus modales, su porte, su propia elegancia personal. Podía aplicársele la paradoja de Brummel, de que iba tan bien vestido que no llegaba a llamar la atención. No la ha llamado nunca, física, moral o espiritualmente, salvo para aquéllos contados conocedores que saben distinguir un corte justo, una hechura y un tono que hacen juego, una frase, o simplemente una inflexión de voz o un gesto, en aparien-

cia insignificantes y que, sin embargo, delatan eso que se llama «raza» y demuestran estar de vuelta de muchas pedanterías y muchos esnobismos, (sinónimos, aunque se apliquen las unas a cosas inmateriales y a cosas materiales los otros,) y no recuerdo sin emoción la especie de envidia a la locura, con que él, tan cuerdo, me vió partir en mi salida tolstoyana.

Esa su misma exaltada cordura, su dulzura varonil, su viril ternura, eran una conciliación difícil entre instintos contrapuestos y que daban la medida de su temperamento. En verdad, él rizaba el rizo de la parábola evangélica y, «astuto como serpiente», era, a la vez, «sencillo como paloma»; sencillo como paloma y astuto como serpiente. Y con todas las posibilidades de hacer sufrir, de ironizar, de mostrarse cáustico, hizo sentir, hizo disfrutar, dijo cosas amables y piadosas, y veló, no con una risa hipócrita, sino con una sonrisa levemente escéptica, cuánto había en él de incisivo y mordaz y, como las abejas, de su propia amargura elaboró su miel. Hombres así son dos veces buenos, porque, además, han podido no serlo y han querido serlo.

He repetido que los viejos amigos son los que tienen siempre algo nuevo que decirse. Así, de los viejos amigos siempre tenemos algo nuevo qué decir. Acabo de escribir para otra publicación, acerca de este Leonardo Pena; he de hablar sobre él en la velada que se celebrará en memoria suya. Nunca me quedaré corto de recuerdos e impresiones. Y cuando haya expresado mucho, mucho habré dejado por expresar. Son vidas, son

almas, ricas como tema, generosas hasta en su poliformidad y tan hondas en profundidad, son como ciertas plantas que dan tantas más flores, cuántas más se les corta. Ese novelista, era el mejor de sus héroes y heroínas, el más vario de sus personajes.

Al regresar de mi aventura de los leones, y de los galeotes, y de los carneros, regresando de mí mismo a mí mismo, por así decir, se sabe acometimos juntos la empresa por excelencia de nuestra generación: revistas, conferencias y libros, de los cuales arranca, puede decirse, nuestro verdadero arte literario, hecho por primera vez, no como un pasatiempo secundario, no como mero adorno, no como diletantismo, sino como algo vital y consubstancial con nosotros, algo que se toma con la vida y no se deja sino con la muerte, y cuya misión, menospreciada que la vida, dura más que la muerte. ¡Ah, en definitiva, no vivimos ni morimos, sino para el arte! ¡No resucitamos, en cuanto artistas, en nuestra obra, sino para mejor poder morir en cuanto a hombres! ¡Ser olvidados, con tal que no lo sea la belleza que nos fué dado procrear! Y ya es sabido que una cosa bella es una alegría perpetua. ¡Con nuestras manos de un día, como los canteros y los lapidarios, hacemos eternidad!

Después, en Europa, compartimos el destierro en que cada día nos iba olvidando un poco más la patria y nosotros íbamos olvidándola menos. Así, escribió en francés su «Compendio de Historia de Chile», síntesis de un esquema, como una fragmentación de la «Breve

Historia del Mundo», hecha por Wells. Para hacerla tan concisa, se necesitaba haber asimilado toda la desproporcionada historia de un país que no la ha vivido, que, en realidad, apenas si vive embrionariamente su prehistoria. Porque yo lo digo, hasta como justificación de cuanto de amorfo no acierta a encarnarse y a plasmarse en estas tierras, aun no bien separadas del haz de las aguas; yo lo repito, hasta como premonición de porvenir: no es que seamos ya escoria, sino que no nos hemos desprendido aún de la ganga; no es que estemos dejados de la mano de Dios, sino que Dios no nos ha tomado en su mano. Y no es lo mismo, y hasta es completamente distinto.

Compartimos, dije, en Europa, en Inglaterra antes de la guerra, en Francia durante, en España después, la intensidad de esas civilizaciones, por el contrario, ya decadentes, pero tan henchidas de cuanto de divino contuvieron y tan opuestas a nosotros como puede serlo un cadáver a un feto. La obra de Pena, madurada en ese medio y estas circunstancias, con el doble sabor a fruta verde y a ceniza, ha de enseñarnos la lección imprescindible, que no sabemos. ¡Qué mejor intérprete que uno de los nuestros, desarraigado de nuestro erial! ¡y quién mejor que él!

Me niego a reincidir aquí, al hacer estas reminiscencias de tono menor, en las imprecaciones apocalípticas en que me he deshecho, para otra necrología de Leonardo Pena, doliéndome de que su vida de hombre no la utilizara yermo tan menesteroso en hombres y en vida,

como Chile. Me consuelo pensando que, después de muerto, hemos de recoger los chilenos su herencia, porque, aunque indignos, somos sus herederos, y hemos de agradecerla, consagrándole el recuerdo que se merece entre los más esforzados, los más abnegados, los más sacrificados obreros de nuestro acrisolamiento. No se sufre impunemente lo que él sufrió, ni se labora lo que laboró él, sin que algún día no le aproveche a alguien. Su obra entera, chilenos, (y acaso podría decir americanos,) es como un testamento y en ella nos lega su espíritu, ¡figuráos, nada menos que su espíritu!, a nosotros que carecemos hasta de inteligencia para comprender esa palabra, precisamente por que no nos ha tocado la frente el soplo divino del espíritu.

Santiago de Chile, 20 de Mayo de 1935.

Alejandro Lipschütz

Algunos aspectos fundamentales de la fisiología moderna y la medi- cina dentaria (1)

Durante cuarenta años ha luchado por las mismas ideas que aquí se exponen, D. Florestán Aguilar. A su memoria dedico este resumen.



Es para mí un gran honor y una gran satisfacción hablar hoy a Uds. Es la primera vez que lo hago desde una cátedra de la Escuela Dental de la Universidad de Chile y me doy cuenta de la responsabilidad que tomo al dirigir la palabra—la de un fisiólogo y de un miembro de una facultad de medicina—a los profesores, los más dignos representantes de la medicina dentaria en nuestro país, y a los estudiantes de un glorioso plantel de enseñanza, como lo es esta Escuela Dental,

Hablo desde una cátedra nueva. En esta cátedra,

(1) Conferencia dictada en la Escuela Dental de la Universidad de Chile, en el año 1933.

mi joven amigo el doctor **Honorato** se propone seguir, para provecho de la **Medicina Dentaria**, la noble tradición científica de su eminente maestro el profesor **Cruz Coke**. Los que tienen el gran mérito de haber creado esta nueva cátedra de **Química Fisiológica aplicada a la Medicina Dentaria**, se han dejado guiar, así es mi parecer, por una gran sabiduría profesional. Es mi propósito analizar en esta conferencia y dejar en claro, porque el completar la enseñanza fisiológica para los estudiantes de **Dentística** es verdaderamente una manifestación de sabiduría profesional.

* * *

La especialización en la medicina ha llegado a su auge. No hay órgano, función, enfermedad, sexo o edad para los cuales no haya especialista. Hay especialistas para enfermedades internas, pero los hay también uno para el corazón, otro para los riñones, un tercero para los pulmones, un cuarto para el estómago, un quinto para los trastornos del metabolismo. Hay especialistas en cirugía, pero los hay también uno para cirugía abdominal, otro para cirugía biliar, un tercero para cirugía urológica, un cuarto para cirugía craneal, un quinto para los órganos pélvicos femeninos. Hay oftalmólogos, otólogos, laringólogos, urólogos, dermatólogos, ginecólogos, neurólogos, psiquiatras, pediatras, ortopedistas, obstétricos. Además hay especialistas que se caracterizan por el método diagnóstico o terapéutico: rayos X,

toracoplastia, hidroterapia, helioterapia, electroterapia, endocrinoterapia. ¡Y cuántas especialidades médicas más!

Tal especialización refinada al extremo, la encontramos también en otros ramos de la actividad humana: en ingeniería, arquitectura, agricultura. Hay abogados especialistas en compañías anónimas, en quiebras, divorcios. Existe la tendencia general de estrechar más y más el campo de la actividad. Es un sistema en algo comparable al del rascacielo; en vez de cuarenta distintas casas distribuidas en diez manzanas, se ponen todas iguales, una encima de la otra, en un terreno de pocos metros cuadrados. Es el sistema de la estandarización, de la mecanización, con todas las consecuencias que Uds. conocen.

La especialización profesional repercute también en la enseñanza. Especializándose o estrechándose el campo de la actividad debe estrecharse también, así argumentan algunos, el campo de la enseñanza. Existe la tendencia a enseñar sólo lo que en este campo estrecho se necesita saber, para manejar su especialidad. Que el cirujano conozca la anatomía topográfica y la técnica operatoria; el neurólogo, los puntos nerviosos y el manejo de aparatos eléctricos; el obstétrico, los diámetros pélvicos y el manejo del forceps. Para la medicina interna, existen varios libritos en que se enumeran en un capítulo, recetas contra la tos, en otro recetas contra dolores abdominales, de modo igual como existen máquinas fotográficas, en las cuales las aperturas diafragmáti-

cas ya no se indican con cifras, sino con palabras: sunshine, misty, etc.

Pero la tendencia de la estandarización y mecanización en la enseñanza no es general, de modo alguno. Mientras que de un lado la especialización está ganando siempre más y más terreno, está produciéndose un movimiento contrario: la «cientificación» de la medicina y de la enseñanza médica. En las facultades de medicina de todo el mundo, aumenta el número de las cátedras médicas llamadas «teóricas»; en unas, a las cátedras de anatomía macro y microscópica se agrega la de embriología; en otras, la cátedra de fisiología se duplica con la de química fisiológica; la cátedra de anatomía patológica se completa con la de patología experimental y de fisiología patológica; la cátedra de terapéutica con la de farmacología. Crecen, como callampas, los institutos de investigación médica científica, con o sin fin práctico inmediato, en todos los países del mundo. Las cátedras llamadas «teóricas», como las de anatomía, fisiología, química fisiológica, farmacología, patología experimental se completan con laboratorios de investigación científica; los catedráticos que tienen interés para ésta ya no se miran mal por sus colegas clínicos, sino que se exige a los teóricos que se preocupen de la investigación científica, y especialmente experimental; se les exige que preparen ayudantes científicamente entrenados para el uso clínico, y se les exige finalmente que sirvan de intermediarios entre la ciencia biológica pura y la medicina clínica.

¿Y la medicina dentaria? ¿Qué actitud tomó frente a estos sucesos sorprendentes en la medicina general, frente a estas convulsiones, frente a estas luchas intestinas en el seno mismo de la Universidad? La actitud de la medicina dentaria moderna frente a estas cosas médicas es, a mi modo de ver, una de las más interesantes y hasta simbólica. La medicina dentaria hace unas pocas décadas, estaba todavía bastante lejos del conjunto de las ciencias médicas. Su suerte fué distinta, en cuanto a esto, de la de la cirugía, la cual se identificó hace siglos con la medicina científica, cuando ésta era una, para emprender ya después y de nuevo su camino autónomo, como especialidad médica. Al contrario, la medicina dentaria se acerca de la medicina científica general en un momento, cuando ésta ya no es una, sino está ya especializada hasta el extremo; en un momento cuando ya estamos todos muy conscientes de la lucha entre las dos tendencias en el seno de la medicina moderna a que hemos aludido más arriba, la estandarización y mecanización por un lado, la científicación por otro lado. La medicina dentaria, por razones intrínsecas, no puede evitar de tener tendencias mecanísticas, por ejemplo, igual a la ortopedia moderna, y necesariamente continúa en el deseo de mantener su autonomía; pero simultáneamente asistimos a un fenómeno, como ya dijimos, hasta simbólico, asistimos a un verdadero concurso de científicación en las escuelas de dentística de todo el mundo. Digo que es un fenómeno simbólico, porque se trata justamente de una especialidad médica,

cuya autonomía nadie entre nosotros, médicos, pone en duda, y a pesar de esto los que son responsables del desarrollo de la medicina dentaria moderna, insisten en la necesidad de la científicación, igual a la de los demás ramos de la medicina, insisten con unanimidad y seguros del apoyo de toda la profesión dentística, como nos lo reveló todavía últimamente la prensa en esta capital.

Me he ya permitido decir que yo considero tal actitud de la parte de la medicina dentaria moderna de gran sabiduría profesional. ¿Por qué? Trataré de explicarlo.

Si es urgente una intervención quirúrgica, poco parecen importar los fundamentos científicos del cirujano. Una vez establecido el diagnóstico, digamos de una apendicitis, hay que hacer la ablación del apéndice. El cirujano la hará tanto mejor y con tantas mayores garantías de éxito, cuanto mejor se haya especializado en la técnica operatoria. De modo igual se piensa con respecto al médico-dentista. Su técnica refinada le permitirá hacer la extracción del diente, con gran seguridad y de modo tal que no sea dolorosa; le permitirá hacer tapaduras duraderas, coronas y puentes bien sentados.

Estas capacidades de orden técnico parecen ser la medida del especialista. Y en verdad, y en toda confianza, cada uno de los que están aquí presentes, preferirán que haga la intervención abdominal un cirujano operador hábil, y que haga el puente un dentista con

dotes técnicas correspondientes. En cuanto a esto, no puede haber dos opiniones.

Pero ya los pocos ejemplos que aquí hemos mencionado son, por otro lado, suficientes para demostrar que no basta, en la apendectomía o en la confección del puente, la pura habilidad para ser un gran cirujano, o un gran dentista, respectivamente. La apendectomía y la confección del puente son sólo la última etapa del tratamiento médico. Antes de dar este último paso, hay que dar muchos otros. Sin haber dado estos pasos médicos preliminares, la apendectomía o el puente, efectuados con una técnica de las más maravillosas, pueden ser un daño muy grave para el enfermo. ¿Cuáles son estos pasos médicos preliminares? Son múltiples, como ustedes lo saben. Hay que hacer el buen diagnóstico y hay que encontrar la buena indicación terapéutica. El buen diagnóstico es la cosa más delicada; admito que es arte, en el verdadero sentido de la palabra, que se funda en lo que hoy se llama lo «irracional», igual a las otras formas de la expresión artística. Pero no basta lo «irracional», se necesita también lo «racional», lo que es la ciencia médica. Cada caso que se nos presenta, en cualquier especialidad médica que lo sea, es, en primer lugar, un problema de ciencia pura. Se nos presenta un enfermo con dolores abdominales. ¿En dónde se localizan, en la superficie abdominal? ¿Cuándo vienen? ¿Cómo se comporta el pulso? ¿La temperatura? ¿Las funciones intestinales? Observamos el caso en todos sus detalles, pero fijándonos, especialmente, en algunos

de ellos que nos sirvan de guía es la obra descriptiva y sistemática en que procedemos igual al zoólogo, geólogo, físico. Relacionamos los detalles observados, descubriendo interrelaciones, causas y efectos es la obra científica analítica. Y ahora hacemos un verdadero salto en nuestro pensamiento: hasta aquí, en la sistematización y en el análisis, lo objetivo dominaba sobre nuestra fantasía, mientras que desde aquí, por necesidad, ponemos en juego la fantasía nuestra—comenzamos a reconstruir el pasado y preconstruir el futuro del caso en observación—es la obra científica sintética. Sólo después de haber dado todos estos pasos médicos preliminares podemos hacer la intervención operatoria.

Creo no haberme alejado de la realidad diaria del médico práctico al adaptarla al molde formal de una obra científica cualquiera. Insisto y repito: el médico es, por un lado, un artista, y uno nace para ser médico como nace para ser músico, comediante o pintor; pero el hecho que uno nació con lo «irracional» respectivo no es suficiente para que obre como médico, sino que uno puede realizar su propio destino médico sólo al haberse entrenado también en lo «racional», en lo científico.

El pensamiento médico científico nos acompaña en todos los detalles terapéuticos, es decir, no debemos omitir ninguno de los factores que pudieran influenciar al curso de la enfermedad, hasta los factores de orden social. Cada uno de nosotros comprende que es pura curandería de ordenar tal o cual receta, o hacer tal o

cual inyección en un pobre tuberculoso, a quien podemos salvar sólo al trasladarlo a condiciones de alimentación y habitación convenientes.

Así llegamos a la convicción de que podemos cumplir con nuestra misión de médicos o dentistas, sólo al aplicar al diagnóstico y a la terapia, en cada caso que se nos presenta, los métodos generales científicos de sistematización, análisis y síntesis. Para realizar este fin profesional necesitamos un vasto conjunto de conocimientos lo mejor sería saber «todo». Pero está claro que esto no es posible y diré más: no es deseable. El intelecto humano no es una enciclopedia en que se puede hojear con éxito, si se conoce el alfabeto. El intelecto humano no es algo pasivo, sino es activo, dinámico; es más un instrumento musical raro, diría único, que produce armonías y melodías enteras—con variaciones apropiadas al caso—ya al tocar un solo tono que en esta armonía o melodía interviene.

La educación científica consiste en la formación de estas melodías intelectuales. En el entrenamiento científico, las palabras importan menos que la melodía misma. Felizmente, porque gracias a esta particularidad intrínseca de nuestro intelecto y de la ciencia—rigen las mismas leyes para los dos—podemos entrenarnos en esta sin aprender «todo».

Podemos caracterizar toda la moderna tendencia médica y dentaria de científicización, como el deseo de un mejor entrenamiento en el pensamiento científico general, ya que nos convencimos que

la pura y franca mecanización de nuestro arte, aunque necesaria para la especialización, nos conduciría a un curanderismo fatal si no fundáramos nuestra actividad profesional en la ciencia.

Pues bien, no hay otro medio tan propicio para el entrenamiento general en las ciencias biológicas y médicas como la fisiología.

¿Por qué tal situación privilegiada (os ruego disculpar mi inmodestia profesional) de la fisiología?

Según el concepto general, se divide la Biología en Morfología y Fisiología. La primera se ocuparía de la descripción, de la morfé de los seres vivos, de su forma, externa e interna, en su multiplicidad enorme, llegando en el proceso de esta descripción a agrupar los seres en distintos grupos, según ciertos caracteres estructurales comunes y distintivos, respectivamente. El sistema zoológico o botánico, fundado en la descripción estructural, sería, por decirlo así, el punto culminante de la ciencia morfológica. En este sentido la morfología sería *Estática*: nos acercamos del objeto de nuestro estudio morfológico con la opinión preconcebida de que la forma y estructura tienen valor absoluto, que no son alterables. Al contrario, la fisiología, según el mismo concepto general, se ocuparía de la descripción de la función de los organismos y de sus órganos. La fisiología no puede ser estática, sino es siempre *Dinámica*, porque por función, en un sentido bioló-

gico, entendemos cambio, inestabilidad, negación de valores biológicos absolutos.

Continuamos manteniendo esta división de la ciencia biológica en Morfología y Fisiología, por razones didácticas y técnicas que, necesariamente, nos guían con tanta frecuencia en nuestra actividad científica. Pero cada uno de nosotros se da plenamente cuenta de que el concepto según el cual la Biología se compone de Morfología y Fisiología, con tareas distintas y bien definidas, definitivamente adjudicadas a cada uno, este concepto se ha quebrantado en el siglo XIX, hasta un modo tal, que el carácter distintivo de la Biología del siglo XIX es, justamente, el quebranto del concepto aludido. Nuestros padres asistieron a un fenómeno inaudito en la ciencia morfológica: a la revelación de que las especies no son constantes, sino que se alteran. Y lo más formidable en esta revelación fué el hecho de que ella se hizo—en la obra de Darwin—por los medios de las ciencias morfológicas mismas, esto es, por los de la anatomía comparada, de la embriología, de la paleontología, sin que se haya recurrido a la ciencia fisiológica (1). Las ciencias morfológicas mismas, por su propio desarrollo inmanente, se anularon, lo que es la verdadera dialéctica en el desarrollo de los conceptos

(1) Véase especialmente el importante trabajo de S. Tschulok, *Zur Methodologie und Geschichte der Deszendenztheorie*, *Biolog. Zentralbl.* 1908; también el libro del mismo autor «*System der Biologie*». Jena, G. Fischer, 1910.

científicos un hecho en la historia de las ciencias en general, que hasta ahora todavía no ha encontrado la atención debida.

Desde Darwin, la morfé ya no tiene más valor absoluto, no hay más estática biológica. La morfé llegó a ser ella también, un problema dinámico; la morfé también es hoy día función. Basta mencionar el desarrollo espléndido de lo que Roux llamó «mecánica del desarrollo», y que en realidad, es la aplicación del método experimental en el estudio de los fenómenos morfológicos, desde un punto de vista dinámico. ¡Qué camino hermoso desde los experimentos de Pflüger, His, Roux, Driesch, Loeb y tantos otros, hasta los de Spemann en nuestros días! Y del otro lado, los experimentos de H. T. Muller, en los Estados Unidos, sobre la influencia de factores externos sobre los fenómenos de herencia, que abren todo un nuevo camino de experimentación biológica. En todos estos estudios experimentales, se exterioriza la idea de que la forma es determinada por factores intrínsecos y extrínsecos, que la forma no es absoluta o estable, sino que corresponde a un equilibrio dinámico, fisiológico. Tal vez la expresión más perfecta de esta situación, nos dan los resultados de los últimos experimentos de Spemann y de su escuela, revelándose que, en los procesos embriológicos mismos, se engendran los factores químicos responsables de las diferenciaciones ulteriores. Spemann ha demostrado que en la larva del anfibio, la transformación del epitelio de la piel en tejido nervioso

depende de la presencia de otras formaciones embrionales como lo son: el esbozo de la corda y de la musculatura del dorso; al eliminar éstos, no se produce la transformación del epitelio en médula espinal y cerebro. Al trasplantar el esbozo de corda y musculatura bajo el epitelio de la piel en un lugar cualquiera, el epitelio siempre formará tejido nervioso. Es la llamada «inducción» de Spemann. Ahora, Holtfreter demostró que la inducción resulta también al trasplantar material previamente destruido por calentamiento, por congelación o por disección. Bajo la influencia de tales células muertas, el epitelio de la piel da formaciones gigantescas de tejido nervioso, de típicos ojos, etc. Si se hace un cultivo de explantación en suero fisiológico con epitelio embrional, éste queda siempre siendo epitelio. Pero, si se cultiva epitelio embrional en líquido abdominal de larvas avanzadas, el epitelio embrional se transforma en tejido nervioso. Evidentemente, son sustancias químicas las que se engendran en el desarrollo del embrión, y que actúan de inductores en la diferenciación ulterior. Cada parte se desarrolla en interrelación con las demás partes como se digiere, como se respira, se oxida.

De modo ninguno sería una exageración el decir que la morfología ha sido tragada por la fisiología. La idea morfológica opuesta a la idea fisiológica, es una abstracción. Si con la disección del cadáver de un hombre adulto nos imponemos, en el campo anatómico, de la estructura macro y microscópica del hombre, y

aceptamos que ésta es la morfé humana, hacemos necesariamente abstracción del hecho de que llegó el individuo a esta morfé después de un desarrollo de 25 años, y también abstracción de que en el mismo individuo se habría transformado la estructura macro y microscópica, si hubiera vivido otros 40 ó 50 años. La morfé que figura en el sistema zoológico, como la de una especie dada, corresponde sólo a un punto en la curva del desarrollo de un individuo de esta especie. Si no quisiéramos hacer la abstracción aludida, deberíamos caracterizar cada especie por toda una curva en un sistema de coordenadas, en el cual tenemos en la abscisa el tiempo, y como ordenadas, la forma que varía con el tiempo, la forma como función del tiempo. Que todo esto corresponde a la realidad científica, llega a ser claro si nos imaginamos observados por seres inteligentes que viven millones de años, y que por esto tengan otra noción del tiempo; nuestra vida humana de 70 años se desarrollaría para estos seres con una velocidad cinematográfica, reducido el tiempo que dura el estado adulto, típico del sistema zoológico, a un punto.

Yo digo, hoy la morfé también es dinámica, es un equilibrio, es función, es objeto de la fisiología, y que ésta ha tragado a la morfología. No dice esto que nosotros los fisiólogos queremos encargarnos de las funciones profesionales que hasta ahora incumbían a los morfólogos. No podríamos hacerlo, porque nos faltarían los medios intelectuales y técnicos. Habrá morfólogos, y debe haberlos, y sin ellos no podría hacerse ninguna

investigación y enseñanza biológica. Se enredaría completamente el alumno en biología, en medicina, en dentística, si no comenzara por la morfología estática, con cierta abstracción de su verdadero carácter dinámico. De modo igual, como no podríamos vivir ni trabajar, si no quisiéramos hacer abstracción del hecho de que nuestra vida individual pueda terminarse en cada momento, y muy de repente. Para vivir y trabajar, sea en la vida práctica, sea en la ciencia, siempre hay que hacer cierta abstracción.

Si insistimos en lo dinámico y lo funcional, en lo fisiológico de la morfología moderna, es porque nos importa recalcar el hecho de que la fisiología es un programa, un principio, un punto de vista que últimamente dió un cariz nuevo, también, a la misma fisiología oficial universitaria.

Dos grandes fisiólogos del siglo XIX, que han profundamente influenciado el desarrollo de las ciencias biológicas y médicas, han definido la fisiología justamente en el sentido de un programa o punto de vista. Comienza Johannes Müller su célebre *Handbuch der Physiologie des Menschen*, publicado en el año 1833, con las palabras: «La fisiología es la ciencia de las propiedades y fenómenos que nos presentan los organismos, los animales y plantas, y de las leyes que rigen sus acciones». Cuarenta años más tarde Claude Bernard insiste en lo mismo: «La fisiología es la ciencia que estudia los fenómenos que manifiestan los seres vivos; es, pues, la ciencia de la

vida, la biología, como frecuentemente la llaman». Está claro que Johannes Müller y Claude Bernard, al identificar la fisiología con la biología, no pensaban en la posibilidad de trasladar a sus laboratorios fisiológicos—más que modestos, desde luego—la investigación morfológica, sino expresaron únicamente la idea muy profunda de que la fisiología, más que por su carácter de una ciencia especial biológica, se caracteriza por ser el programa, el punto de vista dinámico en la biología.

Lo mismo se revela al analizar los términos «morfología» y «fisiología». *μορφή* es la forma, hechura, la aparición externa, la imagen; *φύσις* es el origen, el parto, la naturaleza o la condición natural, la esencia, el carácter, la criatura, el ser, la fuerza creadora de la naturaleza. Está claro, que la noción de la *φύσις* penetra más profundamente que la de la *μορφή*, y que además la *φύσις* es mucho más dinámica que la *μορφή*. Es verdad que el *φυσικόλογος* de los antiguos griegos era otro que lo somos nosotros hoy—era el filósofo-naturalista; el término de morfología fué creado por Goethe para la ciencia que estudiara la unidad en la multiplicidad de las formas orgánicas, extendiéndose sólo después la noción de la morfología, en el sentido de hoy. Pero estos gravámenes históricos poco importan. Lo que para nosotros importa es el hecho de que ya la palabra *μορφή* insiste más en la imagen estática estructural, la palabra *φύσις* más en la imagen dinámica funcional, lo que plenamente corresponde al concepto que hoy nos

formamos de la fisiología como programa, principio, punto de vista en la biología que se impone también al considerar las formas orgánicas.

De sumo interés y de gran valor explicativo es el hecho que la fisiología humana misma, es decir, la fisiología «oficial» de las escuelas de medicina, de dentística y de farmacia: ella también como ya digimos ha experimentado en las últimas dos décadas un cambio en un sentido igual con la morfología, intensificándose lo dinámico y eliminándose los restos de los conceptos anatómico-morfológicos que todavía sobrevivían en la fisiología.

En la fisiología del siglo XIX, todo se fundaba en la noción del órgano; la fisiología era la ciencia que estudiaba las funciones de los órganos. Su más noble fin parecía localizar la función de, o en un órgano. La fisiología compartía este punto de vista con la patología que se fundaba en la obra anatomo-patológica localizadora, macro y microscópica de Rokitansky, en Viena; de Virchow, en Berlín. Julius Cohnheim, uno de los grandes espíritus de la medicina científica del siglo pasado, se daba plenamente cuenta de que el método anatómico de localización no es el único a que esté ligado el progreso de la patología. Cohnheim en un profundo discurso pronunciado en el año 1878, declaró que «para la mayoría de los procesos patológicos no podemos encontrar la explicación por ningún otro método sino por el de que se sirve la fisiología, es decir, la observación del suce-

so mismo y el experimento... Sin el experimento no hay patología científica....» Cohnheim era un anunciador del tiempo nuevo, en la patología.

En el siglo XX, llega la fisiología a la abolición de la noción del órgano que cumple con tal o cual función. Se revela que la función de los órganos varía en límites muy anchos, así el corazón y las otras partes del sistema circulatorio, así el aparato respiratorio, el aparato digestivo y los demás. Estas variaciones funcionales se realizan para los fines de la integración o del mantenimiento de la unidad orgánica que es el individuo. Tal mantenimiento en vista de los cambios permanentes que verdaderamente ocurren en las condiciones externas y que ocurrirían en las condiciones internas, llega a ser posible sólo gracias a la colaboración íntima de todas las partes u órganos, gracias a múltiples mecanismos de autorregulación. La fisiología ya no se fija en los órganos, sino que en el individuo, como en un equilibrio hábil, cuyos múltiples factores internos y externos queremos dilucidar. Cada día la investigación experimental da nuevos golpes a la fisiología localizadora. Tomemos, por ejemplo, el hígado. Es el hígado el que fabrica la urea y el ácido úrico; pero hoy en día sabemos que el hígado es responsable sólo de las últimas etapas químicas, en que se engendran la urea o el ácido úrico. El hígado transforma glucógeno en glucosa; pero hoy día sabemos que la insulina y la adrenalina, probablemente también la tiroxina y diyodotirosina son factores determinantes de esta

transformación. Ya no es el hígado un órgano con tal o cual función, sino es un punto de cruzamiento funcional de los demás órganos; un punto activo, un factor determinante, junto con los demás, e inexplicable su función al considerarla aisladamente.

El órgano es una abstracción. ¿Y el individuo mismo? Lo es también. No hay individuo de tal o cual aspecto fisiológico, fuera de cierta presión atmosférica, de cierta presión parcial de oxígeno, de cierta temperatura, humedad, etc. El individuo es un punto de cruzamiento de un sinnúmero de factores internos y externos, factor activo determinante, pero no explicable aisladamente. Tampoco existe un individuo de la especie, sino un conjunto de individuos; todo el aspecto fisiológico del individuo está determinado por su cualidad de un ser social, de un ζῷον πολιτικόν, como decía Aristóteles. Basta pensar en los conocimientos que desde Pavlov tenemos sobre la intervención del estado psíquico-cerebral en los fenómenos de la digestión, para darse cuenta de que lo social determina la dinámica o el equilibrio fisiológico del individuo. Es muy poco halagador para el pensamiento científico de los hombres, el hecho de que la idea tan profunda de Aristóteles resumida en su tesis del ζῷον πολιτικόν, queda hasta hoy día casi sin comprensión alguna.

Si atribuimos a la fisiología en el siglo pasado la tarea de estudiar la función de cada uno de los múltiples órganos, le exigimos hoy día más: estudiar al individuo como una función, ya no más con

cierto resabio estático-anatómico como en el siglo XIX, sino en un sentido dinámico; función en sentido matemático, lo que quiere decir que estudiamos al individuo como un valor variable que depende de otros valores variables, sirviéndonos para este estudio de la anatomía macro y microscópica, del análisis químico de los organismos y de toda la experimentación hoy día en uso en las distintas ciencias biológicas. La fisiología es el punto de vista funcional de las ciencias biológicas modernas.

Pero el punto de vista funcional rige no sólo en las ciencias biológicas, sino también en las ciencias médicas de hoy día. Si el individuo normal es una función, lo es también el individuo enfermo. La patología moderna, con sus múltiples especialidades, con unanimidad acepta el punto de vista funcional. Domina el punto de vista funcional todo el pensamiento patológico moderno: la noción de los tipos determinados por la historia racial, la noción de enfermedades o de la disposición a éstas por herencia, la noción de la enfermedad por influencias alimenticias, de habitación o de otros factores sociales, la noción de las influencias psíquicas-emocionales sobre la enfermedad y su curso. El concepto funcional domina también todos nuestros procedimientos terapéuticos; el dermatólogo, que en vez de servirse de una medianería interna, tiene que contentarse con la aplicación de sus ungüentos, hasta siente un malestar, como el cirujano que raspa el hueso osteomielítico o tuberculoso.

¿Y la medicina dentaria? Esta no ha quedado aparte

del gran camino científico. En ella también domina el punto de vista funcional. Relacionamos la dentadura y sus trastornos con el organismo entero y con los factores que le determinan, con los valores de que es función. Que se piense sólo en la dentadura en el raquitismo, en la infección luética, en el cretinismo atireótico, en la acromegalia, en la tetania, que se piense en la influencia que tienen las vitaminas en el desarrollo dentario, y en todos los trastornos que resultan para la dentadura y las encías de los distintos estados avitaminóticos.

Después de todo esto, no nos extraña que, tanto la medicina general, como la medicina dentaria quieren servirse, para el entrenamiento científico, de la fisiología que siempre era dinámica y hoy día exalta la idea funcional, la fisiología que en un sentido más ancho es, como ya insistimos, el principio dinámico funcional de todas las ciencias biológicas y médicas.

Nosotros, los médicos, celebramos la sabiduría de la medicina dentaria moderna que se exterioriza en su propósito de seguir el mismo camino de entrenamiento científico que continuamos siguiendo nosotros, a pesar de la especialización y mecanización que ha sufrido nuestro arte. Celebramos los nobles propósitos de la medicina dentaria, porque compartimos la opinión de Don Quijote, la que expresa él después del gran combate que le costó varios dientes, como lo comprueba Sancho con la mano en la boca del patrón:

—«Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media, y en

la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano».

«—¡Sin ventura yo!, dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de la caballería. . .»

Y podríamos agregar: a todo esto, a las dolencias dentarias está sujeta, hoy día, la humanidad entera, y por eso necesitamos a la medicina dentaria científicamente fundada.

Antonio García

La sequía

I

POR el mes de julio, los llanos del Tolima son un horno al rojo. Los pueblos, perdidos en los pajonales ilimites y en la siniestra arquitectura del paisaje crudo, hostil, ajado por el sol y el polvo, parecen no esperar otra cosa que la destrucción de lo que ellos miran como su atolladero.

Sin embargo, la vida se defiende con los espejismos: pintando en el aire apretado zonas distantes, heladas y fértiles. Y hacia estos rincones claros es que se dirigen, férreamente atraídos, todos los sueños, mezcla de sopor, consuelo y renunciamiento.

Los cultivos se consumen, enclenques y resecos, aun en las proximidades de los ríos. Las quebradas se adelgazan como los perros bohemios, que un buen día quedan tiesos entre unas piedras, sin fuerza para continuar. Se siente el tormento de los arbustos que escarban los poros de la tierra buscando agua, alargándose hasta los braseros de las piedras calizadas. El silencio es cruel,

flúido, ceñido como un silicio. En el alma de los campesinos se hace ácido, como la saliva en el momento atroz de la angustia. Parece que en la atmósfera inmóvil está latente un odio humano, inmenso y pequeño, impotente contra la inercia. La yerba menuda se crispa, igual que si la regasen con ceniza caliente. Un aullido se contiene, se refrena, en todas partes. Menos en el rencor animal, ciego, de los hombres:

—Ayer murió un niño insolado. Mejor, ¡qué carajo! Ojalá todo se fuera a la mierda de una vez.

—Dentro de una semana no habrá leche.

—Ni carne.

—Ni café.

—Ni hambre...

—¡No habrá nada, pero todos viviremos contentos!

Los pastos hervían. En el viento jadeante, las plantas retorcidas se hacían un nudo. Los animales se acostaban sin ruido, en los sitios donde la brisa y la humedad parecían recogerse. La lluvia, la sola esperanza de la lluvia, hacía sentir un descanso hondo sobre toda esta tierra de cobre. En este gran hervor implacable, se advertía el aliento de todas las cosas excitadas. Olor sensual y pútrido.

Llanura sedienta, bestia sedienta, hombres sedientos. Un único vértice de todo este mundo sofocado: el agua. Las caras palúdicas se apergaminaron en una risa hos-

ca, afónica, recelosa. Los párpados caían como membranas sin movimiento, tapando casi las retinas viscosas.

Se hacía la comida en agua amarilla de resumidores, colándola en cedazos de tela rala. Cerca de los fogones, en las cocinas cerradas, se respiraba un aire enrarecido de socavón.

A orillas de la Inalí, donde tenía su pequeña tierra Jesús Navarro, los perros lamían las piedras porosas y en la arena áspera, hundían el hocico como cuando siguen los rastros de un animal.

Había nacido Jesús Navarro en Ambalema, puerto de bogas negros y borracheras de tabaco, en una empalizada rústica, con techo de zinc y a unas cuantas yardas del río. Sus únicos recuerdos eran las pescas, subido en un muelle de guadas, el transporte de carbón a los buques y las recolecciones de café. El pelo raquíutico apenas crecía al borde de las orejas, haciendo resaltar el cráneo calvo y redondo, la frente salida y los ojos pequeños, iluminados por dentro. La ceja izquierda estaba comida por una cicatriz de quemadura y la derecha oblicua y espesa, le daban a la cara un aspecto de carátula siniestra.

Vivía ahora con su mujer y tres hijos, de los cuales el mayor, Juan, flaco y endeble, con la cara llena de pecas y de una pelambre rubia, hacía un año se había casado y tenía un niño en pañales. Todos comían del pedazo de tierra dura, sucia, con grandes manchas rojas de arcilla, que cada año alrededor de la Pascua, paría trabajosamente.

Por tiempos de verano, el único alimento seguro lo constituía la leche de dos vacas exhaustas, café y plátano asado. Pero como aun la yerba menuda se achicharraba, las vacas acababan por alimentarse de las raíces que se habían quedado al descubierto, en los lugares antes pantanosos.

Al mediodía, la claridad era hostil y la luz roía los ojos de metal como un ácido. En la sombra de los corredores aun persistía el brillo azulado y penetrante del cielo. El silencio se confundía con el bochorno y todos los ruidos parecían salir de un subterráneo horno de fundición. Casi no se hablaba. Se tenía el temor que se siente al vivir entre materias inflamables. Y las voces, ásperas, se alargaban en el espacio como las llamas de acetileno. Las gaduas de las talanqueras, recalentadas al sol, hacían un ruido semejante al chasquido de la leña verde en el fuego.

Todos sentían el estado febril que antecede a la parálisis de los sentidos o de la tierra. Pero este mismo letargo les hacía lejana el hambre, humilde y confusa.

II

La esposa de Juan, llamada Teresa Julia, mostraba la piel blanca amarillenta a través del traje ligero. Absorta en su mirada atormentadora, toda la energía agotada de su cuerpo. Se sentía extraña a la miseria y al llano. Se echaba a correr desde la madrugada, hasta que el cansancio la hacía sentir que las piernas se pro-

longaban por debajo del suelo Y se dejaba caer, al acaso, gozando en temblar como las bestias débiles, mientras las hormigas chupaban el sudor azucaroso.

Cada día, viéndolo ella, los senos se hacían más huecos y en las espaldas se pronunciaban más claramente los huesos. Sin embargo, como todas las mujeres que no aciertan con su camino, la sostenía la voluntad de no perecer. La fe en sí misma, helada y fanática, creaba paredes de piedra, inclusive, entre ella y su hijo.

Corría en el llano, para hallar su verdadero placer de sentirse ajena. Tan ajena como el afán. En la naturaleza extática, diluída en la luz, se abultaba su angustia. El caballo inflaba las narices en la carrera y parecía descubrir en el aire, pequeñas zonas húmedas, manchas de frescura flotante. La mujer se dejaba mecer en el vértigo, sobre la silla de vaqueta.

De noche se acercaba a su marido, palpando las paredes como lo hacen los ciegos. Se entregaba fríamente y mientras los labios jadeantes parecían lamer el polvo de su cuerpo, decía, con su voz envenenada:

—No siento gratitud, ¿oye?

—¡Ni te la pido!

—Me importan más que «esto» otras cosas: el hambre, por ejemplo.

Temblaba en la obscuridad una risa sin alegría.

—¿Crees que yo tengo la culpa?

—¡No! La miseria es la que tiene la culpa de todo.

—¡Sé lo que quieres decir! rezongaba él, tragando las lágrimas.

—Pero no le basta con saberlo, parece.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Esto mismo . . . distraerme . . . gozar . . .

Los ojos fosforescentes hacían encoger a Juan, como un gato miedoso. Su último recurso para reducirla era:

—¿Qué piensas del niño?

—¡No creo que se pueda pensar nada!

—Te falta . . .

—Corazón, ¿es cierto?

—¡Sí!

—No, nada de eso. Vea, Juan, no se engañe.

Y bajaba la voz malsana:

—¡Me falta otro hijo, no cabe duda!

Juan Navarro levantaba la cabeza mojada:

—¿Sí . . . ?

—Claro. ¡Así serán dos!

Y era de esta manera como la vida existía para él.

Teresa Julia había sido maestra rural. El grado lo obtuvo en Ibagué, dos años antes de su matrimonio. Pero entonces aprovechó la oportunidad para decir a un pretendiente, amigo suyo de infancia y que había ido por ella desde las colonias de Sumapaz:

—Antes se justificaba todo. Ahora es otra cosa.

—¡Yo no pienso jugar contigo! ¿Crees?

—Precisamente . . . ¡Echa tierra en esto!

—No puedo . . .

—¡Quizá ni haga falta! ¡No me pienso casar nunca! Su único destino fué la dirección de una escuela mixta en Apicalá, donde aprendió que es mejor tener un hijo que enseñarlo a leer. Por esta razón se casó con el primero que se puso delante de su camino.

A pesar de comprender su fracaso, la escuela había echado raíces en ella. Oía por dentro, ahogado, el hacinamiento de las treinta voces aturdidas. ¿Hablan debajo de las manos?

Todavía, no obstante la distancia, advertía el miedo y el hambre. Una impresión de pánico la mantuvo desvinculada de la escuela y luego la hizo eje de aquellas iguales caras gesticulantes, borrosas entre sus harapos, vaciadas a fuego lento por la miseria. Sin embargo, se sentía entre sus recuerdos sola, envuelta en un vaho lechoso y casi vegetal por su olor a musgo.

Ahora se daba cuenta más nítidamente de que su vida iba por una pendiente resbaladiza. Era necesario encontrar un nuevo camino, lejos o cerca. Y todas las fuerzas de su ambición—instinto, decía ella—se concentraban en una misma idea obstinada.

—¡Volver a empezar!

—¡Volver a empezar!

Martillaba, isócrona, desde las sienes a los talones. Golpeaba los nervios, las paredes de las arterias, los más sutiles tabiques de hueso, sin tropezar, sin confundirse, midiendo matemáticamente los minutos:

—¡Volver a empezar!

—¡Volver a empezar!

El resecamiento creciente la hizo más agria y amplió el terreno para la idea fija. El cerco de hambre se estrechaba. Un día Juan cargó un «grass» viejo, y tumbado entre unos matorrales, disparó sobre una vaca. El proyectil dejó una tronera por donde se asomaba un intestino. Fué preciso un segundo disparo. Y otro.

Jesús Navarro lo levantó en vilo, agarrando del cinturón:

—¡Bestia! ¿No sabías degollarla?

Juan respondió, sonriendo, mientras se sacudía los pantalones:

—Me parece que es mejor ahorrar tiempo.

—Entonces, pendejo, si es así...

Tuvo miedo de continuar y fué a sacar un cuchillo.

Alrededor de la vaca agonizante, los chiquillos estaban atónitos. Un perro lamía la sangre sobre una de las heridas. Los chiquillos se aprestaban, con los dientes trabados, como si esperasen turno.

Fué así como hubo una noche de fiesta. Los vecinos invitados trajeron aguardiente y ron. La comida se sirvió en un pequeño terraplén, cerca de la huerta, para aprovechar la brisa limpia. Hablaron de cosas inverosímiles, de robos, de ganaderías, de matrimonios. Removían precisamente los temas que usan las personas satisfechas, de sobremesa.

Un muchacho de anteojos, encorvado, hacía todas las conclusiones, mirando de soslayo a Teresa:

—¡Acabarán por casarse!

El coro rapaba mecánicamente las palabras:

—¡Ah! ¡Sí! Claro!

—¡Ah! Sí.

Después de la comida, se reunieron los mayores. Se pudiera decir, se encontraron reunidos y por esto, en un principio, forzaban la risa para inspirar mutua confianza. Poco a poco se borraron los gestos hueros y las facciones adquirieron su terrible elasticidad expresiva. Seguros de no engañar, teniendo delante la despensa (unos kilos de carne de iguana, yuca, plátanos, café), Jesús Navarro habló el primero:

—Bueno . . . ya que estamos aquí . . .

Teresa Julia se interpuso, medio riendo:

—¡Es de aprovechar la casualidad!

El viejo replicó, serio, como un eco:

—Eso es, aprovechar la casualidad.

Juan salió al paso, seguro de no equivocarse:

—¿Se trata de las tierras, papá?

—¡Sí!

—Tanto mejor.

—Pero ofrecen bien poco.

Daba la sensación de una queja. Se dijera que Jesús Navarro estaba vendiendo su propia carne. Continuó, alzando los hombros:

—En fin . . . ¡Es la única manera de salir del paso!

—¿Iremos a dónde?

—A un pueblo. Es más segura la vida.

—Hemos perdido. ¡Pero Dios cuida de nosotros!

Quizá esto sirva para que los niños vayan a la escuela.

Echaron las camas y las mesas en un carro de yunta. Lo demás, trapos viejos, papeles, trastos derrengados, lo quemaron antes de salir. Los chiquillos husmeaban por los rincones como ratas de campo. La ropa estaba envuelta en sábanas sucias, entre grandes sacos de hule. Parecían las sobras de un hospital ambulante, tratando de saltar ingenuamente al cuello de todo el mundo.

Abrieron las puertas, las ventanas, tumbaron un tabique ahumado cerca al horno del pan, para que el viento entrara mejor. En la terraza cerca de la huerta, había un montón de colchones rotos y esterillas comidas. Lo último que hizo Jesús Navarro fué dejar encendido un fósforo, en mitad de los bultos inservibles de fique. Dió un vistazo a los corredores, llenos de un vacío un tanto humano. Quería decir:

—¡Bueno, muchachos! Creo que no nos volvamos a ver.

Y dió media vuelta. ¡Eso era todo lo que los separaba!

Cogidos de la mano, siguieron tras el sombrío traqueteo del carro. Una cortina de polvo los envolvía.

Allí estaban todos. Sin embargo, el rechinar de los ejes oxidados, daba la impresión de que iba uno de ellos encadenado, adelante.

En el pueblo existía el mismo paisaje: cielo profundo, sin brisa, palmas momificadas, rostros amarillos,

agudos, impregnados de cadaverina. A mediodía, las tres únicas calles quedaban desiertas, sobre barrancos que tenían la configuración de un barco sin aparejos, amarrado al puerto. Parecía que debajo de las piedras, a raíz de las paredes, se emboscaba un mar pesado.

A veces, pasaban las vacas de los establos, bamboleando las ubres, zanconas, con las paletas angulosas y los cuellos largos, grotescos.

Después de pagar hipotecas y deudas antiguas, se dió cuenta Jesús Navarro de que no se había ganado terreno. Muy al contrario, se perdía la última oportunidad: la de estar solo. Viniendo del llano, el mismo que se asomaba por los tres boquetes anchos de las calles, sentía vigilados todos sus actos. Abandonó su creencia de que los pueblos dan mejores ocasiones para vivir.

Fué preciso que Juan partiera, a cualquier parte. No se podían morir de hambre donde los hombres, bien que mal, comían al día por lo menos una vez.

Juan se había puesto demacrado. Las fiebres lo hacían parecer un colosal molde de yeso. Más que en esperar de él, en sus brazos, en su buena suerte, esperaba en la quinina. El cuello esquelético daba la impresión de estar pegado, con goma elástica, a una armazón de madera.

Teresa lo miraba de reojo, mostrando, al reírse, las encías pálidas. Cuando se le acercó la última vez, el temblor de las aletas de su nariz apenas fué perceptible. Se cercioró que sobre aquella osatura inerme, era

imposible construir nada. Habló, sin apresurarse, de que no quería exigir ningún sacrificio.

—No hay nada que lo justifique, Juan.

—¿Eso es todo lo que me dices? Contestó con cierta amargura tierna.

—¡Yo no creo en las cosas inútiles!

Juan abrió forzadamente los ojos, con un desconcierto pavoroso:

—¿Tú..., el niño... inútiles?

—Ninguno de los dos servimos... ¡Yo lo veo desde ahora! Y no hay razones para pensar que me engaño.

—¡No importa!

Algo lo hizo tartamudear:

—¡No me importa... un carajo!

Ella cortó brusca, conmovida:

—¡No debiera irse solo! ¡Es horrible!

Pero entonces Juan sonrió ferozmente, como si le hubieran dado la oportunidad de vengarse:

—¿Horrible? ¡Hasta ahora lo dice!... En cuanto a lo de irme solo, no me voy solo. ¡Gracias! Me acompaña una amiga... ya ves...

—¿Sí...?

—Mi pistola Colt... ¡El proveedor sólo tiene pocos tiros!

Después de una pausa, agregó, haciendo roncadas las palabras:

—¡Es una lástima!

Teresa sugirió, negligente:

—¿No le parece tonto el gasto, Juan?

—¡Es el único que hice para mí!

Y volvió las espaldas, como si esperase que el silencio continuara abofeteándolo.

Ninguna noticia de Juan. A la llegada de los correos semanales, iban todos a oír leer las listas. Sin duda, sumergido en la sombra, espiaba la buena ocasión. Pero la vida, inmensa y pródiga, no caía en esta trampa mezquina.

Faltaba el dinero. Ahorraban comida sin éxito. Advertían con meridiana claridad la proximidad de un abismo. Los pies se empezaban a escurrir, a pisar en una masa insegura y gelatinosa. Estaban absorbidos por un remolino irremediable. Pero lo más duro, lo más corrosivo, no era el aire en fermento, sino la miseria taponada, lista a estallar como una caldera donde hay exceso de fuerzas dominables. Siempre atrás. Cada día más ligeros de peso y más incapaces de salir a flote. Nada cambió, a pesar de haber muerto un niño. Mucho antes de que lo enterraran, decidieron tácitamente en que hubiera gastado menos viviendo.

Sólo el menor, mirando con obstinación los matorrales, sentía su ausencia como la de una pierna que le hubieran amputado.

Teresa pensó en su hijo y—a pesar de que se mintió—también se tuvo en cuenta. Su raciocinio era el de

todo desesperado que no pierde la sangre fría:

—¡Sólo puedo ayudarlos a bien morir!

—¿Tiene objeto esperar que se hunda todo?

—¡Sálvese el que pueda!

—Apenas Juan. Tiene suerte.

—¡Y yo! ¿Por qué no yo?

Como antes (era absolutamente igual) se unió al primero que se puso delante de su camino.

Sobre la estera en que dormía, dejó los pañales del niño. Esto quería decir que aborrecía el egoísmo en la posesión de recuerdos. La abuela los guardó en un baúl, a la mano, como lo que es del todo indispensable.

Jesús Navarro permaneció largas horas sentado en el suelo, con los brazos cruzados, sin pestañear siquiera. De él quedaba apenas un rescoldo de odio, subterráneo, apagado, débil, pero, suficiente para gritar:

—¡Todo se fué al diablo! ¡Todo era mierda! ¡Maldita sea!

NOTA DE LA DIRECCION.—Este cuento forma parte del libro Colombia S. A. admirable colección de relatos, llenos de fuerza y colorido e impregnados de una honda e impresionante entonación humana. García pertenece a esa nueva generación literaria colombiana que está renovando triunfalmente junto con las generaciones de otros países, a lo largo de América, la vieja y derrengada concepción del hombre cómodo en la literatura. Estos cuentos patéticos, en que interviene la porción hasta ayer despreciada del pueblo, representan una recia contribución al arte que atrapa «impiadosamente una realidad amarga», tan común en los países aun desconocidos vitalmente, de hispano américa.

Hombres y cosas de España

(Anecdótico de Madrid)



BIEN saben todos en Chile que yo no llegué a España, como pude haber arribado a las playas de cualquier otro país hospitalario. Bien saben todos en Chile que ir a conocer España, vivir, y soñar, y trabajar en España, fué la aspiración de toda mi vida. Colmábase, pues, una ilusión; realizábase un viejo ensueño mío, cuando, en la mañana del cinco de agosto de mil novecientos veintiocho, y bajo un sol radioso, ponía yo la planta en los asfaltados andenes de la estación de Atocha, y por el Prado adelante, enderezaba rumbo a la Gran Vía, no sin saludar antes al paso, en la plaza de Castelar y frente al Palacio de Comunicaciones, a la Diosa Cibeles, la patrona cívica de Madrid, en lo alto de su carro tirado por una cuadruga de leones.

¡La Cibeles! Qué sabor tan especial tienen sus relaciones con el gran pueblo de Madrid! El madrileño es lo que allí mismo se llama un individuo «guasón», es decir, un hombre que está al cabo de la calle, siem-

pre de chungu, que nada toma en serio y que se pitorrea hasta del lucero del alba. ¿Podía, pues, dejar de gastarse bromas con la estatua de su patrona? Y así fué como hubo un tiempo en que la Cibeles se puso de moda en el teatro y fuera de él. A ejemplo de Arniches, no había sainetero que no la sacase a colación. Cuando un señor estaba harto de las majaderías de algún pelmazo, en vez de soltar un respingo o de regañarlo en términos violentos, se limitaba a decirle, sin abandonar, naturalmente, la actitud solemne y el tono campanudo del madrileño castizo:

—¿Eso? Eso se lo cuenta Ud. a la Cibeles.

Y no había más que hablar.

Es de recordar el rasgo de humorismo de aquel mozo, trasnochador como todo buen madrileño, que en lo más frígido de una madrugada madrileña (y ya se sabe lo que son los inviernos de Madrid) se condolió de la pobre Cibeles, y chapaleando hasta las rodillas en el agua de la fuente que circuye la escultura, se encaramó en el carro y cubrió a la Diosa con su capa de noctámbulo. No hay para qué hablar de la sorpresa e hilaridad del todo Madrid, al día siguiente, ante el espectáculo de la respetable y clásica matrona, con las espaldas y el pecho bajo los pliegues de una soberbia capa del más auténtico paño bejarano. Era en los tiempos duros de la dictadura del general Primo de Rivera, y no faltó quien pensase que la donosa travesura del joven juerguista tendría que ser severamente sancionada. No fué así, sin embargo. A todo el mundo le hizo

gracia la ocurrencia. Se averiguó el nombre del autor, publicólo la prensa entre alegres comentarios, y se le devolvió su prenda. Al realizar este acto, el alcalde de la villa debió de haber sonreído. Sonreído, mientras todo Madrid reía, preparándose para otra broma. Porque si hay un pueblo realmente alegre, un pueblo que sepa reír a tiempo y con toda su alma, ese es el pueblo de Madrid.

* * *

Es un pueblo alegre, que hasta pasa por frívolo. «Es un pueblo de haraganes», dicen los levantinos, y también los vascos y los asturianos. Pero suspiran por estar en Madrid, y cuando se meten en él, se les hace cuesta arriba abandonarlo. Barcelona tiene lo suyo: la población, el dinamismo propio de la urbe marítima, su tráfico mercantil, sus muelles, sus lonjas, sus ramblas; también tienen lo suyo las ciudades del Cantábrico—San Sebastián, Bilbao, Santander—y los puertos gallegos, y los de aquende y allende el Mediterráneo, (como diría Teodorico Raposo, el de Queirós) y las vetustas Toledo, Segovia, Salamanca, Santiago, Cáceres, y las de Andalucía, ciudades soñadoras y perezosas como en los tiempos de la Media Luna: Córdoba, Sevilla, Granada, Málaga, el olivo y la vid, la almendra y el dátil, el azahar y el clavel... Bien, pero Madrid, Princesa de las Españas, también tiene lo suyo: su alegría, radiante como su sol; el carácter de su pueblo, abierto como su cielo; su liberalidad, su desenfa-

do, que son únicos. Es la capital; tiene palacios (desde luego el Real), templos, rascacielos, museos, parques, teatros, Parlamento... Pero no les habléis de eso a los madrileños, a quienes todo eso les tiene sin cuidado. Sin eso, Madrid gustaría y atraería lo mismo. «De Madrid al cielo y un agujerito...», dice el madrileño castizo. Y acaso no le falte razón.

Bien sabido es que nunca, o casi nunca, está la realidad a la altura de nuestra ilusión. Os dicen, por ejemplo, de una ciudad como de una mujer, que es hermosa, que es hermosísima; os la elogian de tal modo y con tal calor, que cuando las llegáis a conocer, apenas las encontráis pasaderas. Y es que os habíais formado una ilusión—una visión mental—que el áspero contacto de la realidad se encargó de desvanecer.

No es este el caso mío con respecto a España, y especialmente con respecto a Madrid. Porque jamás la realidad—para mí al menos—ha estado tan conforme con la ilusión. Verdad es que yo no soy de aquéllos que tienen un «standard» o un arquetipo de ciudad o de país, que viajan con ese patrón en la mente, y no les agrada y satisface sino a lo que dicho modelo convencional se acomode. Hay, en efecto, gentes que, fanáticas de esa novísima religión del progreso material, del maquinismo a todo trance, (en plena crisis hoy) o enneguecidas por las frases hechas de nuestra llamada civilización occidental, no conciben otro tipo de ciudad que el creado por el feroz industrialismo norteamericano, y se mueren de aburrimiento ante las maravillas ar-

quitectónicas de las viejas urbes europeas, llenas de la severa pátina de los siglos.

Es el mismo criterio simplista y enternecedor de ciertos turistas que, entre París y Berlín, por ejemplo, declaran preferir a Berlín, no por razones de estética o siquiera de orden sentimental, sino «por que sus calles son más limpias». Nos duele a los americanos el que, pensando en nosotros, hayan inventado los europeos los calificativos de «snobs» y «rastaquouéres». Pero cuando se vive un tiempo en Europa y se palpa lo que allí dicen y hacen muchos de nuestros coterráneos de este lado del mundo, se llega a la conclusión de que en la aplicación de tales motes puede haber rigor, pero no injusticia. No olvidaré nunca el gesto de desolación y las exclamaciones de desengaño con que una señora chilena me hablaba del chasco que se llevó en Italia, cuyas más importantes ciudades estarían, según ella, afeadas por horribles ruinas históricas, indignas del estado de adelanto general del reino.

Oí en España (país de buenos vinos) una palabra que en Chile no había tenido ocasión de escuchar, por lo menos en la acepción que para el caso interesa: la palabra «solera». La solera viene siendo algo más que el «bouquet» de los vinos de Francia. La solera es, como si dijéramos, la esencia recóndita del vino, algo que es indefinido y sutil, pero que al paladar del buen catador no se escapa: la «clase» que sólo dan los años, el tiempo que todo lo pone a prueba, así la amistad como los vinos. Las sociedades de Europa, su organización,

su civilización, su cultura, tendrían, pues, solera. Augusto d'Halmar, el gran escritor chileno radicado en España desde hace ya unos diez años, y que ama a ese país como se debe querer a los pueblos, con todos sus defectos y con todas sus virtudes, me decía una vez que España es, por su carácter, mantenido original a través de todas las vicisitudes de la historia, por todos los lineamientos de su espíritu, el país de la solera.

* * *

Demasiado se ha dicho ya que en Madrid nadie puede sentirse extranjero. Pero para nadie es tan verdadera esa afirmación, como para el hispanoamericano. Y esto no es resultado de ningún trabajo de preparación: no es que para sentirse uno a sus anchas en la capital de España, necesite recordar lo que este hecho significa, y repetirse los lugares comunes de editoriales y discursos destinados a la exportación... Se siente uno bien, porque se familiariza en seguida con el ambiente; la adaptación se efectúa sin esfuerzo, como cuando somos recibidos por gente hospitalaria y liberal, y al cabo de poco tiempo nos parece que fuéramos «de la casa». Nos admira, sin molestarnos, la prodigalidad del gesto y la palabra: a los chilenos más aún, que somos parcos en el verbo y en la expresión mímica. Una compatriota recién llegada a Madrid me dijo, después de un día de callejeo: «Me da la impresión de que se ha disuelto la Compañía».

Al principio nos choca un poco (y ¡cómo no, si cada sudamericano exige, instintivamente, que se le trate de «señor!») la impagable familiaridad madrileña. Nos hace roncha el «¡hombre!» que nos espetan el camare-ro, el guarda del tranvía y hasta el mendigo a quien damos una perra gorda. Dentro de cada burgués sudamericano que hace turismo por Europa, hay un hidalgo colonial, y no es raro que el madrileño le parezca, de pronto, demasiado «confianzado». Nuestro estirado empaque de criollos se resiste a aceptar que un desconocido nos detenga en la calle, para pedirnos fósforos, o para preguntarnos la hora; nos extraña que en el tranvía, o en el tren, o en el hotel, nos dirijan la palabra personas que no nos han sido presentadas... Pero, ¡cómo cambia todo eso cuando uno observa que no es más que la inmensa simpatía, el corazón de este pueblo que se le sale por la boca! Ese «tomarse la confianza» que el «americanito» critica a regañadientes, contándolo en sus primeras cartas a sus relaciones de ultramar, no es más que brindar confianza. El madrileño lo detiene a usted sin conocerlo, para hacerle una pregunta, pero es porque él, a su vez, abandonará sin vacilar su ocupación, por importante y personal que sea, para correr a indicarle a usted la calle y la casa que busca. Y esto lo hace el comerciante que está a la puerta de su negocio, lo mismo que el albañil que brega con su plana y su tarro de argamasa, o que la modistilla pizpireta que trota en dirección del taller.

Y a propósito de modistilla, es preciso dejar cons-

tancia del fiasco que hacen a menudo nuestros donjuanes por las calles de Madrid. Ignoran que allí responder con una sonrisa a un piropo, más o menos discreto, no significa nada; recordando la costumbre americana, suponen, por la acogida, «que hay panorama». La equivocación es grande. Porque esa personita tan agradable que le da a usted conversación, sin que sepa quien es usted y que sólo por el acento ha adivinado que es usted de América, no le tolerará a usted ningún descomedimiento y sabrá darle, en el momento oportuno, la merecida lección. Dentro de la liberalidad madrileña, el que una dama le dé réplica a un señor que tiene gana de perder el tiempo, no es de mal ver, ni permite al favorecido forjarse la menor ilusión.

La palabra «extranjero» no tiene en la Península ese sabor acre y hostil que la hace antipática en tantos otros países de gran atracción para el turismo universal. No creo que exista en el mundo un pueblo con mayor suma de simpatía humana. Y de una sencillez, o si se quiere, nobleza de carácter tales, que no las puede concebir nuestro temperamento neocontinental. En España es lo ordinario, lo natural, ver a la gente satisfecha de la situación que ha conquistado o heredado; no se avergüenza nadie de ser pobre, ni de descender de pobres, aunque se esté en la holgura; hay personas y familias de la pequeña y alta burguesía, a las que repugna como una grosería el hacer ostentación de su fortuna, y que viven sobriamente, no por avaricia, sino en virtud de una como tradición espiritual que está en la sangre.

En España—se dice—hasta el mendigo es altivo. Lo que quiere decir que la riqueza, por sí sola, no da título de superioridad. Cosa difícil de entender para el americano, a pesar de que tenemos el hábito de alardear de demócratas y nos jactamos de haber cumplido más de un siglo de vida republicana.

Hay que insistir sobre esto. Porque en nuestras pequeñas repúblicas pseudodemocráticas, el individuo se crece tanto con el éxito, que la hipertrofia de la personalidad llega a ser un fenómeno corriente. «No me den aires colados, ni rotos acaballerados», decían, ya en tiempos de la Colonia, nuestros hidalgos criollos. No es raro que aquél que anda con el «roto», la «china» o el «siútico» entre los labios, sea el hijo o el nieto de un marinero, de un gañán, de un empresario de garito, o de algo peor. En España no observé ese feroz apetito de los llamados «de abajo» por salir de su clase, y si el hijo del tabernero o del labrador pasa, por ejemplo, a ser abogado, médico o ingeniero, o emigra y hace fortuna, no siente ni afecta desprecio por su familia, ni por la clase social de que es oriundo. Cuéstale al americano ser afable y obsequioso, porque cada uno lleva adentro un «enfant terrible», que sólo quiere ser servido y halagado. En cambio, el español, con su secular fama de orgulloso, se brinda a atender a un desconocido, y lo hace con la sonrisa en los labios sin que en su actitud haya un asomo de bajeza.

Comunicativo, expansivo, sin trastiendas ni antepasadas en el carácter, se traba en seguida en conversación

en el vagón del tren y aun en el tranvía. Si el viaje es largo, no es raro que por el solo hecho de ser vecinos de asiento, acaben tuteándose dos personas que nunca se habían visto. Si a un viajero español le toca, por desgracia para él, un compañero taciturno o de pocas palabras, se cambiará de asiento, y aun de carro, hasta dar con un contertulio a su agrado. El menor incidente que se suscite en el curso del viaje, servirá de pretexto para que la tertulia se haga general y todos terminen siendo amigos.

Y este pueblo, amable sin melosidad, liberal sin ostentación, servicial sin servilismo, es, sin embargo, rudo de lenguaje y de modales. Así como a los americanos nos resulta de pronto antipático el tono arrogante y altanero de la lengua materna en la garganta del español (del castellano, especialmente), nos extraña también la desnuda claridad con que allí se llama a las cosas por su nombre. A uno le preguntan con cariño por «su mujer» (no por «su señora» como se acostumbra cursilona-mente por acá). En realidad, se desconoce el uso y abuso que nosotros hacemos de los eufemismos y los circunloquios para expresar funciones fisiológicas que no tienen por qué sublevar el pudor de nadie. Nuestra «guagua» o «bebé» es, sencillamente, el «niño de teta», así como suena, y es lo más corriente ver en los paseos públicos a madres y nodrizas dar el pecho a sus criaturas sin ninguna muestra de falsa vergüenza. El espectáculo, por lo demás, no escandaliza a nadie. Hay vocablos gruesos que el español no puede dejar de inter-

calar en su discurso, cualquiera que sea su estado de ánimo.

Creyente que se persigna al pasar, aun en tranvía, frente a la puerta de algún templo; que acata todos los mandatos de la Iglesia y cumple estrictamente todos los ritos, se desata, a la primera contrariedad, en blasfemias feroces; galante hasta el donjuanismo, con el piropo y el madrigal siempre a flor de labios para el encanto de unos ojos o de unos andares femeninos, es, ancestralmente, dominante con la mujer y absolutista en cuanto se relaciona con el amor. Celoso hasta la exageración, es acaso el único pueblo de Europa en donde la pasión erótica hace correr sangre, y existe, sin embargo, el «chulo», que no es más que un repugnante mercader de amor. Nadie lo gana a compasivo; se arremolina en una acera disputándose la atención de un enfermo o accidentado; a mí mismo me ha tocado presenciar el caso de un buen ciudadano que perdió la vida por salvar la de unos chicos en peligro de ser atropellados por un carro, cuyas mulas se habían desmandado; y ese pueblo es el que, domingo a domingo, se apretuja en las plazas de toros, fanático de la llamada «fiesta nacional», que dicen que es una escuela de valor, pero que a mí me resulta, sencillamente, una apoteosis de la barbarie. Tiene fama de holgazán y, sin embargo, sería difícil hallar un pueblo en que el obrero trabaje más rudamente y con menor provecho, e imposible negar que valen cada uno por un Hércules los braceros españoles que han hecho la riqueza de los países de inmigración. Impera en el extran-

jero la vulgar visión de una España teocrática, inquisitorial, sombría, dominada por la férula de un clero hosco y solapado, y lo cierto es que en ninguna parte del mundo he visto gente que se gaste más bromas con los ministros del culto, ni sacerdotes que lleven una existencia más parecida a la de sus feligreses: ellos están en donde se ve a todo el mundo, en los cafés como en los colmados y en los teatros como en las corridas de toros.

* * *

Hora es ya de que haga una declaración, y es la de que ha estado y estará lejos de mi ánimo la pretensión de expresar algo nuevo y original acerca de la psicología del pueblo español. Después de las crónicas viajeras de un Gautier, de un Dumas, de un Max Nordau, y, sobre todo, después de los estudios de un Barrés, de un Haverlock Ellis, de un Kayserling y de un Waldo Frank, no cabe sino una impresión puramente objetiva y personal. Por eso es por lo que, al hablar de España y de los españoles, debe entenderse que me refiero especialmente a Madrid y a los madrileños, entre los que he vivido cinco años, que puedo considerar como los más fecundos de mi vida. A ejemplo de dos grandes escritores chilenos—Augusto d'Halmar y Joaquín Edwards Bello—no me he limitado a conocer a España en las páginas de los libros, ni como quien presencia un espectáculo desde su butaca, ni siquiera por las no siempre

insospechables referencias de la prensa o de la tertulia literaria. Cinco años plena y hondamente vividos en España me dan derecho a estar con los que piensan que éste es acaso el único país del mundo donde el extranjero llega a olvidarse de su condición de tal. España —ya lo ha dicho alguien— es el único pueblo-niño que va quedando en la cansada Europa. Para nosotros los americanos, estar en España es hallarse en Europa sin salir de América.

En España todos los establecimientos públicos de recreo—llámense bares, colmados, tabernas, cafés o merenderos—ofrecen, además de la comida o bebida, un artículo que en sus congéneres de América es absolutamente desconocido: ofrecen tertulia. Quiere esto decir que el parroquiano va allí no sólo a consumir, a gastar, a dejar forzosamente una utilidad al negocio, sino que tiene derecho también a la hospitalidad gratuita del establecimiento, que le brinda lo más grato para un español, cualquiera que sea la «patria chica» de donde proceda: la tertulia, esto es, la oportunidad y ocasión de conversar, de discutir, de cambiar ideas con el prójimo. Aquello de que el hombre es un animal sociable, le viene más que a hombre alguno al español.

Aquí se oye hablar de las «peñas» madrileñas; pero no todos saben con precisión qué son las peñas. En realidad no son sino una manifestación de esa liberalidad de las costumbres, la forma más elemental de la sociabilidad. Cada peña no es sino la tertulia habitual de determinado grupo de amigos, en determinada mesa de

determinado establecimiento. Así, por ejemplo, la peña de don Ramón del Valle-Inclán en el Café Regina y más tarde en el de la Granja del Henar, y la de don Ramón Gómez de la Serna en el viejo Café de Pombo. No hay en Madrid quien no sepa que, a tal hora, en tal o cual café o cervecería, se encontrará en su peña tal escritor, tal artista, tal torero o tal político. Existe en Madrid, en la calle del Prado, un viejo café llamado precisamente así, del Prado; pero que todo el mundo conoce ahora con el nombre de Café de Ramón y Cajal, porque desde hace más de veinticinco años el ilustre sabio iba todas las tardes, a la misma hora, a pasar un rato junto a la misma mesa de ese establecimiento. Otro tanto pasó con el café que frecuentaba, como visitante de años, el gran don Marcelino Menéndez y Pelayo.

De ahí que el café sea en Madrid una institución sui-generis. Es club y casino, oficina de negocios, salón de sesiones, punto de cita para todo compromiso. Al revés de lo que ocurre en Chile, ni el dueño ni los camareros demuestran ninguna prisa en que el parroquiano se marche. Además, el camarero—que suele ser un muchacho listo y que por lo general se llama Paco, Pepe o Manolo—no es ya un empleado doméstico: es un modesto, pero leal amigo del cliente, su consultor, su confidente y en ocasiones hasta su banquero. Cuando acude alguno de los de la peña, el camarero—que presume ya a quien anda buscando—se apresura a darle razón y, por lo general, se enreda con él en tertulia sobre política, sobre toros y a veces también sobre mujeres. En

Madrid la democracia está en las costumbres, en el espíritu, no en la letra muerta de la ley.

No es extraño, pues, que yo, que iba cansado, agotado, deshecho el ánimo por quebrantos mortales y agarrado por la terrible neurastenia de los trabajadores intelectuales, me haya dejado ganar de inmediato por la simpatía madrileña. Al salir de aquí creía haber descubierto que la felicidad era el silencio, y he aquí que de esa hiperestesia auditiva me ha curado la ciudad más alegre y bulliciosa del mundo. Para el madrileño, alegría y ruido son sinónimos. El no concibe que se pueda estar contento sin meter mucho ruido, reír a carcajadas, chillar, cantar, patear, tocar pitos, zambombas, cornetas, disparar cohetes y petardos... La Nochebuena es un espanto, y otro espanto la de Año Nuevo. No hay nada capaz de dar idea de aquella batahola. El mundo se ha vuelto loco y todos los locos andan sueltos. Comparsas de bárbaros he visto meterse en los tranvías y en los vagones del «Metro», arrastrando de cada pie un tarro petrolero lleno de piedras... Aquello empieza temprano y se prolonga sin descanso hasta el amanecer. Resulta admirable, en realidad, el espectáculo de un pueblo que no necesita ingerir alcohol para alegrarse y echar el alma por la boca. El pueblo de Madrid es eminentemente callejero. Madrid está aún bastante lejos de alcanzar el millón de habitantes; pero, si se juzgase por la muchedumbre que hormiguea día y noche por sus calles y llena los sitios públicos, se la podría suponer cuatro veces más populosa que Santiago.

Yo he sido en Madrid—y a mucho honor—el hombre de la calle. He visitado no tanto la «Casa del Pueblo» como el hogar del pueblo; he compartido su mesa; he saboreado el castizo cocido, la paella valenciana, el pote gallego, la fabada asturiana, el gazpacho andaluz, el pisto manchego, y no hay establecimiento de recreo que no me haya sido familiar. Lo mismo he apurado el «peleón» de cinco céntimos el vaso, en la tasca a donde acuden por la tarde los compañeros de Juan José, que he recorrido los domingos todos los merenderos de la Bombi, de la Dehesa de la Villa, de la Moncloa o de los Cuatro Caminos, donde todavía resuena, alegremente, el organillo y donde todavía las modistillas y las menegildas, dándose postín, alternan el tango y el fox-trot con un schottisch digno del de La Verbena de la Paloma. Me he acostumbrado a escuchar, y aun a lanzar el ardiente piropo que hace brotar a flor de labios la presencia de una mujer joven y guapa, porque el piropo es en Madrid un derecho consagrado por la tradición, que ninguna Dictadura ha conseguido suprimir y que jamás agravia ni molesta a la favorecida por él.

El piropo español no es, ni de lejos, nuestra mimosa galantería criolla, aquel arrullo halagador que se musita al oído, no: es una flor (y así se llama) una flor roja y detonante como un clavel reventón, que se dispara al rostro con gallardía y en voz alta. La que pasa bien puede ser una duquesa, y el que rinde el homenaje del piropo, bien puede ser un albañil o un mozo

de cordel, que no se enfadará ella ni él creerá que ha incurrido en un atrevimiento.

Una noche (¡ah, esas noches de plata de Madrid!) estando yo en la terraza de un café, vi pasar a mi vera a un señor bien portado en compañía de tres hermosísimas chicas, elegantes y llenas de esa gracia picante, de esa viveza alada que se dijera característica de las calles de Madrid. Un muchacho, un golfillo, como allí se dice, con todas las trazas de un limpiabotas en descanso, se fijó en el grupo y, con esa arrogancia de acento^{yo} que en la villa no es privilegio de ninguna clase social, les espetó esta declaración:

—Allí sobran dos, y aquí está uno.

No se molestó el caballero, ni siquiera tornó la vista; pero una de ellas, casi sin volverse, disparó al galanteador un «que te crees tú eso», que lo habrá dejado por muchos días sin deseos de volver a colarse. El «que te crees tú eso» como el «quién te ha engañau» y otras salidas por el estilo, no tiene todo su color y toda su energía sino pronunciados allí, por labios de hembra madrileña. Es de mal tono rechazar un piropo. Si es discreto se da las gracias, por lo menos con una sonrisa. Pero lo más corriente es que la favorecida corresponda a él con una réplica oportuna. El deporte del piropo tiene también sus peligros.

Recuerdo que en la tarde de un domingo, junto a las rejas de la entrada al «Metro», en la Puerta del Sol, tres amigos chilenos estábamos dedicados con entusiasmo a ese inocente pasatiempo. En vista del éxito, nues-

tra satisfacción iba subiendo de punto, y ya nos sentíamos en condiciones de «dar el camelo» haciéndonos pasar por flamencos de lo fino. De pronto, uno de ellos, un ilustre músico que más que artista célebre, hubiese deseado ser joven, viendo acercarse a dos beldades de no más de veinte años, preparó su arco y les arrojó este dardo a quemarropa:

—Esto sí que vale, y por esto sí que puede perderse un hombre... ¿verdad, chiquillas?

Y una de ellas, junto con darle una rápida ojeada, le contestó instantáneamente:

—¿Verdad, abuelito?

Silencio. Perplejidad. Azoramiento. Una despedida fugaz, y nuestro amigo desapareció por la escala del «Metro».

Donde florece el piropo y se desborda la gracia, donde encuentra ocasión y sitio propicios al genio del pueblo madrileño es, especialmente, en las verbenas. Dicen que estas fiestas populares han decaído mucho, perdiendo gran parte del carácter y del color que antaño tuvieron. Yo no puedo juzgarlo, porque no las he conocido sino ahora. Pero, «correr la verbena» es en Madrid una frase clásica, de abolengo, como que ella trae a la memoria los nombres de la duquesa de Alba y del glorioso don Francisco de Goya. Correr la verbena, es decir, pasarse las horas con el pueblo entre el tumulto de los carrouseles o tiovivos, de las tiendas y carros de espectáculos, de las fotos humorísticas, de los tiros al blanco, de las ventas de frutas y confites, de

los grandes fondos de aceite hirviendo donde se frien como condenados los famosos churros; compartir la amplia e ingenua vida popular al aire libre con señoronas que regañan, chicas que coquetean, críos que se columpian, soldados, obreros, ministriles, modistillas, pollosperas, señoritas de quiero y no puedo, entre el rumor pujante de las ruedas giratorias, de los organillos, de los altavoces, y el pregón desesperado de los charlatanes que ofrecen por diez céntimos—por una perra gorda—la visión de lo más maravilloso que sea dable imaginarse; dejarse llevar por la oleada de la muchedumbre que va y viene, sin posturas de escritor mal humorado, sin filosofías cursis para presuntas crónicas, sin resabios de genio incomprendido, con el alma limpia como la de ese niño que ha visto veinte veces el Tubo de la Risa y que se ríe de sólo recordarlo, eso es penetrar el secreto de la salud y la alegría del Madrid auténtico, eso es tener derecho a sentirse madrileño, porque eso es palpitar con el corazón de su pueblo.

* * *

Pueblo de cualidades distintivas, definidas, pero difíciles y complejas, ha tentado siempre a los observadores extranjeros. Pero éstos—y especialmente los franceses—se han equivocado a menudo con él. Se han equivocado al juzgarlo en sus libros, y al invadirlo con sus tropas. Católico y blasfemo, espléndido y ahorrativo, hidalgo y puntilloso, laborioso y holgazán, apasio-

nado y estoico, piadoso y cruel, resignado y turbulento; el pueblo español de hoy—a pesar de cuanto se diga—es el mismo que peleó con el árabe refundiéndose con él, en guerra de ocho siglos; es el mismo que creó en las tierras del indio, refundiéndose con él, las veinte repúblicas del hemisferio occidental: el mismo que, contra la propia voluntad de sus amos degenerados, salió a la calle a defender su libertad y la dignidad nacional, organizando la gloriosa resistencia a la invasión napoleónica; el mismo que, ante la corrupción de los políticos y la descomposición del Parlamento, aceptó como remedio heroico la dictadura militar, pero que, llegado el momento, con un solo sacudimiento de su cabeza leonina, aventó la dictadura y con ella el trono secular de los Borbones.

Yo que tengo ya tan pocas ilusiones en general y ninguna en política, tuve en Madrid un momento de entusiasmo, de embriaguez espiritual, casi de frenesí, en la tarde y noche víspera de la proclamación de la República. Recuerdo que fué a buscarme a mi escritorio un antiguo y querido amigo mío, soñador incurable, a la sazón en Madrid. Recuerdo que dejamos enarbolada en el Consulado, en lo más alto del mástil, la bandera tricolor, y corrimos a sumarnos a la alegría del pueblo madrileño, gritando, vociferando, cantando como todos o tatarcando la Marsellesa y el Himno de Riego, con una escarapela roja en el ojal de la solapa y una ilusión, como una flor más roja todavía, en lo más puro de nuestra alma. Era en abril, el mes del apogeo primaveral en

la Península. Yo sentía renacer en el fondo de mi corazón todos mis antiguos arrestos de poeta de la democracia, todos mis viejos anhelos de reivindicación popular, y que borbotaba en mí ese santo amor por los humildes, esa esperanza inmarcesible en el triunfo del espíritu humano, esa fe profunda en los destinos superiores de la vida... Ya no espero recrearme ni participar, en lo que queda de vivir, en un espectáculo semejante. Era no sólo Madrid, sino toda España, la España de mis amores y mis sueños, la que se sentía renacer poderosamente a nueva vida; acaso no pase de ser una ilusión, una inmensa ilusión que el tiempo se encargue alguna vez de desvanecer; pero si es respetable la ilusión que agita sus alas en el corazón de un individuo, mucho más tiene que serlo cuando se apodera de la conciencia colectiva de un gran pueblo, de una gran nación, como fué ayer la Monarquía y es hoy la República española.

Frescas aun en mi ánimo las emociones de la calle, hirviente de una muchedumbre frenética, que en la hora del triunfo supo contentarse con cantar y dar vivas, fraternizando hasta con los que horas antes llamaba justamente sus «verdugos», colocando el gorro frigio sobre las estatuas de antiguos reyes y de personajes reaccionarios, haciendo ronda en derredor de la Cibele, llegó para mí el momento de congraciarme plenamente con ese pueblo que parecía sorprendido, él mismo, de saber que era republicano.

—Señor Cónsul,—me dijo una señora muy beata a

quien encontré en las primeras horas de la mañana siguiente, y que ya había visto la bandera de Chile flameando en el mástil de la oficina consular.—Yo lo tenía a usted por una buena persona, y ahora resulta que es ateo.

—¿Ateo? No, señora, jamás,—le contesté.—Ateo significa no creer en Dios, y yo tengo que creer en Dios, y deberle amor y gratitud. Gracias a él, señora, yo he realizado los dos grandes sueños de mi vida: el primero, residir en España; y el segundo, no salir de España sin asistir al advenimiento de la República.


Alejandro Fuenzalida Grandón

Barros Arana y su época⁽¹⁾ (1830—1907)

Conversaciones con don Diego

AMBIENTE POLITICO

EL PORTALIANISMO

 Barros Arana nació con la admiración más grande por Portales. Durante su juventud y desde su niñez, creció en esta admiración.

Fué, pues, «portaliano», como lo fué su padre, don Diego Antonio, pelucón de antiguo cuño, honrado a carta cabal. Conocieron a Portales en la plenitud de su poder omnímodo, cuando todo se doblegaba ante su férrea voluntad.

En el ejercicio del mando usó y abusó de la autoridad que le otorgaron las leyes extraordinarias, pero llegó un momento en que este hombre, que disponía de todo el poder público sin control alguno, perdió el equilibrio de sus facultades.

(1) Fragmentos de un libro de próxima publicación.

Barros Arana pronto comprendió que el ídolo de la época, el hombre de fierro que iba a poner orden en todo, pasaba por una crisis cerebral.

Nuestro historiador ha recordado que ciertos hombres de genio, en el ejercicio del mando dictatorial sin control, están expuestos a ese desequilibrio.

Napoleón dictador, en la segunda época de su vida, sufrió este trastorno. Creyó poder hacerlo todo, que no había límite alguno para ese abuso de la autoridad ejecutiva.

Barros Arana ha escrito que el gran ministro, el omnipotente ministro, iba a sufrir la perturbación moral que siempre produce el mando sin freno, irresponsable. Perturbación de que no han podido substraerse ni aun los hombres mejor dotados que se hallaron en circunstancias semejantes.

Un escritor contemporáneo (ha dicho el Maestro en su *Historia*), un escritor que, a la vez ha sido estadista notable y publicista distinguido, ha dado forma concisa, pero luminosa, a esta observación aplicable al hombre y a los hechos de que hablamos aquí. Lord Roseberry en un libro reciente sobre Napoleón (*Napoléon, sa dernière phase*, trad. Paris, 1901), después de bosquejar el retrato de la grandeza genial de ese personaje, explica en los términos que siguen las causas de la inferioridad de la segunda parte de su prodigiosa carrera, en que el inmenso emperador había cesado de tener una razón normal:

—« La verdad, según creemos, es ésta, afirma Ro-

« seberry: El espíritu no está suficientemente lastrado
« para permitirle ejercer o sostener largo tiempo un
« poder absoluto y sin contrapeso. En otros términos,
« la omnipotencia es incompatible con la naturaleza
« humana. Toda la historia, desde el tiempo de los
« Césares, nos enseña esta verdad. Y Napoleón, por
« poderosa que haya sido su inteligencia, no hace
« excepción a la regla».

La omnipotencia, añade Barros Arana, iba a perder a Portales, como ha extraviado, más o menos fundamentalmente, a todos los que la han ejercido, y entre ellos a hombres dotados de las más altas cualidades.

Nuestro historiador tiene toda razón al apadrinar este concepto.

Y lo subscribe con tanta mayor imparcialidad como que, profesando la admiración que la obra constructora portaliana merece y que todo hombre de orden acepta de buena gana, conserva esa su imparcialidad doctrinaria y en forma nítida nos da la explicación real y verdadera del Portales de la segunda época.

—« Perdido todo freno, exigió de los cuerpos le-
« gislativos la ley bárbara de 27 de enero de 1837,
« que dispone que el que hubiere sido condenado a
« permanecer en determinado punto de la República o
« desterrado fuera de ella, por sentencia judicial y por
« delito de sedición, conspiración o motín, sufrirá pre-
« cisamente la pena de muerte si quebrantare su conde-
« na o destierro. En cualquier punto de la República
« en que fuere aprehendido uno de los reos fuera de

« aquél a que hubiese sido destinado, la autoridad
« aprehensora lo pasará por las armas dentro de vein-
« ticuatro horas, sin más proceso que el necesario para
« comprobar la identidad de la persona, y sin que de
« sus procedimientos se pueda interponer recurso al-
« guno».

El proyecto primitivo del gobierno se refería sólo al general Freire y a las otras personas que lo habían acompañado en la tentativa revolucionaria preparada en el Perú, a todos los cuales declaraba fuera de la ley; pero la Cámara de Diputados creyó que esta forma no era clara, que podía dar motivo a abusos, y que no comprendía a todos los desterrados y confinados. En consecuencia, la modificó dejándola en la forma promulgada.

—«Ley bárbara», agregaba don Diego, que pugna con toda seriedad en la administración de justicia, que podía dar origen a los más atroces atentados de un despotismo atropellado, por depravación o por inconsciencia, no tenía más antecedentes en nuestra historia que algunos de los bandos más desatentados del gobierno de Marcó de Pont.

Los infractores de las sentencias de confinación y destierro quedaban así sometidos a las penas más terribles y substraídos a la protección de los Tribunales de Justicia. Pero éstos quedaban todavía con las más amplias atribuciones para juzgar los procesos por conspiración o motín, y en el ejercicio de ellas, habían de-

mostrado una templanza que contrariaba sobremanera al archiprepotente ministro.

Para hacer desaparecer este obstáculo a su infinita prepotencia, Portales hizo aprobar por el Congreso la siguiente ley, promulgada el 31 de enero de 1837:

—« El Congreso Nacional declara en estado de sitio el territorio de la República por el tiempo que dure la actual guerra con el Perú, y queda, en consecuencia, autorizado el Presidente de la República para usar de todo el poder público que su prudencia hallare necesario para regir el Estado, sin otra limitación que la de no poder condenar por sí, ni aplicar penas, debiendo emanar estos actos de los Tribunales establecidos o que en adelante estableciere el mismo Presidente».

Las Cámaras, convocadas entonces a sesiones extraordinarias, fueron cerradas el día siguiente (1.º de febrero), para no reunirse sino cuando hubiera un nuevo Congreso, que debería elegirse en marzo.

Esta declaración de estado de sitio en toda la República, parecía relacionarse con la situación excepcional creada por la declaración de guerra a la confederación Perú-boliviana.

—Muchos de los hombres que en una y otra Cámara votaron esa ley, creían que los Tribunales de que allí se hablaba—«que en adelante estableciere el Presidente de la República»,—se referían al estado de guerra y para juzgar los delitos a que éste diera lugar.

Contra esta creencia de muchos, el 2 de febrero—

todo marchaba vertiginosamente—se firmaba un decreto de 8 artículos que importaba el desprecio de las más esenciales garantías impuestas por las leyes en la administración de justicia y constituía el más violento y terrible despotismo.

Atendiendo, decía el decreto «a la necesidad que
«hay de remover las causas que favorecen la impunidad
«de los delitos políticos, los más perniciosos a que tie-
«nen que ceñirse los tribunales ordinarios».

Creaba el Gobierno en cada provincia un consejo de guerra permanente, compuesto del juez de letras y de dos militares de cualquiera graduación—(puesto que en algunos puntos fueron designados simples capitanes y tenientes)—con el encargo de proceder en la forma más rápida y dar una sentencia de la cual no se podía apelar, cualquiera que fuese la pena impuesta en ella.

Estos consejos de guerra permanentes que la historia ha estigmatizado con palabras de fuego (*Vicuña Mackenna*, don *Diego Portales*, cap. XV), denotan que el espíritu superior de Portales sufría ya el desequilibrio producido por el ejercicio de un poder omnímodo.

Entonces ocurrieron los trágicos sucesos de Curicó, del 6 de abril de 1837

El famoso Antonio José de Irisarri, intendente de esa provincia, hizo aplicar aquella ley bárbara.

Víctimas, principalmente, don Manuel Barros, Arriagada, Baeza y otros.

Acompañaron al victimario jefe, el licenciado Ramírez, el coronel Ibáñez y el capitán Sotomayor.

Las víctimas no podían reclamar.

El hijo de la víctima, don Daniel Barros Grez, ese sí que reclamó toda la vida, en escritos encendidos, en novelones de gran fondo histórico, en folletos indignados, justamente indignados, volviendo siempre a remover la herida en que se clavaba la espina dolorosa.

Tal fué el sangriento ensayo de los célebres consejos permanentes de guerra que inventó Portales en ese momento de locura que ha de tener un capítulo en la psiquiatría política.

Colmada la medida, sobrevino el criminal motín de junio:

— ¡Baje el Ministro!

Bajó del birlocho. El gran Ministro pagó con la vida la omnipotencia dictatorial que había ejercido durante el trastorno de sus facultades mentales.

La tragedia del Barón queda explicada.

Recientes historiadores, con inmensa hondura filosófica y con una elevación mayor todavía, como que es filosofía spengleriana, han dado en la flor de comparar a Portales con César: el dictador de la Roma imperial.

Cierta es la comparación, pero en la locura que los genios políticos sufren cuando son duchos en la extralimitación del poder sin control, humano ni divino.

En eso se parecen.

En el desequilibrio mental.

Consecuencia inevitable de que el hombre no está preparado, no puede ser capaz, no está suficientemente lastrado para ejercer un poder absoluto, o sea, la omnipotencia es incompatible con la naturaleza humana.

Repito el concepto roseberiano.

Toda la historia, desde los tiempos de los Césares, nos enseña esta verdad.

Tal omnipotencia atacó de locura al dictador Rosas en la República Argentina que, pese a sus grandes cualidades de organizador, cometió los excesos más grandes de que haya memoria en los fastos de América.

No tuvo su Barón.

Escapó a Inglaterra. Y allí murió, reconcentrado, como león en la jaula, encerrado con sus propios remordimientos.

Tal vez sin recibir los auxilios de los antiguos jesuitas, sus buenos amigos en las horas de la prosperidad; en las de la grandeza, en las de la dictadura irresponsable, y gastando la energía de su cuerpo en domar potros en su estancia británica.

Cualesquiera que sean las altísimas cualidades del organizador de la República Argentina, y escríbase lo que se escriba, por filósofos de cualquier raza o por afán de ideologías abstrusas, sean sus autores simples literatos o pretendidos historiadores, hay hechos ciertos, inmovibles. El tirano hirió, desterró, mató a la parte más granada y más intelectual del país. Sembró el terror de

propios y de extraños. Abusó del poder en una forma arbitraria, inverosímil, increíble, pero cierta. Sembró la tierra de América con los desterrados políticos que corrieron a los países vecinos a preparar la campaña que iba a dar término al ominoso período de sangre.

Estos hechos están a la vista de propios y de extraños.

Los Mitre, los Sarmiento, los Frías, los Gutiérrez, los Alberdi, los López, los Peñas y tantos otros—acogidos en Chile por la mejor sociedad—contribuyeron con sus ardientes escritos y con su propaganda hablada a presentar el cuadro de horror que acababan de presenciar y del medio del cual apenas si salvaron con sus vidas.

Y fué una suerte para Chile tenerlos de huéspedes.

País de orden en aquellos años, con instituciones sólidamente asentadas, gobernado por hombres ecuanímenes—como lo fué el general Bulnes, distinguido mandatario—que hicieron un gobierno suave, blando, placentero, no odiados, por nadie tal vez. Se tendió un puente de plata a los adversarios para que participaran en las tareas de la administración.

Fueron años de paz octaviana.

A una época de excesos, de violencias, de exacerbación en que la mano férrea de la autoridad extremó las medidas de represión, había sucedido la calma, la tranquilidad más o menos completa.

El decenio Bulnes está caracterizado por la tendencia de unir los elementos todos de la civilización, ser-

vida por hombres sin distinción de color político, aun cuando hubieran sido jefes o corifeos exaltados del pi-
piolismo.

Esa bonanza dió frutos opimos. Se afianzaron las creaciones o iniciaciones efectuadas en la administración anterior. Se consolidaron la Universidad, las diversas escuelas de enseñanza práctica, profesional, especial, militar y naval, superior, secundaria y primaria, institutos científicos, etc. Apenas iniciadas antes, tomaron el desarrollo conveniente, llegándose a la efectiva implantación y completitud de todo ello.

Aunque hubo luchas ardientes de opinión pública, no por eso la exaltación de los ánimos llegó a alterar el orden, sino en las postrimerías de aquel Gobierno. Es el orden necesario al desenvolvimiento de las instituciones culturales, artísticas, literarias, científicas, económicas, etc., que piden para su incremento, tranquilidad y paz.

AMBIENTE INTELECTUAL

EL BELLISMO

Máxima fortuna para Chile fué seguir contando con los servicios de un insigne humanista. Ocupa el lugar de honor, y primero entre los primeros en el servicio de la causa de la cultura intelectual.

A este sitio nadie lo alcanza entre los nuestros.

Nadie, nadie tenía en su haber mental la masa de conocimientos que atesoraba aquel esclarecido varón.

Literato de fuste, de gusto acendrado, fino, delicado, exquisito.

Filólogo en el sentido más amplio del concepto; conocedor a fondo de la antigua lengua castellana y sin rival en el manejo de la moderna, nuestro príncipe de las letras mandó sin contrapeso.

Jurisconsulto famoso, empapado en los conocimientos perfectos del antiguo derecho romano, como de las leyes francesas de la época napoleónica, nos dejó el código civil.

Internacionalista sagaz, dió al derecho de gentes un cuerpo de doctrina que ha llegado a ser clásico en América y en Europa. Y en este orden de conocimientos, tuvo el raro privilegio de no estancarse, sino al revés, de seguir, paso a paso, los progresos que la práctica internacional iba introduciendo en las relaciones de los diversos países del orbe occidental.

Filósofo de la escuela inglesa, admirador de Bentham, expuso en su *Filosofía del entendimiento humano*, un resumen de primer orden, sólido como todo lo que del maestro salía.

Catedrático particular, en su propia casa estableció cursos en que reunió a la flor de la juventud de Santiago. Escuchó sus lecciones un grupo escogido de mentes disciplinadas que esparcieron en Chile las enseñanzas recibidas. De esos cursos salieron los Lastarria, los Matta, los Bilbao, los Vallejo, los Sanfuentes, los Tocornal y tantos otros, orgullo de nuestra intelectualidad.

Temperamento benévolo por excelencia, si reservado, amistoso, ecuánime, se asoció gustosísimo a los ensayos juveniles de sus discípulos. Y así se vió alternar con los promisorios ensayos de la muchachada, los maduros conceptos del viejo profesor.

Fueron los días de *El Crepúsculo*, órgano de publicidad de los principiantes. Por la calidad y la variedad del contenido, esa revista sobresale entre todas las similares habidas en Chile y en la América toda, porque bastan para avalorarla las sabias lecciones, la significación, el tuétano, la trascendencia de los artículos, *Filosofía del entendimiento humano*.

El patriarca de nuestra cultura, llegado a Chile en 1829, frisaba ya en los 48 años de su edad.

Plena madurez.

Con carrera brillante en la diplomacia, donde la había ejercido en el cargo de secretario de la legación de Chile en Inglaterra.

Con carrera literaria más brillante todavía: compañero de García del Río, el célebre escritor colombiano, asociado a sus empresas de la *Biblioteca americana*, y del *Repertorio americano* en Londres, publicó trabajos de gran erudición criticoliteraria acerca del *Poema del Cid: Crónica de Turpín. El Orlando Enamorado*. Empezó a dar a conocer reformas ortográficas, que propició siempre en compañía de aquel literato; lo que indica de sobra que su espíritu volaba muy lejos con alas propias y que

no le amedrentaban ni lo radical de la reforma que propugnaba; ni lo insólito de la tentativa.

En Chile reprodujo, como un ensayo feliz de avanzada, la fonética. Esa simplificación era precursora del fonetismo puro, todavía inalcanzado.

La reforma en Chile, propiciada por Sarmiento, sonó a escándalo. Las gentes se hicieron cruces ante la novedad del intento, por cierto audaz, y tanto más, dado lo pacato del tiempo que había cristalizado y como momificado lo antiguo.

Ese sabio humanista era de los pacatos en materia política, sobre todo. Fué discretísimo, reservadísimo. Andaba con pies de plomo. Había calado el medio en que vivía.

En materia religiosa tenía sus puntos de herejía ideológica, siendo benthamiano por convicción. Solía ser tildado de hereje. Los babeiéas lo miraban de reojo en estos tópicos.

Sin embargo, adhirió a la reforma del escritor argentino.

La reforma ortográfica sarmenticida de los cuyanos y demás emigrados políticos fué ley por breve tiempo. La caravana participaba de *s a n s f a c o n*, de alegre confianza; eso sí, medio ensombrecida por el desastre amargo infligido por el tirano Rosas. Con su fatuidad gauchesca lograron despertar los celos del grupo de vanguardia, educado bajo la égida del maestro venezolano, grupo escogido, entre la flor de la sociedad juvenil, procedente de los viejos troncos patricios.

Hombre de administración, manejador del servicio de relaciones exteriores, dió la nota alta, en el mundo, de lo que era una cancillería que decía todo lo que era necesario decir, en una forma irreprochable, luminosa. Estilo preciso, modelo en este género de comunicaciones que jamás, nunca ha tenido rival en lengua castellana. Cualquiera página, tomada al azar, indica la pluma vigorosa que había estampado esos conceptos de cristalina nitidez, sea quien sea la firma que va al pie del documento. La paternidad no puede ser negada ni puede engañar a quienquiera que sepa lo que es estilo y también por lo de Buffon: «El estilo es el hombre». Quienes, por piedad filial, se han atrevido a atribuir a deudos de su familia aquellas páginas admirables, no pasan de ser sino simples pobres de espíritu.

El célebre cuadro, acabado y perfecto en que se trazara la historia de un quinquenio de la administración Prieto, para ante el congreso nacional, es de la misma pluma, del mismo corte clásico, armonioso, razonado, discreto y siempre luminoso, cristalino, preciso, que eran las características de esas piezas sobrias; ahora tan olvidadas en el lenguaje ampuloso, difuso, pirotécnico de la hora presente en que la vibración del radio añade mayor sonajera a la exposición.

¡Qué distantes y qué distintos los tiempos de otrora y los de ahora!

Mil veces preferible en esto lo antiguo a lo moderno, cosa que también vale decir entre esa enseñanza particular impartida en el sagrado laboratorio ya alu-

dido y la pésima, hueca enseñanza particular de ahora, avalorio de piedras falsas, oro francés, bambolla, sonajera sectaria, interesada, desquiciadora, pero vanidosamente presumida y pacotillera de los días que corren.

¡Qué distinto y qué distante el oro bruñido de buena ley, a la moneda intelectual de menos de penique y medio de ahora! Nivel que si sigue bajando, bajando, quedará muy próximo a las patas de los caballos.

He nombrado en las líneas anteriores a Bello, al sabio Bello, quien desde el cargo supremo de jefe de la Universidad, dió rumbo certero a las secciones docente y académica y empuñó el cetro intelectual de Chile.

Arthur Hoerce

Broder Christiansen, Profeta de un nuevo Dios



SI todos los indicios no nos engañan, debemos esperar que una nueva inquietud religiosa, una nueva sed de creer se apodere cada día más del hombre moderno, del mismo que hasta ayer parecía tan a sus anchas en un mundo puramente racional, en el mundo del progreso y de la conquista científica de la naturaleza. Lo que lo impulsa por su nuevo camino (y esto es muy importante) no son solamente las grandes experiencias colectivas, tales como la guerra o la desocupación, no son puramente los padecimientos de diversa índole ni en general los impulsos de origen sentimental o emotivo; es a menudo un razonamiento más penetrante y el afán de comprender a fondo, de penetrar en espíritu los problemas o series de problemas inaccesibles al entendimiento científico. A menudo se ve ahora que la misma razón se rebela contra el racionalismo, el propio intelecto rechaza el intelectualismo puro.

La publicación de un nuevo libro de Broder Chris-

tiansen es uno de los casos más característicos de tal negativa, de tal insurrección. Herr Christiansen no es uno de esos profesores de filosofía alemana que escriben un gran número de gruesos libracos inútiles o meramente útiles (cuando no se trata, bien entendido, de obras a la vez indigestas y geniales). En este caso nos hallamos ante un *Freigelehrter*, un sabio libre que no ha querido afiliarse con ninguna universidad, y que ha pasado la mayor parte de su vida en una aldea de la Selva Negra, en medio de su colección de estampas, de sus libros, de su familia, siempre absorto en el trabajo, pero nada más que en aquello que le interesa real y personalmente, tomando solamente la pluma cuando tenía algo que decir y publicando entonces libros densos y breves de una precisión, de una transparencia de lenguaje enteramente excepcional.

A pesar de la sobriedad extrema de sus medios de expresión, sus escritos no carecen jamás de una nota personal; por eso no sólo se encuentra en ellos un autor, sino además un hombre. Es por esto que vale la pena saber que el «ermitaño de Wiesneck», conforme es conocido en su patria de elección, la Selva Negra (aun cuando últimamente haya llevado sus penates a Munich) no es originario de esa región, sino que nació mucho más al norte, en los confines con Dinamarca, tal como lo deja adivinar su apellido, que es amigo de la infancia del Dr. Eckener, jefe de la empresa Zeppelin, y que ha sufrido desde joven de una afección nerviosa

que es lo que le ha obligado a pasar largos años en la soledad y el silencio.

La mentalidad de Christiansen no podía dejar de beneficiarse con la soledad: cada día más, una obra realmente original debe evitar, para acendrase, el tumulto de la «vida literaria», la producción precipitada, la vana competencia en torno al mercado de las reputaciones del momento. Con un temperamento de artista y de pensador, a la vez, y provisto de sólidos estudios de arte y de filosofía, dedicó el tema de su primer libro, tal como era de esperarlo, a una *Filosofía del Arte*, publicada en 1909, un libro de primer orden que produjo en su día una impresión duradera sobre los artistas aun más que sobre los filósofos, tanto en Alemania como en otros países, y especialmente en Rusia, donde se hizo casi inmediatamente una traducción.

Le siguieron breves pero substanciosos estudios de filosofía pura (*Crítica de Kant; Teoría y psicología del conocimiento*) tras de lo cual pasaron muchos años sin que el autor diera nada al público. Viviendo, meditando, se dedicó a investigar hasta el fondo varias materias de índole contrapuesta, pero en las cuales se sentía igualmente interesado, y esas investigaciones resultaron al término de veinte años y cuando ya se comenzaba a olvidar el primer libro y a su autor, en la aparición de *El cariz de nuestro tiempo*, estudio original y penetrante que fué seguido a corto plazo por un nuevo libro sobre la filosofía del arte (*Die Kunst*) *El Arte*. 1930—todavía

más profundo y más rico en ideas nuevas que el primero; por un tratado pedagógico de una concepción individual de la profesión de escritor—*Die Kunst des Schreibens*: El arte de escribir, y por un nuevo estudio sobre la grafología: *Die neue Grundlegung der Graphologie*: Nuevos fundamentos de la grafología, en el cual propone un nuevo sistema, harto diferente del que ha prevalecido hasta ahora en esta ciencia flamante que le debemos a Ludwig Klager y a su escuela. Por último, con fecha reciente, ha aparecido el libro que su autor considera al parecer como coronamiento, por lo menos provisorio, de su obra, y al que dió el título de *Der Neue Gott*: El nuevo Dios.

A pesar de la gran diversidad de sus escritos, creemos que las cuestiones referentes al arte y la actividad creadora del artista, no han dejado en todos los años de elaboración de una obra tan consistente como variada, de formar la preocupación dominante en el pensamiento de Herr Christiansen. *Die Kunst* es, ciertamente, una de las investigaciones más certeras dirigidas hacia la contextura íntima y el sentido profundo de la obra de arte, que hayan aparecido en los últimos veinte años, y muchas reflexiones de por sí muy brillantes que aparecen en *El arte de escribir*, en los *Fundamentos de la grafología*, en el *Cariz de nuestro tiempo*, no son otra cosa que ramificaciones que arrancan su raíz verdadera de aquel libro denso y precioso. Sus últimas páginas indicaban ya con mucha

precisión las conclusiones metafísicas y hasta francamente religiosas de las «líneas de vida» principales que el autor descubría en la estructura interior de las grandes obras de arte. Debemos suponer que su último libro es el fruto de sus meditaciones que van aún más lejos en el mismo sentido.

En cuanto teorizante del arte, Herr Christiansen ha debido insistir más que otro alguno sobre el carácter a la vez muy humano y más que humano de la creación artística: de esas observaciones, de esa experiencia profunda, se aprovecha ahora en cuanto filósofo. Pues hemos de reconocer muy claramente, en el arranque de sus reflexiones sobre el «nuevo Dios», una intuición, o mejor dicho una evidencia central muy sencilla, accesible a todo el mundo, pero que él ha aprovechado como materia prima para su concepción. Puede ser formulada con estas palabras: la actividad humana no se explica más que parcialmente de acuerdo con las necesidades reales del individuo o de la sociedad humana; quedan actos que escapan enteramente a tal explicación; y ellos son, precisamente, los que dan la medida del hombre, los que tenemos en la más grande estima (sea este valor positivo o negativo), los que más distinguen al hombre del animal. Toda acción que merezca el nombre de heroica pertenece a esta segunda categoría: la del soldado que da su vida por un pedazo de tela atada a un mástil, la del capitán que rehusa abandonar su buque en un naufragio, la del artista que sacrifica su vida por su arte. Pero aun las formas de la santidad, por pasivas que sean, tienen

también ese carácter transcendente con relación a la vida, y hasta ciertos crímenes dictados por la voluntad de potencia o, simplemente, por una crueldad que podríamos llamar desinteresada, pertenecen a esa misma categoría de acciones. Cualquiera concepción puramente mecanista o si se quiere biológica del universo, no explicará eso jamás de una manera completa.

Aquí está el punto de partida profundo de la concepción de Herr Christiansen, por más que la demostración que él presenta con tanta claridad en su libro siga un orden algo diferente. Deste el comienzo, nos presenta los dos principios que rigen la vida humana: el instinto vital (que él llama «voluntad de vivir») y otro que llamaremos aquí sencillamente «el otro instinto», pues no es posible traducir al castellano el término alemán *dömonischer Wille* (en el cual la expresión *demonio* está tomada en su sentido griego, tal como en la frase «el demonio familiar de Sócrates»). El instinto vital no se satisface, como es sabido, en el hombre con lo necesario, sino que quiere también lo superfluo, pero un superfluo que sigue siempre la dirección de la vida (no solamente satisfacer el hambre, por ejemplo, sino además el bien comer). La inteligencia está al servicio de este instinto, como igualmente el libre arbitrio que permite al hombre ver más allá del propio instinto, adaptando su conducta en forma que, al fin de cuentas, sea útil a la vida.

Análogamente, el sentido moral no es otra cosa que el instrumento que se crea el instinto vital frente a las

necesidades de la vida en común. La moral por sí misma no trasciende jamás la vida; sólo la sobrepasan las acciones dictadas por el otro instinto. Este instinto se posesiona de una idea que se convierte para el hombre en algo más precioso que la vida, que adquiere a sus ojos un valor más grande que todos los valores que presenta el instinto vital, esa idea puede ser el escalamiento de un picacho alpino, o la conquista del aire, o la gloria de la patria, o el amor de Dios, o el servicio desinteresado de la humanidad. También puede abarcar un sistema de ideas, como las que designamos con el nombre de ciencia, arte, religión; en este caso, la finalidad que nos presenta el otro instinto se ensancha hasta lo infinito, en tanto que en el caso de la ascensión de una montaña o el vuelo en avión sobre el océano, tal fin puede ser alcanzado y cerrar, por así decirlo, la vía de la acción heroica. Pero esto es lo de menos. Siempre se trata de una acción libre, dictada por un deseo y no por la conciencia de un deber. El sacrificio es, en este caso, la alegría suprema y no una obligación impuesta del exterior. Los hombres que veneramos en todos los dominios de la actividad humana, son siempre esos que han sido capaces de tal sacrificio, de una acción de esas que sobrepasan los dictados del instinto vital. Ellos son los creadores de valores verdaderos, y aquellos que se sienten incapaces de abandonarse, siquiera sea por un instante al otro instinto, olvidando el instinto vital, sienten hacia esa aristocracia espiritual de la humanidad la envidia más terrible, más amarga que la que los po-

bres sienten por los ricos, o los enfermos hacia aquellos que gozan de buena salud, y a la cual Herr Christiansen califica de *Adelsneid*, envidia hacia la nobleza.

Con esto llegamos a la parte decisiva del libro y al pensamiento más atrevido de su autor. Los dos instintos distinguidos por él y puestos uno frente al otro, tienden cada uno a su manera a la construcción de un mundo sobrenatural. De aquí las dos formas posibles y opuestas de la religión que, según él, coexisten en cada una de las grandes religiones de la humanidad y que nuestra época tiene la misión de disociar. El instinto vital encuentra delante de sí las tinieblas de la muerte, de la no existencia, y procura penetrarlas a fin de colocar un más allá que niegue la muerte, que sostenga una vez más la vida. Eso es el miedo, o más bien dicho la angustia que lucha contra las tinieblas y procura reemplazarlas por otro mundo—el otro mundo que Herr Christiansen llama el reino del *In* o sea de lo in-conocible, de lo in-tangible.

Este reino es destruído poco a poco por la investigación de la ciencia, por el trabajo de la razón, que, por su parte también sirve al instinto vital, pero por medios diferentes a los de las varias mitologías creadas por la angustia. Pero, junto al reino del *in*, existe el otro reino postulado por el otro instinto, y allí no encontramos ya el paraíso del instinto vital, sino la razón de ser de la acción heroica que sobrepasa la vida. En el propio cristianismo se halla, de un lado, el Dios al que imploramos y de quien esperamos una

beatitud eterna concebida como la sublimación de nuestra vida terrena; y por otra parte, hay el Dios con el cual comulgamos por la virtud de nuestro amor desinteresado, alcanzando así una beatitud que no está en el futuro, sino presente en el acto mismo por el que nos divinizamos al abandonar todo aquello que nos ligaba al suelo.

El nuevo Dios, según Herr Christiansen, es ése, El destino de las grandes religiones, según él,—ante todo, el de la religión cristiana—depende de su poder de renovarse, de abandonar el reino del in, para bien del otro reino. Pues el más allá creado por la angustia del instinto vital está a punto de disolverse, sin contar con que no ha existido jamás realmente, mientras que el más allá de la acción heroica sí que puede existir; eso depende de nosotros. Con esto Herr Christiansen vuelve a los conceptos kantianos que antaño contribuyeron a formar su pensamiento. «Lo que llamamos el mundo real, dice, no existe para la contemplación pasiva que no conoce más que el juego subjetivo de las percepciones y de las sensaciones, las cuales bien pueden no tener relación con ningún objeto extraño a mi pensamiento; éste sólo existe para la acción, la cual le da a cada instante una existencia absolutamente convincente para aquél que actúa. En igual forma, la acción heroica da una existencia indudable, a los ojos del que emprende esa acción, a un mundo que precisamente corresponde a esta acción, tal como el mundo real corresponde a nuestra acción vital cotidiana».

na. Sólo con esta diferencia: que conocemos muy bien el mundo real y harto mal el otro reino, por no vivir la vida heroica sino en raras ocasiones. Sin embargo, los contornos de este nuevo más allá se hacen más precisos, y ¿quién sabe si no comenzamos ya a vislumbrar el semblante del Dios nuevo?...»

He ahí las líneas principales del pensamiento de Herr Christiansen. Seguramente un creyente verá allí ideas ya bien conocidas (está ya acostumbrado, por ejemplo, a distinguir entre la plegaria que pide y la que es una acción de gracias o una reunión mística con Dios) junto con otras en que no ha de participar. Lo esencial es que para Herr Christiansen, como para Max Scheler antes de su conversión al catolicismo, Dios no es, sino que deviene. En el fondo, se trata en su obra de la concepción tan vigorosa en el siglo XIX, y atacada antaño por Dostoywesky, de la deificación del hombre, del hombre hecho Dios, en cuanto aparece opuesto al Dios-hombre de los cristianos. Un pensador ruso, Fedoroff, ha considerado ya la posibilidad de la resurrección de los muertos como resultado futuro del progreso humano. Podríamos dudar de que Herr Christiansen haya descubierto un nuevo Dios. Lo que es indudable es la fuerza y la valentía de su pensar. Y lo que más importa es su sed auténtica de lo divino.

(Traducido para ATENEA).

Destierro y muerte de Francisco Contreras y Leonardo Pena



uando veo que hombres cultos y de talento como Ignacio Pérez Kallens y Francisco Contreras, mueren en la pobreza y olvidados por sus compatriotas, después de más de veinte años de vegetar en tierra extraña, creo más que nunca que la literatura y el arte de América no son todavía manifestaciones espontáneas de la vida americana, sino transplantes hechos antes de la estación propicia, que se malogran con las heladas tardías de nuestro ambiente criollo. Los artistas exquisitos que ha producido como por accidente nuestra América, fueron niños precoces, cuyos padres espirituales estaban en Europa; y la tragedia de los Rubén Darío, los Asunción Silva, los Herrera Reissig, comienza cuando empiezan a sentir la dualidad de su temperamento: la fibra, las células de su organismo son americanas y quieren sentir los anchos espacios, el pleno sol; pero el espíritu es un amasijo de ideas del Viejo Mundo y los lleva a desterrarse, ya sea aislándose entre murallas de libros o

yendo a habitar pringosos cuartos de hotel con vistas al Sena.

No hay más que pensar que Europa adquirió una literatura articulada sólo después de unos mil años de formación social, y que lo primero que produjo no fué exactamente Proust ni James Joyce, sino la *Chanson* de Roland, las Sagas nórdicas, el *Woewulf*, los romances cósmicos de que más tarde se formó el *Kalewala* finlandés y otras manifestaciones habladas y cantadas de la vida caballeresca o popular, expresión fiel de las ocupaciones y preocupaciones de la época. Siguiendo esa ley natural, América debía estar enteramente afanada todavía en abrir caminos hacia el corazón selvático del continente, limpiando los llanos de troncos milenarios, enseñando higiene práctica, amor al trabajo, a la puntualidad y al orden. Por algo un escritor realmente representativo de América y de su época, Sarmiento, compuso un *Silabario*.

América, en la edad del crecimiento que es la edad del sentir sordo e intenso, se mete a pensar pensamientos extraños, y a igual de lo que ocurre en las familias de humilde origen que junto con adquirir una fortuna, dan a los hijos una carrera o una posición que los lleva en seguida a avergonzarse de los viejos, nuestros criollos refinados vuelven la espalda a la tierra cuando creen que pueden hacerlo y, si te he visto, no me acuerdo.

Error, lamentable error. Muchos de esos desterrados, de esos desarraigados, tienen sangre de diversas

razas europeas, y entonces el conflicto es de aquellos que se enconan con los años. Europa les devuelve el equilibrio mental, hasta cierto punto; pero como el hombre vive de algo más que eso, entonces comienzan a sentir el vacío de América, que es vida desahogada, derrochadora de la materialidad, fácil y campechana en comparación con la europea.

* * *

Pienso estas cosas al evocar el recuerdo de Francisco Contreras, que comenzó a escribir sus versos en Santiago, apenas llegado de la provincia sureña y que, alojado en cuerpo magro y de escasa vitalidad sanguínea y pasional, se dejó influenciar totalmente por la literatura, que es vida de segunda mano, y particularmente por la literatura francesa, que es vida quintaesenciada. De aquí resultó pronto el divorcio del literato y su medio. Si no en el caso particular de Contreras que era hombre fisiológicamente apocado, otros se alzan de ahí a la soberbia. Se creen superiores a su tierra nativa, cuando en realidad sólo son extraños a ella. Dudo que haya muchos casos en que el individuo supere al conjunto; siempre la tierra, el alma colectiva, es más fuerte y se impone por una especie de razón superior al razonamiento, por el imperativo de la Vida.

El escritor se desprende entonces de su rama, no en fruto, sino en flor. Contreras emigró a Europa, se acercó en París. Absurda, trágica, y sin embargo, expli-

cable emigración. Rehacer el camino de algunos de nuestros antepasados, andándolo al revés, desandándolo, mejor dicho, para caer no como ellos en un mundo por poblar y cultivar, sino en un semillero de hombres que se empujan con los codos y cuentan por centavos: ¡infortunada inmigración! Contreras se instaló en París en un piso modesto, al amparo de la rentita que le mandaban sus pequeñas propiedades rurales y urbanas de Chile; se rodeó principalmente de libros, compuso entrevistas con algunos de los renombres literarios de la época, mantuvo relaciones profesionales con otros emigrados, como Rubén Darío, colaboró en revistas y diarios de Santiago y La Habana, e hizo meticulosamente, parsimoniosamente el peregrinaje de los museos y parajes monumentales de Europa: Italia, España, las tierras flamencas.

Contreras se había casado con la hermana del secretario de redacción del *Mercur*e de France, y hacía para este gran cuaderno erudito y novedoso, una crónica mensual sobre letras hispanoamericanas. Allí pasó en revista la producción de los más conocidos escritores de nuestro mundo, interpretándola con precisión y generosidad, raramente con profundidad. Contreras era la cortesía misma, mantenía una profusa correspondencia. Como muchos hombres de menuda estatura y como las mujeres con cierta personalidad, tenía una letra grande, holgada, que se dilataba con ufanía sobre el papel bien cuidado. No fallaba jamás un acuse de recibo o un periódico, y sus propios libros llegaban pun-

tualmente a manos de sus relaciones literarias repartidas del trópico a los climas australes.

Estos libros de Contreras son de tres géneros. Primero los versos. Es una poesía de tono menor, como a la sordina, con algunas escapadas galantes en la cuerda afrancesada de Darío, y algunas estrofas sentidas: «Luna de la patria», por ejemplo, en que hay versos tallados en carne viva. En la colección de poetas americanos publicados por Garnier en París, hay una bonita novela poemática de Contreras.

Luego viene la obra crítica con su estudio sobre Rubén Darío y una serie de retratos literarios de americanos, en que se revela demasiada preocupación bibliográfica. Para que haya un gran crítico, se me ocurre que debe haber un temperamento fuerte, o más propiamente el choque de dos temperamentos muy vigorosos o muy agudos, como el de eslabón y pedernal. Sin esas condiciones, la crítica es algo pasivo e incoloro, mera glosa que ni alumbra el mecanismo interno de una obra ni menos advierte el mal camino a un autor.

Por último queda la obra creativa de Francisco Contreras, de la cual aparecieron dos o tres volúmenes en una serie intitulada *El País Maravilloso*. *La Montaña Maravillosa*, etc., publicados en francés y luego en español. Es el desquite de la tierra. Son interpretaciones folk-lóricas de lo chileno, tradiciones,

leyendas, cuadros de ambiente campesino y poblano de suave colorido y de algún relieve a retazos. Por lo demás, nada que evoque la vida primitiva de América en sus aspectos bárbaros, exuberantes, sanguinarios, como podría imaginarla un francés romántico y como la han visto ciertos americanos.

Nada sabemos de su obra inédita, que debe ser abundante; vista la laboriosidad metódica de Contreras, su vida retirada, su misma parvedad de actividades físicas. Recogido en su departamento de la Rue Le Verrier, número 23, quinto piso, lo encontré una tarde de la primavera de 1929, cubiertas las piernas por una manta, enfundado en su chaqueta de trabajo; compulsando papeles. La vieja calle de edificios grises quedaba atrasmano de la revuelta encrucijada del bulevar Raspail con el de Montparnasse, y por supuesto que hasta allí no llegaba ni un suspiro de la vida galante del barrio estudiantil y rastacuero. La escalera subía y subía revolviéndose en torno a un pozo de luz turbia, melancólica de primavera parisiense, y yo me sentía como el apir que al ir subiendo los tramos labrados del pique de mina, no cree salir jamás al respiro del aire libre. Una amable tarjeta del compatriota me había convidado a que fuéramos juntos a un salón literario esa misma noche.

La Mansión de Mme. X quedaba al otro extremo de París, en la zona Europa del Metropolitano. Contreras fué a endosarse el smoking, se atusó una última vez los erguidos bigotes de mosquetero contra la cara

demacrada, y salimos. En la estación, me pagó con una mirada de reproche el que yo me anticipara a tomar boletos de primera; lo que significaba un derroche de un franco sesenta para cuatro personas. Su alusión me dejó pensativo, con una amarga tristeza en el fondo. Años de permanencia en el extranjero me habían dado la experiencia suficiente para adivinar las estrecheces y zozobras que hay detrás de esos hábitos de parsimonia. He aquí, me decía yo, que un hombre afinado a todas las cosas buenas y bellas de la civilización, debe avenirse a viajar en segunda a través de su vida. En todas partes del mundo los mejores asientos siguen reservados para el hombre de presa y para los parásitos que, como los bichos larvados, encuentran que su progenitor les dejó un nido en que el alimento se halla desde el primer instante al alcance de sus mandíbulas.

• • •

El salón de Mme. X., una judía todavía hermosa bajo sus alhajas, estaba invadido por un verdadero muestrario social. Calvas marfileñas, muchachos de la voz intermedia, todavía en dos temples, uno agudo de la niñez que se va, y el ronco de la adolescencia que se abalanza cargada de nicotina; un señor de frac, llevado con la soltura de un viejo diplomático; jovencitas de chomba y con pulseras cobrizas de gitana, aquello revelaba de una ojeada que un salón literario en Francia es como una iglesia en cualquiera parte; el lugar de cita

para todos los que comulgan o creen comulgar en la misma fe; un corte vertical de la sociedad contemporánea.

Una señora madura y sentimental leyó unas páginas recién descubiertas de un genio medio ignorado hasta después de muerto, y una muchacha del pelo revuelto, dijo unas cosas tan crudas y de ritmo tan disonante, que hasta el pulcro señor de la vejez dignamente llevada y del frac comodón, encogió las piernas y se tapó la boca con ambas manos. A todo esto hacía mucho calor allí adentro. Algunos salían y se sentaban en un rellano de la escalera. Los refrescos no alcanzaban a llegar al fondo de las salas, y como los ríos del desierto, desaparecían sorbidos por las bocas atascadas con la arena áspera y fofa de la sed.

Volvimos al Metropolitano y a casa después de andar cuadras interminables y solitarias, siempre a pie, por ese barrio de «Europa» que es un pedazo de París con aspecto de extraviado en provincia. Saludamos silenciosamente al monumento de los Tres Mosqueteros que montan guardia junto al busto de Dumás padre, y volvimos a rodar, esta vez en segunda, bajo el corazón de París, bajo el Sena y a lo largo de la cuesta de Montparnasse. Y yo cavilaba en cuánto más estimulante no habría sido para mí pasar la noche con unos arrieros de los Andes, con unos ovejeros de Magallanes o unos mineros de Copiapó, en vez de haberme quedado oyendo confesiones de viejas ingenuas y de muchachas corridas en un salón cosmopolita de París.

Otro tanto me ocurrió una tarde que fuimos con Contreras al Café Napolitain, a conocer a algunas viejas celebridades de la literatura de la Rive Gauche. Desde entonces guardo la convicción de que, a menos de poder llegar al alma de un escritor a través de una activa intimidad, vale mucho más reservarse para leer sus libros, sin conocerles siquiera por retrato.

Pero del propio Francisco Contreras no me queda otra cosa que un recuerdo agradecido, por su acogida cortés y servicial, el interés afectuoso con que miraba todas las manifestaciones de la literatura. Pero su espíritu era más bien el de un coleccionista que el de un crítico de la obra literaria y de la naturaleza de un escritor.

* * *

En cuanto a Ignacio Pérez Kallens, la literatura también había superpuesto en él una personalidad ficticia sobre su naturaleza real. Este desdoblamiento había exigido un segundo bautizo del hombre, y de ahí el Leonardo Pena, que concluyó por hacer olvidar el nombre civil. Los que habían creído introducirse hasta su intimidad a través de su «Yo» o de los libros publicados en Chile, se llevaban un chasco de lo más agradable al enfrentarse con la personalidad cotidiana y doméstica que salía a recibirnos con un abrazo a la puerta de su departamento, en un decoroso entresuelo de la Rue Albert de Lapparent, del apacible barrio de Passy, vecino al Sena y a los Inválidos.

Allí encontrábamos a otros chilenos, a otros compatriotas de América, y encontrábamos especialmente la cordialidad tan llana, efusiva, hasta fraternal, de Ignacio Pérez Kallens, disimulada tras los arrestos d'anunzianos, tras la prosopopeya olímpica de un Zaratrustra que afecta mirar a los demás humanos como gusanillos de la tierra... y que ahora servía él mismo los platos y acercaba el pan y la sal de la hospitalidad más tierna.

A menos de convenir en una explicación del fenómeno americano tal como he tratado de presentarlo, o en algo semejante, no alcanzaremos a comprender que llegara a malograrse un hombre que poseía el vigor vital, el talento y la cultura del escritor que acaba de morir en París. Le tocó, es cierto, avecindarse en Francia cuando la guerra había desquiciado las relaciones editoriales con América, transformando hasta el concepto de la cultura y desviando el centro de gravitación espiritual hacia zonas vagas que aun no se solidifican. Pero eso no explica enteramente que un hombre activo y fecundo como Pérez Kallens, con mucho don de gentes y relaciones de cierta influencia, no encontrara un solo editor en más de veinticinco años de residencia continua en París. Todo lo que publicó en tantos años fué un tomito muy modesto de poesías escogidas de Pezoa Veliz, en que se incluye un capricho semigalante escrito en su honor, desde el lecho de un hospital, por su hermano el poeta.

Querría decir, entonces, que la producción de Leo-

nardo Pena no llegó jamás a encajar con el gusto de los demás, y que al contrario del que nace escritor social y con tal espíritu va sacando su substancia de las aspiraciones colectivas, y devolviéndoselas en voz articulada, hombres como éste se empecinan en abrirse un sendero individual y destierran de sus escritos las palabras y el acento que sirven de lenguaje común a los demás hombres.

La conclusión es, en todo caso, de una desolante amargura. América produce escritores a despecho de sus necesidades inmediatas y de los poderes que mandan. Y como no se les puede ahogar antes de que abran los ojos, como a los gatitos, se convierte a esos escritores en máquinas de alquiler, o sea en periodistas. Si no se resignan a esta labor, gracias a Dios el hombre es libre, y puede irse con su música a otra parte, si así se le antoja. Si allá se muere de hambre o de soledad, ¿qué obligación tenía la patria con el hijo ingrato?

Pero no creamos que siempre haya de ser así. Por mi parte propongo que los escritores chilenos se unan para pedir la repatriación de los restos de Francisco Contreras y Leonardo Pena, a fin de que los tengamos bien cerca, como una lección y un ejemplo. Que sus restos sean semilla en nuestra tierra, de donde fructifique una conciencia de la hermandad de los escritores frente a la indiferencia de la masa inculta de abajo y de arriba.

NOTAS Y DOCUMENTOS

MEMORIA DE LA ADMINISTRACION GENERAL

SEÑORES SOCIOS:

La Asamblea de Socios se reúne ahora por dos motivos emanados de los Estatutos: primero para oír la memoria anual del Directorio y pronunciarse sobre ella, de acuerdo con lo establecido en el número segundo del artículo dieciséis; y segundo para elegir Directorio en conformidad con el artículo séptimo.

Debe, pues, la asamblea considerar la labor realizada en 1934 por el organismo directivo de la Universidad, y que con sus antecedentes se exponen a continuación:

PRESUPUESTO DE LA UNIVERSIDAD.

El presupuesto de la Universidad en el año a que se refiere esta memoria fué de \$ 4.589,962.00, que se distribuyó en la forma siguiente:

Administración General	\$	1.622,750.14
Escuela de Medicina		788,650.00
Instituto de Fisiología		155,250.00
Escuela de Farmacia		522,707.00
Escuela de Ingenierías Química Industrial		379,900.00

Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales	303,160.00
Instituto de Odontología	453,960.00
Escuela de Educación	284,844.86
Teatro Concepción	78,740.00
	\$ 4.589,962.00

ESCUELAS Y FACULTADES.

En 1934 la Universidad de Concepción contaba, pues, como hoy, con una Escuela de Educación, una Escuela de Medicina, una Escuela de Farmacia, una Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, una Escuela de Ingeniería Química Industrial y una Escuela de Dentística; y de las siguientes Facultades:

- Facultad de Filosofía y Educación.
- Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.
- Facultad de Medicina.
- Facultad de Farmacia.
- Facultad de Odontología, y
- Facultad de Matemáticas y Tecnología.

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA.

Dependientes de las Facultades mencionadas funcionaron los Institutos de Investigación Científica que se expresan en seguida:

- Un Seminario de Derecho Civil y un Instituto de Enseñanza Práctica del Derecho,
- El Instituto de Farmacia,
- El Instituto de Fisiología,
- El Instituto de Histología,
- El Instituto de Biología,
- El Instituto de Anatomía,
- El Instituto de Botánica, y

Los Laboratorios Centrales, que son:

- El de Bacteriología,
- El de Química General,
- El de Química Analítica,
- El de Química Orgánica,
- El de Química Biológica,
- El de Química Industrial,
- El de Física, y
- El de Bromatología.

NUEVAS ACTIVIDADES DOCENTES.

En la Escuela de Educación se abrieron un curso de Francés, primer año, para aspirantes a profesores de enseñanza secundaria en esta asignatura; un curso optativo de Estética Literaria y otro de Literatura Española, consultados en el plan de estudios del Instituto Superior de Humanidades de Santiago; un Curso de Post Graduados de Instrucción Primaria y un Curso Normal paralelo al primer año. Además, el Rector, don Enrique Molina, hizo un curso de Filosofía Contemporánea, y el profesor, Oscar Aguilar, uno de Historia de las Ideas Sociales: ambos con el carácter de cursos libres de cultura general.

La Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales acrecentó su labor ordinaria con un curso de Derecho Público y Privado de los Estados Unidos, comparado con el Derecho Europeo, y un curso de Historia Diplomática, para los cuales se contrató al profesor Boris Schatzky.

El profesor don Carlos Oliver Schneider desarrolló un ciclo de lecciones de Antropo-Etno-Arqueología chilena.

A la cátedra de Farmacología se le dió una importancia especial, nombrándose para servirla al profesor Dr. Alejandro Lipschütz.

Teniendo en vista la futura labor de la Universidad, se

crearon en la Escuela de Educación un curso de Historia Comparada de la Lingüística Romance y un curso de Introducción a la Lingüística Germánica, que figuran en el plan del Instituto Superior de Humanidades. También se acordó mantener el curso libre de Historia de las Ideas Sociales y completar la enseñanza de la Filosofía que la Universidad imparte desde la Escuela de Educación con el curso de Filosofía Contemporánea que tuvo a su cargo don Enrique Molina y con otro curso libre de Filosofía y uno más de Psicología.

Los Departamentos del Instituto Superior de Humanidades se han completado con la creación del Curso de Castellano, que funcionará en breve.

Se creó asimismo un Instituto de Derecho Público en la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales y se contrató al profesor Boris Schatzky para que lo dirija en 1935.

CONTRATACIÓN EN EL EXTRANJERO DE UN PROFESOR DE QUÍMICA INDUSTRIAL.

En la sesión del 28 de marzo de 1934 el Presidente don Enrique Molina dió cuenta de que el Embajador de Italia durante la visita que hizo a Concepción en el verano, le manifestó que era posible contratar en Italia en condiciones ventajosas para la Universidad un profesor de Ingeniería Química Industrial. Deseoso el Directorio, desde hacía algún tiempo, de contribuir al progreso y al desarrollo de la labor que se viene efectuando en una Escuela que fué desde sus comienzos la única en el país por la índole de la orientación que se le imprimió, no vaciló en acoger con suma complacencia la indicación del señor Presidente y previos los trámites reglamentarios se contrató para servir la cátedra mencionada al distinguido profesor Dr. Argeo Angeolani.

PROGRESO EN LA EDIFICACIÓN DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA.

En la ciudad universitaria, la primera que se construye en Chile dentro de un plan racional de distribución de los Pabellones destinados a las diversas Escuelas, siguiendo las prácticas más modernas establecidas en los Estados Unidos y en Europa para satisfacer las exigencias higiénicas y de otros órdenes recomendadas por los pedagogos contemporáneos, el Directorio ha puesto especial esmero; y el conjunto de sus edificios empieza ya a producir un espléndido efecto, lo que ha contribuido a hermostear grandemente la población. En 1934 se procedió a la recepción definitiva del Pabellón de Anatomía y se aprobó el acta de recepción provisional del Pabellón de Biología General, edificios ambos que llaman la atención por lo bien concluidos, y por la sencillez y belleza de su estilo. La Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales se comenzó a construir en 1934 y será también una elegante obra.

En sesión del 27 de junio se aceptó el anteproyecto presentado por el Jefe del Departamento de Arquitectura, señor Enrique San Martín, para el edificio de la Escuela de Educación que se construirá en 1935.

El 17 de octubre, el Directorio acordó pedir a dicho Arquitecto que una vez terminado el trabajo que importa el desarrollo de los planos de la Escuela de Educación presentara un anteproyecto para construir el tercer piso de la Escuela de Ingeniería Química Industrial y para la transformación de la fachada del actual edificio a fin de acomodar su estilo al del resto de la construcción universitaria.

En una de sus reuniones de comienzos del año la Corporación pidió al Jefe del Departamento de Arquitectura un anteproyecto para el Estadio que se comenzará una vez que se haya dado remate a las obras en construcción.

También el Directorio ha acordado algunas inversiones que

tienden a la urbanización de la ciudad universitaria. Pueden citarse entre ellas las que han permitido la colocación de bancos en las avenidas del predio universitario, la instalación de la red de transmisión de energía eléctrica hasta el pabellón de Biología: y la instalación de la Oficina de Arquitectura en el mismo predio.

REPRESENTACIÓN DE LA UNIVERSIDAD EN CONGRESOS CIENTÍFICOS.

En el acta del Directorio correspondiente a la sesión del 3 de octubre se dejó constancia de la complacencia con que el Directorio se impuso de la participación honrosa que el Rector don Enrique Molina tuvo en la Segunda Conferencia Pan Americana de Educación que se verificó en el mes de Septiembre. La Universidad concurrió asimismo a la Exposición que se celebró en la capital con motivo de efectuarse el citado Congreso, encargando de la sección respectiva, en calidad de comisario, al profesor don Ernesto Mahuzier, quien cumplió su cometido a entera satisfacción del Directorio.

En el Congreso Internacional de Medicina que se reunió en el mismo mes de septiembre en la ciudad de Rosario, República Argentina, la Universidad estuvo brillantemente representada por los doctores Alejandro Lipschütz y Ernesto Herzog.

Delegados de la Universidad al Primer Congreso Nacional de Arquitectura y Urbanismo fueron el Director don Domingo Izquierdo y don Enrique San Martín, Jefe del Departamento de Arquitectura.

SECRETARÍA GENERAL.

El movimiento habido en la Secretaría General durante el año 1934, ha sido el que a continuación se detalla:

Sesiones.—El Directorio y el Consejo celebraron treinta y veinte sesiones, respectivamente. Además, diferentes comisiones

designadas por los organismos directivos de la Universidad efectuaron doce reuniones durante el año.

Matrícula.—De acuerdo con las normas establecidas se efectuó la matrícula que en este año alcanzó a 821 alumnos. El número de inscritos en cada Facultad se indica en cuadro aparte. Además se llevaron Registros especiales de matrícula para «Alumnos Oyentes», «Curso de Perfeccionamiento para Profesores Primarios» y «Cursos Libres».

Becas y exenciones.—En su debida oportunidad fueron estudiadas las solicitudes de becas, exenciones y facilidades de pago presentadas en 1933 y que sumaron setenta, ciento diez y siete y treinta y tres, respectivamente. En proporción al número de matriculados se concedieron para cada Facultad las cuotas que se indican también en el cuadro que sigue:

ESCUELAS	Matrícula Total	Becas	Medias Becas	Exención Total	Exención 50%	Facilidades
Ciencias Jurídicas	154	23	9	8	5	6
Pedagogía	70	16	..	5	..	3
<i>Educación 218:</i>						
Curso Normal.....	148	148
Farmacia	70	9	..	7	5	8
Ing. Química Industrial	72	5	5	..
Instituto de Matemáticas.....	21	1	..	4	3	..
Instituto de Odontología	78	7	..	6	2	2
Medicina.....	208	46	..	6	6	5

Becas especiales.—En sesión de 7 de noviembre se creó una Beca con una dotación de tres mil pesos anuales en beneficio de la alumna egresada del Liceo Fiscal de Niñas de esta ciudad que desee seguir estudios en las Escuelas de Servicios Sociales de Santiago. En la misma reunión se aceptó una proposición del Consejo a virtud de la cual se establecen becas para los alumnos de los países de Norte y Sur América, entendiéndose que se instituye una beca por cada Escuela y para cada país. Este último acuerdo tomado con general beneplácito, ya que se trata de fortalecer por medio de él los vínculos de solidaridad entre pueblos hermanos, se originó en una nota del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, que daba forma a una aspiración sentida a raíz de la Segunda Conferencia Panamericana de Educación efectuada en Santiago en el mes de septiembre.

DÍA DE LA UNIVERSIDAD.

El día de la Universidad se celebró solemnemente en 1934 por conmemorarse al mismo tiempo el décimo quinto aniversario de la Institución. Los números más importantes del programa fueron el acto en que se fundó la sociedad de ex alumnos de la Universidad y la velada literario musical en que el Presidente, señor Molina, pronunció un discurso publicado más tarde en un folleto, como tirada aparte de la revista «Atenea».

En dicha velada, como ha sido costumbre, se discernió el premio De Ambrosy instituido para los alumnos mejor calificados que terminan sus estudios en la Universidad. En esta ocasión los agraciados fueron los siguientes:

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.—Señores Pedro del Río Martínez y Raúl Rettig Guissen.

Facultad de Filosofía y Educación. (Inglés).—Señor Higinio Sandoval Fuentealba y (Curso Normal) señor José Cid Fernández.

Facultad de Farmacia.—Señor Camilo Cheul Garios.

Facultad de Medicina.—Edgardo Enríquez Frodden.

Facultad de Odontología.—Señor Crisólogo Echeverría Lizana y Luis Enrique Graff Vargas.

Facultad de Tecnología y Matemáticas.—Señores Pedro Alvear Barra y Wolrad Contzen Klapp.

EXTENSIÓN CULTURAL.

a) *Biblioteca central*

Presupuesto.—El presupuesto del año 1934 fué de \$ 83,726.89, invertido en la siguiente forma:

Adquisiciones de obras y publicaciones	\$	35,396.53
Encuadernaciones		12,954.00
Adquirir moneda extranjera.		32,555.81
Varios (Tarjetas, etc.)		2,801.45
Saldo		19.10
		<hr/>
	\$	83,726.89

Existencia.—Se han adquirido:

- 1,457 volúmenes (Obras sobre diversas materias).
- 468 volúmenes (donaciones).
- 13 volúmenes (en canje).

Total: 1,938 volúmenes.

Se ingresaron:

- 8,211 números de publicaciones (suscripciones).
- 2,620 números de publicaciones (envíos).
- 1,826 números de publicaciones (canje).

Total: 12,657 números de publicaciones recibidas.

La existencia en 31 de diciembre era:

18,722 volúmenes.

726 publicaciones con un total de 56,497 números.

b) *Extensión universitaria*

Durante el año 1934 se dictaron las siguientes conferencias de Extensión Universitaria:

Mariano Picón-Salas.

«El atraso hispanoamericano visto desde la conquista de América. Espíritu feudal y espíritu moderno. Sociedad y Economía».

«Instinto, Amor y Religión en la sociedad criolla. Testimonios de la vida colonial».

«Visión del alma chilena».

Hernán Fabres.

«Los cafés literarios en París».

«Francois Mauriac y la nueva Escuela Literaria».

Víctor Domingo Silva.

«El genio español y su contribución al desarrollo intelectual de Chile».

«Andanzas y malandanzas de Orelie Antoine, Rey de Araucanía».

Bernardino Corral.

«¿Es la raza ibera progenitora de la raza hispana ante la investigación histórica? ¿Lo es asimismo el idioma?»

Agustín Edwards

«La cuestión de la plata»

Continuación (Estas conferencias se dieron en el Teatro de la Universidad).

Pablo Vidor

«Paseo instructivo en el Museo Kaiserfriedrich en Berlín».

«Morfología de los conceptos de las artes plásticas en el Occidente desde el siglo XIV hasta hoy».

«a) Los siglos XIV y XV (Primer Renacimiento)».

«b) El siglo XV (Alto Renacimiento)».

«c) El siglo XVI (Alto Renacimiento)».

«d) Los siglos XVII y XVIII (Barroco y Rococó)».

«e) Los siglos XIX y XX (Desde el Clasicismo)».

Miguel A. Gallardo.

«Cuestiones económicas». (Conferencias que se dieron en un curso todos los lunes a partir del mes de julio).

Caricaturista español Cardenio.

«Diálogo entre mi caricatura y yo».

Dr. Eduardo Cruz Coke.

«Fundamentos y rumbos de la Medicina contemporánea».

José María Souviron.

«Paseo en compañía de los escritores españoles contemporáneos».

«Viaje de placer por la Poesía Española».

«Filosofía y Aventura de los escándalos financieros».

Roberto Gerstmann.

«Impresiones de viaje por todo Chile».

«El monasterio de Válamó en Lago Ládoga como un monumento cultural de la Rusia antigua».

«Mis aventuras con la Expedición de Yacambaya en pos del tesoro de Jesuítas en Bolivia en los años 1928-29».

Prof. Alejandro Lipschütz.

«Ciencia y fantasía».

Raúl Ravanal y Márquez de la Plata.

«Ciudades célebres de arte «Toledo».

«Brujas».

«Sevilla».

Guillermo Feliú Cruz.

«Concepción, cuna de la Independencia de Chile».

«El romanticismo en Chile. Su aspecto político y social».

Eugenio Orrego Vicuña.

«Don Andrés Bello en Venezuela e Inglaterra».

«Don Andrés Bello en Chile».

Dr. Héctor Orrego Puelma.

«El problema chileno de la tuberculosis y el médico frente al tuberculoso».

Gmo. Richards Alcayaga.

«Petróleo de carbón: una esperanza para nuestro futuro económico».

Amanda Labarca.

«La evolución de la Educación Secundaria en Europa y Norte América hasta la Guerra Mundial».

«La evolución de la Educación Secundaria en Chile hasta 1924».

«Las tendencias actuales de la Educación Secundaria en Europa y Norte América. Lo que debería ser en Chile».

Maximiliano Salas Marchan.

«Educación del Carácter».

Augusto d'Halmar.

«Castilla».

«Castilla» (continuación).

(Esta conferencia fué dictada en el Teatro de la Universidad).

c) Revista «Atenea»

En diciembre de 1934 «Atenea», revista mensual de Ciencias, Letras y Artes, publicada por la Universidad de Concepción, alcanzaba a su número 114 y a su undécimo año de existencia. El estímulo que esta obra significa para las letras y la cultura chilena en general, no puede medirse tanto por su ven-

ta dentro del país como por el interés que despierta en otras naciones del mundo y en especial en instituciones académicas extranjeras. En la actualidad se obsequian gratuitamente alrededor de cuatrocientos ejemplares, que se envían a los socios de la Institución, a diarios y publicaciones análogas en calidad de canje y a establecimientos culturales como Bibliotecas, Universidades e Institutos literarios y científicos, del mundo entero. La labor que la Universidad realiza por intermedio de su revista habrá de considerarse con el tiempo, si ya no desde este momento, como una de las más interesantes y fructíferas que ha emprendido. En conjunto «Atenea» representa un material de inestimable valor para los amantes de las letras, y en ella habrán de documentarse necesariamente cuantos ahora o en lo porvenir aspiren a formarse un conocimiento cabal del desarrollo de la literatura hispanoamericana.

d) *El premio «Atenea»*

El premio «Atenea», instituido en 1929 recayó en 1934 en la obra «Cuentos de mi Tío Ventura» de que es autor don Ernesto Montenegro. El jurado que otorga esta distinción está formado por los señores Hernán Díaz Arrieta, Domingo Melfi, Enrique Molina, Luis David Cruz Ocampo y Félix Armando Núñez.

TEATRO CONCEPCIÓN.

Aun cuando en sección aparte se acompaña la memoria presentada por el Administrador del Teatro Concepción, parece oportuno dejar constancia de que en 1934 la Universidad se ha preocupado de manera muy viva en continuar los trabajos que han transformado este departamento en un cómodo salón de espectáculos, provisto de calefacción central y de modernas butacas.

AYUDA DE LA UNIVERSIDAD A CENTROS E INSTITUCIONES.

No se ha limitado la labor de la Universidad a las actividades que significan sus Escuelas, sus Institutos y su Extensión Universitaria. El Directorio ha estado atento a cualquier iniciativa de interés colectivo para favorecerla mediante erogaciones que no perjudicaran las normas presupuestarias dentro de las cuales debe desarrollar su acción administrativa. Así se concedieron la suma de mil pesos en favor del salón de artes plásticas que estuvo abierto a fines de año; mil pesos para aumentar a seis mil la subvención de la Universidad al Museo; trescientos pesos a la Junta de Beneficencia Escolar, e igual cantidad a la Sociedad Colonias Escolares de Vacaciones; quinientos pesos para ayudar a los gastos de reparación del edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, que sufrió desperfectos con el tornado que se desencadenó sobre la ciudad en el mes de Mayo; trescientos pesos mensuales a la Sociedad Musical de Concepción; cincuenta pesos al mes al Club Universitario de Ajedrez; dos mil pesos a la Escuela nocturna de niños y adultos; y se destinaron tres mil pesos para ayudar al transporte de los animales del Jardín Zoológico.

DIRECTORES RENUNCIANTES Y NUEVO SOCIO.

La Corporación tuvo que lamentar profundamente las renunciaciones que como miembros del Directorio presentaron don Esteban S. Iturra por motivos de salud y don Néstor Bahamonde por traslado a la capital. En los dos casos se dejó constancia de que ambos habían prestado grandes y brillantes servicios a la Institución. En sesión de 7 de noviembre, previos los trámites reglamentarios, fué aceptado en calidad de socio de la Universidad y en la categoría de abogado don Héctor Tapia Cruzat.

NEGOCIACIONES CON LA HONORABLE JUNTA DE BENEFICENCIA
PARA CONSTRUIR UN HOSPITAL CLÍNICO EN LA CIUDAD.

A fin de que el Hospital que la Junta de Beneficencia proyecta construir en Concepción, sea Clínico y de poder lograr de este modo ventajas para los estudios de Medicina y para la población misma y la región de que es centro, el Directorio hizo presente a la mencionada Junta sus aspiraciones en el sentido indicado y en el de que dicha construcción se emplace en terrenos mismos que la Universidad ofrece gratuitamente dentro del predio en que se levantan sus edificios, señalando como el lugar más adecuado las colinas que se alzan al otro lado del Pabellón de Anatomía Patológica. Además, la Corporación acordó aportar la suma de un millón y medio de pesos como contribución a la obra en referencia: todo ello en la inteligencia de que la situación de la Universidad y de la Lotería, proveniente del Decreto Ley 312 de 27 de junio de 1932 y demás disposiciones supremas en vigor no se modificarán en un sentido desfavorable para la Universidad.

SEÑALES

Los personajes a la orilla del lago

□ Junto a un perfume de islas, que Boylesve supo guardar entre páginas, a la vera de unas aguas calmosas, tan quietas como espejo en las más horas del día y que sólo se revuelven de tarde en tarde, rompiendo un cristal sobre el que fueron colocadas, para su reflejo y regocijo, las Borromeas; entre verdores abigarrados y casas destallantes de blancas, los personajes llegaron y se distribuyeron alrededor de unas mesas de la terraza, mirando a los Alpes. Anthony Eden parecía el turista más elegante de la temporada. A su vera, Pierre Laval, se antojaba el comerciante que había reunido unos ahorros para pasar el *week end* lejos del fárrago de la tienda. Pierre Flandin, alto y calvo, tenía todo el aire de un hombre serio que se lanzaba a su primera aventura y elegía el lugar más atrayente. John Simon el hepático que se siente mejor y pasa unos días al buen aire de las montañas. Benito Mussolini estaba en casa. Ni se había quitado el uniforme familiar y sólo había tocado su testarosa con el gorro que utiliza para andar por sus dominios. Suvicht, como un novelista de gafas redondas, buscaba unas horas de inspiración y sosiego.

René Boylesve hubiera creado a cada uno de estos individuos, su conflicto sentimental y los hubiera hecho acompañar por mujeres. Pero los personajes a la orilla del lago se dejaron de la contemplación del paisaje a un toque de campanilla y la conferencia se inició frente a Isola Bella para hablar de paz, otra vez. An-

tes fué Locarno. Allí el paisaje tiene las mismas serenidades, pero le falta algo femenino, suave al tacto y a la vista, que tienen las playas de Stresa. La paz que se fraguó en Locarno amenazaba romperse como la quietud del lago en un día de borrasca, cuando los nubarrones negros se rascaban la panza contra las crestas alpinas. Para hacerla renacer, para que tras la amenaza de divorcio surgiera la dulce reconciliación, era menester pasar unos días ante un paisaje semejante. No ante el mismo, sino ante otro que se le pareciera, sin tener la incomodidad de las remembranzas. Porque ante una situación de ruptura, recordar es peligroso. Entonces todos estos hombres que substituían como delegados a Briand, a Stresseman y a Chamberlain, estos que tienen más cuidado del nudo de su corbata y de abrocharse el chaleco al revés de lo que hacía el buen Aristides, se reúnen frente a las islas Borromeas y hablan sobre la paz.

Contaban de Mauricio Barrés que había tomado pasaje varias veces para ir a Isola Bella y que varias veces había perdido el barco, adrede, para retrasar el placer de la llegada y de la navegación por las aguas brillantes.

Ahora los reunidos no han podido guardar semejantes voluptuosidades de estética. Las voces han sido serenas, no han dislocado la tranquilidad del ambiente, pero Stresa, la dulce, por unos días, ha estado en duda de lo que sentía sobre ella. Las columnas y mármoles de la balaustrada, acostumbrados a oír palabras deliciosas, se han extrañado por unas horas de escuchar conversaciones sobre armamentos, sobre fronteras, sobre tratados, sobre rupturas de tratados. Y tanto las islas, como el jardín y los macetones, han aguantado pacíficamente y al final, han quedado llenos de satisfacción, pensando que de aquellas conversaciones podrían salir hechos, que, más adelante, hicieran recuperar a Stresa la serenidad que por unos días creyó que se turbaría a su derredor. El cuenco del lago no gusta de los cañones oídos a lo lejos.

Los intelectuales en U. S. A.

□ En el «Saturday Evening Post» publica Gilbert Seldes un ensayo sobre el contraste de la América del «happy ending» y la América de los intelectuales. Claro está que América, en un periódico norteamericano, quiere decir Yanquilandia. Con todo, el ensayo es de gran interés y de posible aplicación (para aceptarlo o combatirlo), en otros países. Dice el ensayista que por treinta años, el intelectual norteamericano ha saboteado a su tierra y que por los mismos años su tierra le ha dado para vivir preciosamente. Hoy día, ese sabotaje conoce un nuevo y desagradable apogeo. El objeto de estos intelectuales, es, no sólo hacer de América una colonia artística y literaria de Europa, sino además, compeler a los Estados Unidos a tomar como modelos políticos las situaciones en que Europa se debate desorientada y ansiosa. El crítico que en 1920 se quejaba de que América no estuviese a un nivel cultural digno, semejante al de Europa, se queja ahora de que América conserve aún una democracia en su gobierno y sistema político. En general—dice Seldes—hemos oído a nuestros novelistas, poetas y dramaturgos, decir que la vida es aquí amargamente materialista, que no se preocupa de las cosas del espíritu, que sólo atiende a lo coloreado y pintoresco y que su sola devoción es el dinero. Esta queja está manifiesta en «Main Street» de Sinclair Lewis; en «Americana» de H. L. Mencken; en el «Marco Polo» de Eugene O'Neill. Y en treinta jóvenes intelectuales que repudiaban a Norteamérica hacia el año 1922; y en Ludwig Levinsohn y Theodore Dreiser y tantos otros.

Esta gente ignora—por lo visto—el hecho de que la cultura de Europa proviene de mil años en comparación con los trescientos de vida norteamericana. Olvida que lo que de admirable halla en Europa es precisamente el resultado, directo o indirecto, de ese milenio con el que América no cuenta. Los americanos son los hombres de la esperanza en el mundo y en vez de dedicarse

a lamentar la carencia de una civilización que les es imposible tener, debían ponerse a tono con los hechos actuales y cifrar todo en el porvenir. Termina diciendo: Debemos fijarnos más en el porvenir de América que el en pasado de Europa. Y dice esta frase, definiendo el estado actual de Europa: *They are Europe's revolt against Europe's history and Europe's cure for Europe's mortal illness...*

Hasta qué punto tenga razón Mister Seldes deberán decirlo los hechos próximos del futuro y la discusión de un tema que es de plena actualidad, en su enunciado.

Los leones de Judá

□ El conflicto italo-abisinio lleva la mirada hacia ese gran rincón africano tan poco contemplado durante años, si se exceptúan las breves visitas de su emperador a las capitales europeas, donde fué un espectáculo pintoresco el desfile de este león de Judá, descendiente legítimo de los Salomónides, con sus ceñidos perniles blancos, su capote negro y su gran sombrero de alas anchas.

Este *Ras* se encuentra a la cabeza de un pueblo grande, guerrero, poblado por veinte razas diferentes y sujeto a tres religiones. Desde Addis-Abeba, la capital, apenas puede tenderse un filamento de unión con las regiones que la rodean, salvajes y primitivas, a pocos kilómetros. ¡Qué decir de las tribus apartadas! Un pueblo curioso, medieval, cuyo rey se esfuerza en modernizar sin conseguirlo. Una modernización que hace usar al ejército los fusiles Loebel de la guerra franco-prusiana, pero que de pronto encarga veinte aeroplanos y carabinas de último tipo.

Un feudalismo—mejor, un bandolerismo consentido a duras penas—imperera en el país. A cuarenta kilómetros de la capital, las rachas y bandolerías de los «sciftas» tienen campo libre y andan a su antojo. Un batallón de amazonas (con sus dos pechos, sin mutilación mitológica), constituye uno de los baluar-

tes más firmes de la milicia del Negus. La caballería de los Gallas es quizá la caballería más formidable del mundo. Las pruebas de resistencia y de fuerza que dan estos jinetes son extraordinarias. El chozno de la Reina de Saba confía en estos caballeros, pero hasta cierto punto nada más. Si quieren serle fieles, su poderío es cuantioso. Si se les antoja no obedecer, son un arma inútil.

Al lado de estas manifestaciones desiguales y atrasadas, con toda la fuerza de un atraso vibrante, Etiopía cuenta con precedentes guerreros nada despreciables y con otros elementos dignos de tomarse en consideración por sus posibles enemigos. Cuando los diplomáticos europeos fueron hace unos años, en 1932, a la coronación del Emperador Haile Selassi, observaron que el León de Judá no sólo se preocupaba de tener coronas de oro y de poner lujo en sus comitivas, sino de macadamizar las carreteras, poner guías de circulación en las calles, abrir fundiciones de hierro y solicitar aviadores expertos para empezar la enseñanza del vuelo entre sus súbditos. Haile Selassie es el jefe de la Iglesia Copta, la más vieja de las cristianas. El sumo sacerdote de esta religión colocó sobre la cabeza del Negus la corona y luego la tiara, símbolo de la suprema jerarquía religiosa.

Addis-Abeba (que quiere decir Flor Nueva), está lejos de los puertos franceses e italianos de la Somalía y la Eritrea. Las ganas que tiene el emperador de un puerto fácil no son los únicos motivos de la rivalidad con los países colonizadores vecinos. Lo que el Emperador no quiere, pero sin embargo tiene que aguantar, son las incursiones de las tribus que penetran en territorios ajenos, hacen una barrabasada y se vuelven a sus montañas tranquilamente. Mas como la incursión que el Negus no busca, le da motivos para solicitar caminos hacia la costa, las circunstancias son aprovechadas y el conflicto reaparece y seguirá reapareciendo mientras no se le halle una solución diplomática que quizás lleve vías de realizarse.

Vidas paralelas

□ La traducción inglesa del libro de Vladimir Tchernavin «I speak for the Silent» ha puesto en manos del occidente europeo la narración de las desventuras de un ruso que fué perseguido por la G. P. U.

La Nouvelle Revue Française ha comenzado la publicación, de una novela de André Malraux, titulada «Le Temps du Mepris» donde se pintan las angustias de un comunista alemán encerrado por los nazis.

La casualidad de que ambos libros lleguen al mismo tiempo es formidable para establecer comparaciones. Ambos documentos se anulan y se contradicen, por ser parecidos. Las tragedias de Kassner, encerrado, en la novela de Malraux, son paralelas a las de Tchernavin en sus años de persecución. En ambos libros resalta la tragedia dolorosa de los perseguidos y la espantable realización de los primeros años revolucionarios en un régimen naciente. Malraux, que conoce su oficio de escritor como pocos, nos da un cuadro violento, lleno de terror y de una lentitud descriptiva tremenda. Los pensamientos y sensaciones de Kassner encerrado en un calabozo obscuro y oyendo los golpes en en cifra que le da un vecino de prisión, sin comprender lo que quiere decir, están magníficamente logrados. Cerca de cien páginas ocupan estas sensaciones y remembranzas de un prisionero que a ratos piensa en suicidarse y no tiene medios para ello, que se afila las uñas contra la pared para poder abrirse las venas, que se tiende rendido sobre el suelo y empieza a ver paisajes queridos, a oír músicas llenas de remembranza, a ver la imagen de su mujer... Después los golpes en la celda inmediata, numerados, que Kassner desespera de saber lo que querrán decir; la concentración cerebral para dar un significado a aquellos golpes, contando en órdenes diferentes las letras del alfabeto... Una puerta que se abre y los S. A. que entran al calabozo y golpean durante un rato a Kassner, por gusto de martirizar. Y al cabo de varios días de obscuridad, la salida, porque otro

prisionero se dice llamar Kassner, sin que éste lo vea, ni comprenda la razón de su libertad. Un vuelo de huída hacia Checoslovaquia...

En el libro de Tchernavin, casi las mismas circunstancias en sentido contrario de proveniencia. Una célula de la Checa, los interrogatorios del oficial comunista, el castigo de mantener de pie, en un calabozo del tamaño de un ataúd al prisionero que se niega a hablar, los trallazos... La casualidad de que estas dos obras tan semejantes y mutuamente destructivas lleguen al mismo tiempo está llena de enseñanzas. Literariamente no es fácil decir cuál libro es mejor de los dos.

Elisabeth Bergner

□ Es sintomático que los críticos de Inglaterra y de Francia, digan que esta muchacha es superior a Sara Bernhardt, a Eleonora Duse, a Emma Grammatica y a Sybil Thorndike. Los éxitos de la Bergner en la interpretación del teatro de Shakespeare han sido tan extraordinarios que no se recuerda intérprete superior. En «St. Joan» de Bernard Shaw, en «Strange Interlude» de O'Neill y en «The Constant Nymph» de Margaret Kennedy, lo mismo que en los papeles de Rosalinda, Ofelia y Viola, Elisabeth Bergner ha alcanzado una altura que linda con lo que no tiene precedentes conocidos por los entendidos en teatro.

A los once años apareció por primera vez en escena, en Viena, su ciudad natal. Pasó inadvertida hasta que Max Reinhardt la descubrió: «Desde el punto que la vi—dice—me di cuenta de que tenía alas». Alcanzó en Alemania grandes triunfos, bajo la dirección de Reinhardt, hasta que, por semita, tuvo que salir del solar germánico. En Londres, durante el curso del pasado año, se ha realizado su ascenso definitivo. El público de Mánchester, que es el juez primordial de los éxitos teatrales en Inglaterra (la provincia es el salvoconducto teatral para Londres en la mayoría de los casos), ha aclamado a Elisabeth con ovacio-

nes que no se recuerdan cedidas ni a Lynn Fontaine, ni a Ina Claire, ni a Katharine Cornell.

Los que hemos visto a la Bergner en cinema, salvando dos films tan medianos como «Melo» y «Catalina de Rusia», sabemos que en sus ojos, en su voz, en toda ella, flotan esas alas que le vió Max Reinhardt. La primera figura femenina del teatro universal, actualmente, es este niña vienesa, enfermiza, frágil, en cuyos ojos hay una vida desesperada y apenas con límites.

Paul Claudel, derrotado

□ Las últimas elecciones académicas en Francia han eliminado a Paul Claudel frente a Claude Farrère. El poeta de «Le Soulier de Satin» ha sido pospuesto al novelista de «La Bataille». A propósito de esta elección, dice un artículo de fondo en «Marianne»: «Claudel es el más grande poeta contemporáneo de Francia. Pero siempre ha detestado el conformismo literario y aun el conformismo gramatical. Ha preferido siempre Rimbaud a Octavio Feuillet, los dramaturgos españoles a los hacedores de acrósticos. ¿Por qué le va a elegir una academia que no eligió ni a Pascal ni a Rimbaud?. El autor de «Tête d'or» no se parece en nada a M. André Bellesort. En cuanto a la Academia, es menester estimarla más de lo que ella merece, para reprocharle esta tendencia a la mediocridad, sin la que, ya lo decía Anatole France, hubiera dejado de existir».

A propósito de esta elección y del próximo cincuentenario de Víctor Hugo, conviene recordar las barreras que se opusieron a que el autor de «Los Miserables» entrara a ocupar un sillón de inmortal. La primera vez que se presentó, fué derrotado por Dupaty, el autor de «Voitures Versés». Como si dijéramos Don Nadie. Su segunda candidatura, en 1836, fué derrotada por Mignet. La tercera vez, en 1839, el puesto se lo quitó Flourens. Por fin, en 1841, obtuvo el lugar que dejaba vacante Lemercier, por 17 votos contra 15 que se llevó Ancelot. Un tris. Y en esta sesión, un hombre algo más conocido que los que han desfilado

junto a Hugo, pero incomparable con él, Edmundo About, hizo esta chistosa cuarteta:

En fin des quarante grands noms
Hugo, tu completes le nombre:
Au milieu de tant de rayons
Il fallait bien une ombre.

About se consideraba, naturalmente, uno de los rayos luminosos.

Además de Farrère, han entrado a la Academia: M. Belle-sort, crítico teatral del «Journal des Débats», que ha vencido fácilmente a Gastón Rageot, presidente de la Sociedad de Hombrés de Letras. Y M. Jacques Bainville, que ha tenido una elección casi sin precedentes, con veinte votos en la primera vuelta. Quedan por llenar, en término próximo, los sitios de Abel Besnard y Gustave Lenotre.

Cinema

□ Un cuento infantil, bien dirigido, «Babies in Toyland». Laurel y Hardy hacen de las suyas y recuperan, ahora, bastante de la gracia que habían ido perdiendo en recientes películas. Lo que en ésta vale más, son los motivos infantiles—como ese desfile de los soldados de madera, que deja una impresión notable aun en los mayores—y sobre todo, la música de Víctor Herbert, tan vibrante, agradable, simpática y optimista como siempre. El coro de los habitantes de Toyland cuando la pastorcilla pierde sus ovejas, es uno de los mejores que se han oído en revistas cinematográficas desde hace varios años.

□ «Estrictamente confidencial» es un film lleno de atractivos. Es uno de esos, que los norteamericanos echan al mundo de vez en cuando, ante los cuales no hay más que decir que están bien hechos, sin rodeos. El diálogo, (de Robert Riskin), es divertido,

gracioso. La carrera de caballos es la mejor carrera de caballos que se ha hecho en el cine desde las cuadrigas de «Ben-Hur». Mirna Loy y Warner Baxter están bien, pero no llegan a quitarles los dos primeros puestos de la película al caballo y al gallo que le sirve de amistosa mascota. La dirección de Frank Capra es siempre un buen sello de garantía.

□ «Diario de una soltera», basado en una novela de Anita Loos, no es nada que valga la pena, a pesar de los esfuerzos de Robert Montgomery y Ann Harding porque la valga. Argumento vacío, diálogo poco interesante, y ambos personajes principales, falsos en sus reacciones. El tipo más curioso de esta obra (a pesar de que tiene una gracia a ratos bufonesca), es Edward Everet Horton, en el papel del futuro senador, que a toda costa quiere evitar escándalos. Este tiene frases verdaderamente graciosas y tan universales, por lo visto, que al verle, recordaba el que señala a muchos conocidos que a lo mejor estaban en el cine. El final del film es lo mejor de todo. Los últimos veinte metros de película, que producen una situación inesperada y de gran comicidad.

□ La lista debe terminar esta vez, con puesto de honor para «Our dayly bread», dirigida y argumentada por King Vidor. Es una gran obra, no sólo por lo original, humano y épicamente moderno de su argumento, sino por la dirección excelente, la interpretación cuidadísima de todos y cada uno de los actores y sobre todos ellos, de Karen Morley. El que señala se complace en recordarse a sí mismo, y a los que se tomen el trabajo de leerle, que desde las primeras notas cinematográficas aquí salidas, elogió a Karen Morley como una de las actrices más considerables de Hollywood. La larga escena de la apertura del canal o acequia, para llevar el agua a los maizales resecaos, es de una gran emoción y de una fuerza brillante. Vidor ha dirigido esto

haciendo las maravillas que de él había que esperar. El contenido social del film, ejemplar. Ejemplar para los que, como el Everet Horton de la película que antes comentaba, dicen para despreciar a una persona «Habla como un comunista»... Y ejemplar para los que se improvisan en comunistas, preciosa postura cuya sinceridad se nota a leguas. Ya quisiéramos verlos abriendo una zanja, como la que abren los granjeros!... Ya quisiéramos verlos acudir lloriqueando al regazo de la primera mujer que llegara como llega Bárbara Pepper!... La fuerza de este film está en su honda calidad humana, en la verdad de su color, en la simpatía de sus personajes y en lo grande que luce en todo su propósito. Los dueños de campos desaprovechados se debieron sentir muy incómodos; y dirían de King Vidor, al salir: «He speaks like a communist!», nasalizando, en tono de escándalo.

Mayo

□ Si los almanaques se redujeran a predecir el tiempo probable, prescindiendo de los astrónomos, no dejarían de tener encanto en esas breves estampas donde cada uno de los elementos propicios a triunfar quedan infantilmente grabados con escenas de un solo personaje. Para la lluvia tímida de los primeros chubascos, un campesino que con su paraguas bajo el brazo, extiende la mano en la que le caen las primeras gotas. Para la tempestad, un pastor que recoge su hato ante la visión de una centella que raja el cielo. Para el buen tiempo, una damisela que se pasea, fresca de indumentaria, por un bosque cuajado de sombras y luces partidas por el ramaje. Cuando viene la sequía, una niña que riega sus macetas, cubierta con una gran pámela florida, de flores artificiales. Cuando el calor aprieta, una mujer que entra en el mar, saltando y haciendo gestos de friolenta. Mayo es un mes que lo mismo puede quedar simbolizado por una de esas estampas, que por unas aleluyas integradas por todas ellas. Su variación es inesperada, sus trucos, insospechables. Hasta el

viento tendría su imagen, en una mujer que se retiene las faldas contra las rodillas, y un hombre que corre detrás de su sombrero rodante. Las aleluyas de mayo buscarían con toda gana al poeta que quisiera poner pareados sencillos y expresivos debajo de las escenas de todo el año revuelto. Es la gloria del zodiaco, dando vueltas sobre su centro, a todo meter.—JOAN DE SELVAS.

LOS LIBROS

HOMBRES.—*Eugenio González*.—Ediciones Ercilla.

La mansedumbre agobiadora de la raza; tristeza de este pueblo enyugado al fatalismo; horizonte de límite menguado, el elemento humano se agita en un panorama sin eminencias, impelido por la triple desventura del manso, del triste y del fatal designio.

El ascentro indomable—núcleos autóctonos y zafios guerrilleros de rompe y rasga—rindieron su virtud a una conformación extática, de pueblo apaciguado por la holganza y la prodigalidad de la naturaleza.

Híbridos de pescadores y montañeses—porque el cuenco llanero no delata un galope—invadieron las ciudades con la esclavitud latente, (pedazos de cadenas colgando debajo del poncho...) porque sólo es libre y señor racial el hombre que puede alcanzar el conocimiento de las civilizaciones, sin desmayar ante la conjetura de un principio o la demostración de un fin.

El chileno limó sus garras, pero su espíritu hirsuto se enjauló en los tuétanos, sin aceptar otra realización que un probado fatalismo, suma y total discernido de su marcha hacia el derrotero de la única sugerencia razonada.

El fatalismo nuestro ha sido la tonada imperecedera del pueblo, trutruca melódica de su amor, espuela de sus ancias instintivas, acicate de su fragmentaria epopeya: paciencia de su pena, embozo de sus huesos ateridos y pan de su hambre.

Fatalidad del fatalismo...

No es raro, entonces, que «Hombres» de Eugenio González, con su tónica fatalizada, en que juegan los caracteres planificados de algunos idealistas prematuramente vencidos, represente con neta sobriedad nuestra realidad revolucionaria.

Es una novela de circunstancias temáticas conocidas por la mayoría de los espíritus inquietados por cierta efervescencia de «reivindicaciones proletarias», cuyo desenlace sin grandeza realiza el mismo poema sordo, opaco y desengañado, que nace en un dolor impotente, discurre en posibilidades y atisbos temerosos, para morir como una romántica aventura de trunca idealidad sin eje y sin directivas prefijas.

Todo previsto por el anarquista teorizante de Gómez, «más inclinado a la nebulosidad de las abstracciones literarias que a la aspereza de la acción directa», como dice el autor en su Capítulo VII.

Además, el mismo texto, nos lleva a consumir la razón de la estructura novelada, facilitando con su determinativo categórico el aliento humano de los monigotes: «El alma rural del chileno—tranquila, devota, tradicionalista—se ha transformado, roída por una creciente avidez de satisfacciones materiales»,

Y en el Capítulo XII sentencia Eugenio González: «El también había confiado en la posibilidad de cambiar la sociedad, la vida, y más que eso, el corazón del hombre...» Agregando, luego después: «Eran paradójicos, risibles. ¡La nueva vida construída por las masas harapientas y crueles, la justicia social realizada por aquéllos a quienes un sórdido y secular resentimiento impediría ser justos, un porvenir de belleza y fraternidad extraído de la sangre y el odio? Aquello no tenía sentido. Y era, sin embargo, la esperanza de muchos y había sido el ideal de él mismo»,

Estamos, pues, frente a un libro medular, sugerente y conformado con modelos de carne y hueso; un libro pleno de sinceridad, en cuyo encomio bastará decir, que se ha depuesto la

truculencia o el sensacionalismo del tema, para que los valores humanos se animen congruentemente, en toda una acción de titubeos románticos, como si la magia anárquica de los personajes hubiese disfrazado en gestos de carnestolendas la severa y agria actitud que merece la meditación del reemplazo de un sistema social.

Los personajes que actúan, estos hombres sorprendidos y acobardados por toda la organización burguesa que pretenden desplazar, hilachas de voluntad, sin apoyo moral de una fuerza organizada, dispersos, perseguidos, traicionados por sus mismos compañeros, no tienen la energía del trashumante gorkiano, no irradian fe y sacrificio, sino que parecen y lo son, manso rebaño, triste rebaño.

Los ejemplos singulares de una clase popular ascendida, por el esfuerzo a una clase media de privilegio, dan la pauta de esta ambigua deserción del proletariado hacia una burguesía satisfecha y ausente de reivindicacionismos preferentes.

Diez o quince años pasados, la clase media chilena fué el laboratorio intelectual del país. La burguesía o la pseudo aristocracia alcanzaron a temblar ante una postergación inevitable, pero como las tradiciones son artimañas, los elementos tradicionalistas tendieron sus redes a esa clase selecta que pugnaba por variar los cánones, y la absorbieron con el halago y el chimbolo social.

Y se acabó la clase media y hoy se salta desde la calle a los salones artesonados, al club o al tálamo indo-vascongado.

Si meditamos sobre este libro de Eugenio González, veremos, también, que los revolucionarios, fueron absorbidos por la vida sin horizontes de nuestro país y sólo ha quedado un pálido reflejo, ciertas actitudes desmañadas y una teoría dispersada por una vulgar carga de carabineros.

Todos llevamos en potencia la ideología desesperanzada de Gómez, de ese viejo demagogo pulido de aristas, que salmodia sus principios de justicia social sobre la iracundia detonante de

algunos adolescentes, que tiemblan empaquetando unos petardillos de dinamita...

Cuando el pueblo interesa de verdad, Gómez se presenta como un óleo derramado en mar tormentosa. Gómez es la verdadera directiva del libro, pese a los soñadores que lanzan a la masa al sacrificio irremediable.

Gómez es el sistema evolutivo normal y Zapata el delincuente: «Zapata era un individuo impulsivo y cruel, dominado por fuertes pasiones apenas disimuladas por un vago pensamiento revolucionario. De no ser anarquista, habría sido delincuente...—Cap. II, Pág. 18».

El libro de Eugenio González contiene la enseñanza más clara y experimentada sobre el fervor reivindicacionista del proletariado. Es un aviso de los errores, a la vez que un latigazo para la desorganización material y moral de los directores.

Los subversivos ocasionales no entrañan la fe del apóstol doctrinario.

Gazaperas del complot político no activan el pulso complejo de la multitud.

Las conquistas sociales se realizan frente a los acontecimientos, encarados con el adversario, sin histerismos, sin tregua y sin cálculos de beneficios inmediatos.

«Hombres», título ironizante, es la historia compendiada de un grupo heterogéneo de obreros, estudiantes, simpatizantes, profanos y cómplices de diversa extracción, todos animados de una idea vaga, imprecisa, difusa, que desenvuelve sus chiribitas de bienestar social desde las goteras del suburbano hasta el comicio relámpago del centro ciudadano,

La esencia, la substancia, la concreción, la verdad positiva, se derrumban en la trayectoria de la teoría a la práctica.

Y, después de leer estas páginas y conocer la psicología personal de los actores, queda el dolor de haber saboreado una tentativa frustrada, un fracaso sin prólogo de altura, como que la acción empezó rampante.

El tipo de Rosenberg, traficante, rufián, hipócrita, se aprovecha de la ilusión fantaseosa del grupo desorientado para atemperar su conciencia de canalla específico.

Este personaje escalofriante, nutrido en los prostíbulos, nos da la nota más dramática del libro.

Oigamos a Eugenio González:

«Baeza, Liborio y Rosenberg se encontraron corriendo por
« la calle Nataniel. Detrás venía un automóvil ocupado por
« nazistas, que disparaban sus armas.

«Rosenberg, en medio de la fuga, retuvo por un brazo a
« Baeza, que corría al lado de Liborio, y lo hizo quedarse un
« poco atrás. Liborio siguió huyendo solo, adelante, con una
« rapidez frenética, enloquecido por el miedo.

«—Ahora... —murmuró, jadeante, Rosenberg, sacando la
« pistola.

«Un disparo, casi tocándolo en la nuca. Con el impulso de
« la carrera, Liborio cayó de bruces, sin dar un gemido, sobre
« la calzada».

¡Que asco le daría a Gómez el asesinato de Liborio, por mano de un degenerado absoluto como Rosenberg!

Porque hasta los traidores deben morir con cierta dignidad...

Eugenio González, preconcebidamente, escatimó el adorno novelero, a fuer de relator veraz del ambiente (el Mapocho no desemboca en el Volga...), pero ha construido una historia de alto valor literario, de hondo sentido humano; y, sobre toda conjetura, ha proyectado sobre las posibilidades de un futuro mejor, un haz de reflexiones merecedoras de atenta y serena meditación.—GERMÁN LUCO.

POEMAS Y PALABRAS de José Pedroni.

Nada más grato que un libro nuevo de un poeta que ha dejado prendidos a nuestro recuerdo algunos versos inolvidables. Por eso abrimos con cierta impaciencia llena de esperanza el nuevo libro de José Pedroni, no obstante decirnos tan poca cosa su título: «Poemas y Palabras».

Pero de entrada, no más, el poeta de «Gracia Plena» nos ha desencantado con una inútil justificación de su largo silencio:

Sobre la mesa me esperaste años,
como una novia burlada.
Déjame que te quiera!
No me digas nada!

En lugar de conformarse con esta sola estrofa acertada, Pedroni agrega tres más, flojas, en las que lo dice todo. Y, naturalmente, mezcla a los lugares comunes de «niña», «novia», «amada», «paloma»: «la política», revelando un concepto estrecho y vulgar, indigno de quien busca precisamente la comunicación con los hombres de la sociedad en que vive.

Esto para no mentar sino de paso la cita de un verso de Vicente Medina.—*Y tengo una cansera!*— que en boca del joven poeta santafesino adquiere un valor inesperadamente humorístico.

Pero es demasiado fuerte en nuestra memoria el recuerdo de algunos hermosos versos de «Gracia Plena» para no hacer crédito a la voz auténtica de José Pedroni.

En efecto, la encontramos al doblar la primera página de la sección inicial del nuevo libro. Es el mismo tono, un tanto bíblico, de «Gracia Plena», pero nos suena ya repetido y menos sobrio. Ninguno de estos «Poemas de la madre» supera la estrofa única del libro anterior y menos aquel verso final de «Maternidad»:

«Y un poco de mis ojos, un poco, casi nada».

Pedroni abusa ahora de las reminiscencias evangélicas y llega a deshumanizar con cierta beatería, la figura cantada en primer término en la constante comparación que hace de ella con Dios y la Virgen, el Ángel y la Cruz.

Valdría la pena detenerse en el análisis de estos poemas en los que aparecen José y María, Marta, Simón y toda la Sagrada Familia; y especialmente en el titulado: «Pájaro loco»; pero nos llevaría demasiado espacio. Más interesante que exhibir el artificio de estas citas remotas y la contradicción entre «Pájaro perdido» y «Pájaro loco», es aportar una observación consecuente de carácter psicológico. Pedroni nos asegura sentir la tierna poesía de la madre a través de estas simples menciones evangélicas, hasta el punto de rechazar la influencia paterna:—«el ardor, el ímpetu y la herida del hombre rudo»— para quedarse únicamente con la lágrima, el beso, la flor y la sonrisa:

«Madre, no me abandones un momento;
y tú, padre tenaz; déjame un poco».

Sin embargo, no es la poesía hecha la que dice algo en este libro, sino la otra. Podríamos probarlo con algunos fragmentos; pero con esto excederíamos los límites de una nota. Basta consignar que las dos mejores composiciones del libro: «Palabras a mi padre y a su digna herramienta» y «Palabras a la mesa», son las mejores del nutrido volumen.

Sambién D. H. Lawrence—el hijo delicado del rudo minero de Nottingham—(para insistir con un gran ejemplo) creía que lo mejor le venía de la madre y sólo al fin de su carrera literaria reconoció su error. El impulso vital que caracteriza sus mejores escritos, era producto de la ruda herencia paterna que había rechazado en un principio.

Nuestro joven poeta no se ha planteado, es claro, tan hondamente el difícil problema como el genial novelista inglés. Ha cambiado ingenuamente el ardor, el ímpetu y la herida de los hombres de su clase por unas cuantas galas retóricas ya gastadas por el uso y abuso que de ellas hicieron los poetas de la generación anterior. Y es una lástima, porque Pedroni lleva en sí un don superior al de la erudición que pueden prestarle los libros divinos o profanos. (Anacreonte, Horacio, César, Lucrecio, Epicuro, Luciano, Homero, son meros nombres que en sus versos no dicen más que los otros que le hemos citado).

El poeta genuino que hay en Pedroni haría bien desliteraturizarse de una vez por todas y fiar más en los poemas que en las palabras. Desgraciadamente, en este libro sobran las últimas y no abundan los primeros. Y es que Pedroni parte, como hicimos notar al comienzo, de un concepto erróneo. Y todo escritor que huye de la vida y principalmente de la organización de la vida humana, cae sin querer en la retórica.

José Pedroni tiene bastante talento como para salvar este escollo que ha malogrado a otros poetas bien dotados en un narcisismo doméstico. Es una triste paradoja insistir en ser un niño cuando se es ya un hombre. No se han portado ciertamente como niños los verdaderos poetas de los tiempos modernos, desde Dante hasta Heine.—ENRIQUE ESPINOZA.



Queguay, el niño indio. (Un cuento para niños. Ilustraciones en madera de Guillermo C. Rodríguez). MONTIEL BALLESTEROS.

A la ya copiosa y aplaudida labor del gran prosista uruguayo hay que sumar este cuento para niños, como él califica, con modestia sin alardes, su obra reciente.

«Queguay» (1) es el poema de un niño que deja su envol-

(1) Lacaño Hnos., editores, Montevideo, 1935.

tura humana y logra ser admitido en el reino de los animales, de las plantas, de las hierbas y del agua.

El autor, con una fantasía y un sentido poético extraordinario, anima ese pequeño mundo de seres y cosas, y nos hace conocer la sagrada «Ley del Campo» que rige esas vidas humildes.

Nos habla así del agua:

«El agua es algo maravilloso!

Nosotros la percibimos como una materia líquida: incolora, gris, parda, azul, rojiza, según copie o refleje el cielo, la tierra, el bosque, y que corra más o menos ágil o tarda.

No es sólo eso.

El agua está formada por innumerables, por miríadas de transparentes criaturas desnudas, que pasan riendo, danzando y cantando con sus voces de música».

Entre la no escasa literatura infantil que conocemos, nada hay que pueda compararse a este poema bellísimo del escritor uruguayo. Estilo diáfano, canción a veces, tiene la sugerencia novedosa que para toda obra de arte pedía el crítico inglés.

De un criollismo universal—no tiene otro arraigo con la tierra uruguaya que el nombre de sus plantas, de sus pájaros y de sus bestias—habría que remontarse hasta Jules Renard para encontrarle un parangón de su valía.

Libro que conservará su encanto traducido a cualquier idioma, le espera, seguramente, una acogida no común en los países de América.

A la altura de las «Fábulas» del mismo autor, que el Gobierno oriental adoptara como libro de lectura para los colegios de primera enseñanza, no creemos que sea exclusivamente un libro para niños. «Queguay» sería una obra definitiva en cualquier país civilizado.

Es bien sensible que libros como este de Montiel Ballesteros no tengan circulación en Chile. Se hace indispensable que alguien inicie el intercambio de editoriales; o los gobiernos, por

intermedio de sus cónsules en ocio permanente, o las editoriales mismas. Es algo que no puede retardarse.—C. P. S.



Del 1 al 6.—ENRIQUE AMORIM.—Editado por la «Impresora Uruguay, S. A.», de Montevideo, en 1932, sólo ahora llega a Chile este libro de cuentos del conocido poeta y prosista uruguayo.

Se justifica así una vez más nuestra insistente voz de alarma ante el desconocimiento perfecto y mutuo en que viven intelectualmente los países de América. La obra—en muchas ocasiones mediocre—de cualquier escritor europeo es traducida y publicada en Argentina y Chile—claro que sin pagar derechos—apenas aparecida en su idioma original. y desconocemos, en cambio, a los grandes escritores que tiene la América de hoy.

Todo lo dicho es a propósito de «1 al 6» que leemos con dos años de retraso.

Por sus «Visitas al cielo» conocíamos al poeta auténtico que es Enrique Amorim. Estos seis cuentos que forman su último libro nos hablan de un prosista fogueado, dueño y señor de su estilo, que aborda y desarrolla con gran talento temas originalísimos, lejos del criollismo que seduce a tantos y que ha dado gloria a tan pocos.

«Aquel hombre» y «El Club de los descifradores de retratos» son cuentos perfectos, hechos a base de pura imaginación, y cuyo desarrollo podría situarse en cualquier rincón de la tierra. No nos extrañaría verlos mañana en la página de honor, y con ilustraciones portentosas, de cualquier magazine yanqui.

Viajero incansable a través del mundo, parece que Enrique Amorim ha plantado su tienda en «Las Nubes», bello retiro campestre en el departamento de Salto, de la República Oriental. Su vida en sosiego nos hace esperar de su fino espíritu la obra en plena madurez que nos dé la emoción del largo camino hecho.—C. P. S.

UN LIBRO DE CARRIÓN

«Atahuallpa» se titula el último libro de Benjamín Carrión, libro voluminoso y elegantemente editado en la imprenta Mundial, de México. Es el libro de la estancia de Carrión en la capital azteca, como sus libros anteriores fueron la expresión meditativa del americano en París. Este es un libro más logrado; ya no se trata de una arbitraria formación crítica de un posible pensamiento americano, ni de ensalzamiento de devociones demasiado espontáneas y juveniles; es éste el ensayo maduro, el que se ha escrito no solamente después de nutrida documentación, sino como efecto de una meditación serena y fecunda.

Principiaremos anotando un reparo, no sabemos por qué este libro se titula «Atahuallpa», ya que son poquísimos los capítulos que se dedican a este gran personaje del incario, llegado hasta nosotros con la aureola de un prestigio nacionalista; para nosotros, Atahuallpa, más que el emperador del admirable Tahuantinsuyo, es el reivindicador de los derechos de los legendarios reyes de Quito. Pero acaso esta no sea la tesis del hermoso ensayo de Carrión, que tal vez tenga un sentido más trascendental, en busca de una base americanista para la formal constitución de estos pueblos.

El libro de Carrión debiera más bien llamarse el poema de la Conquista; es en vano que el libro se abra haciendo el examen del vivir indígena y el elogio de los incas, entre los cuales encuentran puesto sobresaliente Pachacuti, el creador del Viracocha que había de triunfar definitivamente, y Huainacápac, el gobernante y el guerrero a quien ensalzaría Olmedo en su Canto a Junín; es en vano, porque luego se ve abrumado por la grandeza del tema y sus ojos ávidos no saben cómo escoger entre tanta noticia épica cuando los cronistas hablan de la Con-

quista. Más que la invención de la imprenta, acontecimiento máximo en la vida del espíritu, el hecho grandioso por excelencia es el descubrimiento de América en ese siglo XV, que para España era el pórtico del Renacimiento.

El escritor ecuatoriano ha ido a documentarse en las mejores fuentes de los cronistas de Indias y si un momento su admiración se detiene ante las leyendas del incario, luego encuentra dominada su voluntad por la reciedumbre del vigor castellano. Si el descubrimiento de América fué la maravilla de los siglos, la Conquista es la prueba del temple más heroico de un pueblo; el pueblo del Romancero, es el de la Conquista, el de Bernardo del Carpio, de Fernán González, del Cid y los otros héroes que antecedían al Caballero de la Mancha.

No es un trabajo histórico el de Carrión; es una interpretación lírica, es el relato de hechos fabulosos en prosa límpida y sonora, en capítulos que gradúan el interés y que mantienen el entusiasmo. Muy familiarizados estamos con los relatos de los cronistas en lo referente a la Conquista y sobre todo a la entrada de los españoles en el Perú, y, sin embargo, el libro de Carrión es como una relación nueva, que ha refundido las otras para darlas más valor y más prestigio, y la lectura se continúa con el fervor que se pone en todo aquello que nos emociona.

Pero Carrión no es en esta obra, el literato que ha querido escribir tan solamente el ensayo en el que la historia asomara en su más sonriente aspecto, en que la gracia de la frase le consagrara de estilista. Carrión es joven y siente la inquietud de la hora, y por eso su libro quiere tener una significación actual: ha querido mostrar un aspecto de cultura americano, con la obra política y social de los incas, y ha tratado de hacer el discrimen de los defectos y cualidades de los conquistadores, para decirnos que es la hora de reconstrucción indohispánica y que Atahuallpa y Pizarro esperan—y harán llegar—la hora de la tierra y de la justicia.

Puede encontrarse deficiencia en el desenvolvimiento de és-

te, que parece ser el pensamiento principal del ensayo, y acaso sea necesaria una comprobación más detenida del propósito, que ello nada quitará al mérito de este libro que tiene la más fecunda jugosidad exprimida en la historia y alquitarada en los siglos. Carrión publicó su libro cuando Quito cumplía cuatro siglos de fundada por los españoles.—ISAAC J. BARRERA.



LA ÚLTIMA NIEBLA, por *María Luisa Bombal*.—Francisco A. Colombo, Buenos Aires, 1935.

Las posibilidades de realización que tiene el libro en sí, son infinitas. Muchos escritores de novelas nacionales, no comprenderán nunca esta verdad elemental de la literatura, sin embargo. Hacer un libro es crear una temperatura determinada a fin de que las cosas adquirieran una gravedad o fluidez especial, un lugar y un sentido, propios. Es más, no se escribe sino para esto.

Hacemos esta digresión pensando en la racha de libros chilenos, más o menos parecidos, hechos sobre la vida campesina, que viene a interrumpir la novela «La Última Niebla» de María Luisa Bombal, recientemente aparecida en Buenos Aires.

Y es que el secreto de la calidad de esta novela, escrita en forma de diario íntimo, reside en que ha sido realizada al margen de la literatura convencional. Puede ser esto un simple artificio, pero, cómo defiere en seguida su texto de la avalancha de bibliografía nacional, y sobre todo femenina, que nos inunda últimamente.

Con una receta de cocina no se puede confeccionar una novela. Es verdad. En cambio, con las cosas o los sueños más simples se puede sostener en el aire un libro ingrávido, gracioso, a veces profundo en que el amor y algunos hechos de la vida

común intervienen para conducirnos a un lugar en el cual nos es grato permanecer.

Tal es el ambiente de esta novela. Se entra en ella sin esfuerzo alguno como en algo conocido que nos es familiar. Es una casa de campo, sí, es una vieja casa de campo, al atardecer de unas bodas, hace frío, el otoño rodea la casa con sus humos errantes en la hora del crepúsculo. En este momento un hombre y una mujer han traspuesto el umbral y ordenan encender las luces. La mujer que así entra en el libro es quien nos habla en seguida, en voz baja, íntima, sobre un aspecto de su vida que empieza a desarrollarse ante nosotros como en los sueños, de una manera simple, turbadora, a veces dichosa, a veces confusa.

¿Cuál es el argumento de los sucesos? Es sólo una mujer joven y bella cuya vida busca realizarse, encontrar su sentido en una hora de plenitud, de amor profundo.

Sin duda es un hermoso comienzo para una novela, disponer las cosas de este modo. Pero no reside ahí el secreto de su atrayente realidad. El lector empieza a encantarse en el equilibrio transparente de sus partes, descansa más bien en lo que no hay de tontería y ñoñez, goza en las interlíneas del libro. Esto es lo primero que salta a la vista, aunque sea lo menos importante de todo. Porque es más importante, sin duda, la graciosa naturalidad con que la autora pone los hechos a nuestro alcance, sin fatigar nunca la atención del que lee; de la impresión de estar oyendo a un ser de movimientos exactos,—extraordinariamente dotado—que acciona con ademanes perfectos, sobre mil cosas que llegamos a penetrar, en esta virtud, rápidamente, sin fatiga alguna de nuestra parte.

Nunca hemos visto en un libro chileno una gracia más vital, una literatura más cristalina que la que se puede leer en algunas páginas de este libro de María Luisa Bombal.

Y luego hay algo de truco tan limpio en su escritura,—no es otra cosa el arte literario—de sabiduría en estas pocas líneas

por ejemplo: «El vendaval de la noche anterior había removido las tejas de la vieja casa de campo. Cuando llegamos, la lluvia goteaba en todos los cuartos.

—Los techos no están preparados para un invierno semejante—dijeron los criados al introducirnos en la sala, y como fijaran sobre mí una mirada de extrañeza, Daniel explicó rápidamente:

—Mi prima y yo, nos casamos esta mañana.

Tuve dos segundos de perplejidad.

—«Por muy poca importancia que se haya dado a nuestro repentino enlace, Daniel debió haber advertido a su gente»—pensé, mirándolo escandalizada. La expresión de su rostro paralizó una frase en mi garganta. A la verdad, desde que el coche franqueó los límites de la hacienda, se había mostrado nervioso, casi agresivo. Y era natural. Hacía apenas un año, efectuaba aquel mismo trayecto con su primera mujer, aquella muchacha huraña y flaca a quien adoraba y que moría, tan inesperadamente, tres meses después.

Quien así nos entera de pronto, apenas en tan escasas líneas, de estas mil cosas que acabamos de saber, tan naturalmente, conoce por instinto de raza lo que es el arte de novelar.

Alguna vez conocimos a la autora. Puede ser que algo suyo, un vestigio de su pureza de ademanes, que le es habitual cierta sonrisa apretada y pasional, eso dramático y baladí, que intervienen en el encanto de su persona, nos atraiga especialmente en esta novela. Puede ser. Escribiendo sobre un libro o leyendo libros surgen inesperadas atracciones desde el fondo del caos blanco que hay detrás de la lectura. Pero, si admitimos esta contingencia hasta cierto punto, estamos seguros también que el libro de María Luisa Bombal que comentamos es uno de los más espontáneos, diáfanos, femeninos y agradables de leer que se han hecho nunca en nuestro país.—TOMÁS LAGO.

ASÍ BAJARON LOS PERROS, por Manuel Moreno Jimeno.—Cía. de Impresiones y Publicaciones. Lima.

Jean Epstein manifestaba en su conocido libro «*La Poesía de hoy*» que «la metáfora es sólo la mitad de la poesía». La otra mitad es la que le faltaba o le falta casi a todos los poetas metafóricos. Felizmente, entre los escritores que van surgiendo en la actualidad y que están sacudidos por un «elan» de diferenciación y abandono de las «normas consagradas», la metáfora ha quedado circunscrita a su densidad necesaria. Ya no vemos, en los jóvenes que recién se inician, como algunos años atrás—no muchos—libros ejecutados en una yuxtaposición de metáforas, o poemas. Estos, daban la sensación de un cesto repleto de manzanas u otras frutas, superpuestas. O más bien, de una escalera, donde los peldaños se sucedían a los peldaños. Generalmente, el último era el más brillante de todos, el mejor concluído, el más cuidado. Pero el lector llegaba cansado, tal vez aburrido, si era capaz de terminar la ascensión o descensión dentro de la dimensión del poema. Casi no ha habido escritor en verso en el país que haya sentido un auténtico afán palingnésico y no haya devenido en constructor de poemas metafóricos más o menos felices. Las metáforas sorprendentes se sucedían con tanta frecuencia que se hacían inveteradas, llegando a perder todo su sortilegio de maravilla. El lector acostumbróse a esta gimnasia de lo extraordinario en la expresión metafórica—brillantes luces efímeras—pero a menudo escasas de definida significación poética. Confundíase lo exterior, el ropaje, lo pintoresco, con lo esencial y profundo; confundíase la corteza con el fruto, pues, raramente estos factores se aunaban, exteriorizándose en totalidad, es decir, se amalgamaban para completar su verdadero destino poético; confundíase la metáfora con la poesía, creyendo que aquélla era ésta. El lector acostumbróse, y, como toda costumbre, lo saturó, hastiándolo.

No tan sólo en Chile, sino en toda Latino América—hasta

donde alcanza nuestro conocimiento a la distancia—ha ocurrido lo mismo. Pero los escritores que en verdad tenían un mensaje que entregar, los hombres que sentían la necesidad de vaciar su hervor íntimo, su opulencia subjetiva, han abandonado, o, más bien dicho, reducido, el elemento metafórico de su vehículo expresivo. Entre los mejores, por ejemplo, Díaz Casanueva en Chile, a quien consideramos uno de los más altos poetas del país, el artista lírico que ha sabido tal vez disciplinar con mayor inteligencia su sensibilidad; José Varallanos, en el Perú, etc.

Compatriota de este último es Manuel Moreno Jimeno que ha publicado recientemente su primer libro lírico: «*Así Bajaron los Perros*», nombre un tanto curioso y que tiene más relación con la dedicatoria: «Para X. X. estos ladridos» que con el contenido del volumen, que está ausente de perros y también, de la más bulliciosa manifestación de vitalidad de éstos. Manuel Moreno, en su obra primeriza, también ha sabido limitar el uso de la metáfora y no la agita como una bandera esencial.

Suponemos todavía muy joven a Manuel Moreno Jimeno. Su nombre es primera vez que cruza nuestras lecturas, no obstante conocer más o menos de cerca el movimiento literario nuevo del Perú; pero es necesario hacerlo destacar, acaso no tanto por lo que representa en la actualidad como exteriorización lírica, sino por lo que deja sugerir en cuanto a próximas realizaciones en este género literario.

Moreno Jimeno no domina aún su lenguaje ni es capaz de coordinar su sensibilidad: aquél, todavía impreciso, insuficiente para expresar el aliento creador; ésta, dispersa, vacilante, en pos del cauce que aun no abre su presencia acogedora. Es cierto lo dicho; mas, es innegable que de manera aislada, en varios de sus poemas Manuel Moreno Jimeno acusa un temperamento en una intensa aspiración de desarrollarse en plenitud. Tiene aptitudes. Debe corregirlas, ampliarlas, controlarlas. Puede ser un poeta. No es poca cosa. Aunque se sonría el «nigaud».—ARTURO TRONCOSO.

JUEGOS OLÍMPICOS, por J. A. Hernández.—Editorial Hidalgo.
Lima.

No conocemos el libro primigenio de Hernández, escritor peruano de la última generación, titulado «*Tren*». Según el prologuista de «*Juegos Olímpicos*», Luis De Carvajal, esta última obra revela una ascensión, un paso adelante respecto a la primera. Sin duda y si esto es efectivo, puédese esperar de Hernández libros más armoniosamente realizados y de una calidad intensiva y expresiva más acabada, porque «*Juegos Olímpicos*», carece de aspectos sobresalientes y apenas si demuestra una personalidad en estado de gestación, en estado de aspiración para afirmar sus contornos definitivos.

También debemos reconocer, sin embargo, que, «*Juegos Olímpicos*» es un volumen de tono más o menos parejo y sostenido y si no posee cualidades brillantes tampoco tiene deslices o caídas demasiado pronunciadas. Se nota en Hernández una verdadera capacidad de autocrítica y control que lo obliga a rechazar, con un auténtico sentido del gusto, de lo discreto, los elementos inapropiados para la construcción de sus versos. Esto es ya una garantía para la labor futura de Hernández, porque demuestra en él la posesión de una de las condiciones esenciales que debe tener todo escritor y sin la cual ninguno puede pretender a un perfeccionamiento paulatino.

En cuanto a la esencia misma del libro y a la técnica (personalmente creemos que ésta es siempre consecuencia directa de aquélla y nos parece un tanto difícil separarlas) el volumen de José Alfredo Hernández, está dentro de lo que se acostumbra a llamar obras de vanguardia—en un sentido exclusivamente literario, se entiende—pues no continúa la tradición del verso modernista ni tampoco es aficionado a la rima ni al ritmo clásico, más bien, académico, de esta forma de literatura. No obstante,

no cae en las exageraciones que son tan frecuentes entre los que cultivan tal tendencia. Al contrario, Hernández manifiesta mucha contención y mesura, como era natural, si no olvidamos la observación apuntada más arriba, respecto a la capacidad de control que posee este escritor peruano. En cuanto al motivo, al tema — siempre esencialmente lírico — de estos «*Juegos Olímpicos*» podemos afirmar que tienen la característica de todos los versos llamados de vanguardia: dispersión, ausencia de unidad temática, desorden en el desarrollo y la exposición, etc.

Por otra parte, debemos elogiar en Hernández que no haya cogido del llamado vanguardismo lo exterior, los aspectos pintorescos y superficiales, lo que en verdad no entrañaba ninguna renovación significativa, como, por ejemplo, la ausencia de puntuación, de letras mayúsculas y de otros artificios — la mayoría tipográficos — aunque al decir de Guillaume Apollinaire estos hicieron nacer un lirismo visual, completamente desconocido antes de este siglo. Hernández ha tomado del llamado vanguardismo el espíritu, el sentido de aireación, de revolución mejor dicho, que lo alentaba en una aspiración honorable de novedad, de sacudir el cansancio de las viejas formas y, por ende, de un viejo espíritu.

Antes de finalizar estas líneas, diremos que este libro de José Alfredo Hernández es una promesa; que en lo futuro traspase los límites de tal, es lo que esperamos. — ARTURO TRONCOSO.



LA ESCUELA DE LAS MUJERES, por *André Gide*.

Seguramente, la obra de André Gide pudiera dividirse en dos categorías que se presentan bien determinadas: la obra crítica y la obra creadora, esta última expresada en diferentes géneros literarios, desde el teatro hasta la novela, desde el diario hasta el libro de estricta substancia lírica. No obstante esta diver-

sidad tan rica que pudiera hacernos imaginar una especie de dispersión de su personalidad, una variación de la misma, en la cual sería posible encontrar distintas presencias, observada en conjunto toda la obra de André Gide demuestra palpablemente un principio de unidad inalterable, una relación íntima y evidente que late o se precisa definiéndose con sus características más seguras, tanto en el volumen crítico, como teatral o novelesco. Y este hilo definido que ata todos sus libros, metales de un collar luminoso, esta unidad recóndita y visible, es su austeridad, su ascetismo, su sobriedad ejemplar, que muy bien puede llamarse su moralidad. Tal vez en este sentido ha influído en no escasa proporción su educación, su formación espiritual de origen protestante (sus padres eran calvinistas) porque, como se ha dicho con razón, nada dista más de la opulencia del rito católico que la literatura de André Gide.

Sin duda alguna, fuera de ese factor de carácter religioso, también el temperamento de André Gide, tan señeramente definido desde su primer volumen (*Les Cahiers D'André Walter*), sea el que aparta y ubica su obra y el que le comunica a todo donde se agite su actividad mental, su curiosidad ilimitada que opera en este mismo sentido, ese principio de unidad de que hablábamos.

Por otra parte, la obra de André Gide tiene otras características tan peculiares que precisan su situación independiente dentro de la literatura francesa contemporánea, pues es tal vez el único escritor de esta nacionalidad que ha sabido conservar, acrecentando, la más diáfana herencia de los clásicos. «Cuando Gide—dice Curtius—hace profesión de fe de su clasicismo es ya evidente, en la manera como los justifica, que para él no es imitación vulgar reconocer la tradición, sino más bien una nueva investigación de su substancia». Porque Gide, clásico, es un conservador; pero todo verdadero revolucionario es conservador en cuanto esta palabra representa el sentido de responsabilidad frente a la continuidad de tradiciones vivificantes que reflejan

la estructuración de un pueblo; conservador para persistir extendiendo la savia de lo que no debe morir, pero, renovándola al mismo tiempo, transformándola y además, sincronizándola con el movimiento de la época. Es, entonces, también André Gide un revolucionario, pues frente al desorden artístico imperante, frente a la anarquía literaria de estos años, él significa con su labor, la disciplina, la organización y nadie comprende mejor y vive mejor que el verdadero revolucionario esos conceptos que se encarnan en él vitalmente adquiriendo su significado más prístino y más digno.

Un revolucionario, hemos dicho, no en su sentido social desde luego, no obstante su última «conversión» al comunismo, sino en el aspecto artístico y sobre todo en el humano, porque pocos escritores actuales se han preocupado más intensamente del destino del hombre que André Gide y de sus problemas morales que se agudizan de manera extraordinaria en la sociedad contemporánea tan opulenta en infinitas y dolorosas contradicciones. En esta dirección solamente—suponemos—Elías Erenburg ha manifestado en un estudio sobre Gide, que él preferiría no hablar de su moral porque la definición de moralista aplicada al autor de *«Les Faux-Monnayeurs»* la encuentra un tanto vaga y sí, de su horizonte. «Este escritor, agrega Erenburg, esta genial nota marginal inscrita sobre los anales de la historia francesa, este antiguo condenado que ha conocido el odio de sus amigos como el de sus enemigos, este exilado nato es, tal vez, el único que se ha sentido responsable del destino del hombre viviente y de su felicidad, de una felicidad que no se expresa en formas sociales clasificadas ni tampoco en las reliquias del pasado, sino en una cultura auténtica que crean el trabajo, la alegría, el movimiento».

* * *

Estas breves anotaciones nos la ha sugerido la reciente traducción castellana de *«L'Ecole des Femmes»* que fué publica-

da algunos años atrás en las ediciones de la «*Nouvelle Revue Française*» de París.

«*La Escuela de las Mujeres*» es un diario novelado en el que Gide hace un análisis psicológico de un determinado carácter femenino y del cual se pueden inferir algunas conclusiones de aspecto general, pues el problema que se plantea en este ensayo, que también lo es, se suscita con mayor frecuencia de lo que pudiera sospecharse. Una mujer, desconfiada, incrédula de sus propias fuerzas morales e intelectuales, que en verdad están sólo, en un estado de latencia, se enamora profundamente de un individuo—Roberto—que deviene pronto en su novio, a quien también admira en forma ardiente, por su capacidad de inteligencia y con el que luego contrae matrimonio, empieza a relatar la serie de sus menudas y grandes felicidades, antes y en el transcurso inicial de su vida de casada. Evelina es una mujer esperanzada, totalmente subyugada por la vigorosidad mental del varón y satisfecha de una manera absoluta de esa dicha clara de sentirse amada por un hombre que comprende superior. En la segunda parte que Gide titula maliciosamente «*Veinte años después*», Evelina, la mujer que vivió repleta de fe en su novio, al que lo suponía integrándola esencialmente, la mujer, llena de la vital necesidad de creer en Roberto, su vehículo de dicha, su objetivo de vida, aparece dominada por el más doloroso desencanto, desde el punto de vista moral e intelectual, porque le han puesto en sus manos—su propio marido—el peligroso puñal del análisis.

¿Qué es lo que se ha propuesto Gide en este libro? Creemos no equivocarnos al afirmar que el autor de «*Les Nourritures Terrestres*» ha querido demostrar, lográndolo con amplitud y certeza, cómo la influencia poderosa del hombre ha podido despertar la personalidad en una mujer, que antes de conocerlo la poseía sólo en germinación, debido exclusivamente al amor, a la estimación, al respeto intelectual que siente Evelina por Roberto. Poco a poco su personalidad va desarrollándose y despertándose en Evelina todas las aptitudes analíticas de que era

poseedora y, por ende, su capacidad de diferenciación y comparación de valores. ¿O acaso tal vez Gide ha deseado demostrar, cómo la influencia del hombre puede destruir la capacidad de dicha de la mujer al descubrirle y amaestrarle sus fuerzas intelectivas?

Para desgracia del esposo, el despertar de todas esas facultades que permanecían ocultas, a las cuales contribuyó a alentar Roberto desde antes del matrimonio, se han vuelto contra él y en cambio de ser útiles para acrecentar o conservar la felicidad de que estaba poseída Evelina, sirven para destruirla completamente. Como consecuencia podría desprenderse de esto que mientras menos condiciones de crítica tenga la mujer, es más fácil poder mantener una felicidad inalterable, pues, al desenvolverse, y por lo tanto, al comprenderse todos los resortes que mueven moralmente a un individuo, la limitación de su inteligencia y los factores que actúan dentro de él y que es necesario tener en la obscuridad—porque son negativos y desvalorizadores—para sostener el cariño o estimación alcanzados, devienen, en vez de elementos de unión, en elementos destructores. Acaso también podría suponerse que para que la dicha conyugal tenga realidad persistente deben alejarse todas las manifestaciones del análisis en la mujer, pues el hombre de valor—en este caso un político—lo que busca en ella «no es la mujer misma, sino su espectro, la forma de su ausencia, el presentimiento de su engaño o, para decirlo con otras palabras, el dolor, el simulacro y el remordimiento de ese instante imperceptible de la posesión que, prolongado en ciertos períodos prolijos, no puede inspirar sino tedio».

Queda flotando, además, en «*La Escuela de las Mujeres*» la ausencia de solidez que existe en la institución social que se llama matrimonio y a su consecuencia, la familia, que Ibsen consideraba como lo peor que había inventado el hombre y que André Gide ha llamado en otra ocasión «régimen de prisión».

Nos resta, por último, sólo agradecer a la Empresa Letras

la publicación en castellano de la «*Escuela de las Mujeres*» pues contribuye a divulgar en el público chileno, la obra de André Gide, el más importante de todos los escritores franceses contemporáneos. —A. T.



EL PSICOANÁLISIS. TEORÍA SEXUAL DE FREUD, por el Dr. A. Hesnard.

Tiene razón Hesnard al manifestar que ha sido en su país, Francia, donde mayores resistencias ha encontrado la célebre teoría freudiana, señalando como uno de los motivos fundamentales de esta hostilidad, el recelo que la guerra europea produjo en Francia respecto a los trabajos de carácter científico y de origen germánico; y, por otra parte, a que la doctrina de Freud, a pesar de su evidente importancia, no se ha conformado «a las aspiraciones del espíritu latino».

Hesnard, en esta obra de significado esencialmente divulgativo y exegético, como también crítico, se demuestra—es buen francés—y aunque en un sentido solamente particular, contradictor de la teoría de Freud en varios de sus aspectos, oponiéndole una serie de reparos que son, más o menos, los mismos que se le han hecho y que con seguridad se le continuarán haciendo no obstante reconocer en Freud todas sus grandes y geniales contribuciones a la ciencia en el carácter psicoanalítico y de considerar este movimiento psicológico como el más formidable de la época contemporánea. Pero, a pesar de esto, manifiesta que algunos de los adeptos disidentes del profesor vienés, como Adler y Jung, constructores ambos de teorías psicológicas que han tenido su origen en la doctrina de Freud, la han sobrepasado; ampliamente en su vuelo filosófico.

Hesnard resume su crítica al psicoanálisis en tres puntos principales: el etiológico, el metodológico y el terapéutico. En

el primero no admite que la «etiología de las neurosis sea *primitivamente sexual*», considerando que las causas de la debilidad nerviosa y de la angustia son tan variadas y diferentes que en muchos casos carecen de un origen sexual, sin tener ninguna relación con la libido. Al contrario, afirma Hesnard que la mayoría de las neurosis psicogenéticas, «cuando menos en sus aspectos constitucionales y precoces, frecuentemente brotan y evolucionan siguiendo un ritmo implacable, innato, apenas influenciados por las contingencias de la evolución mental». Además, según Hesnard, el trastorno de carácter sexual, existe muchas veces en seres que no son ni serán jamás neurópatas. «Cuando en el futuro neurópata, se presenta el trastorno sexual, de manera muy intensa, es efecto, expresión precoz y no siempre causa de la enfermedad en estado germinativo».

En este mismo aspecto etiológico, reprocha también Hesnard a Freud que coloque en un idéntico plano de importancia procesos diversos originados por causas también diversas, «como los complejos debidos a represión de las verdaderas perversiones sexuales orgánicas y complejos debidos a la contención del individuo, de emociones tiernas, con profundas raíces en la sensibilidad moral». Freud, para Hesnard, confunde intencionadamente y de ahí que se puedan comprender en gran parte los principios psicoanalíticos—confunde por «necesidades del sistema»—la libido, el apetito sexual exclusivamente con sentido genital, con la afectividad.

En el aspecto metodológico encuentra Hesnard que el psicoanálisis no se basa en técnicas seguras, actuando corrientemente la imaginación en vez del análisis científico, reproche que se le ha hecho con demasiada frecuencia a Freud y a veces no exento de certeza. Ahora, en cuanto a la interpretación simbólica de los sueños, le parece a menudo muy exagerado, no obstante que Hesnard llega a reconocer que puede tener tal interpretación un auténtico valor científico, aunque sólo en determinados aspectos. «Pretender, afirma Hesnard, formar un léxico de los sím-

bolos del sueño, particularmente de los símbolos sexuales, cuando está en la *naturaleza misma* del sueño, construir imágenes de objetos concretos, la mayoría de los cuales tienen una lejana analogía morfológica con los órganos genitales, nos parece muy imprudente. Ciertamente que existe un pensamiento simbólico en el sueño y en la neurosis, por ejemplo; pero ese pensamiento—que de ningún modo es simbólico *porque* es reprimido, sino que lo es natural y primitivamente—está construido, sobre todo, con imágenes que tienen un valor de símbolos estrictamente individuales, propios de cada sujeto».

Es en el aspecto terapéutico donde Hesnard concede que el psicoanálisis ha obtenido sus mejores resultados; pero estos resultados los reconoce el médico francés sólo en los casos de etiología específicamente sexual y aun con no pocas reticencias, llegando a manifestar que el psicoanálisis, como otras muchas terapéuticas psíquicas, puede ser un error hasta cuando cura... y en todo caso, muy a menudo, es sumamente peligrosa la terapéutica psicoanalítica, si ésta no la maneja un individuo de condiciones superiores, y, sobre todo, si no es médico. Esto es lo esencial para Hesnard. Un pedagogo, un psicólogo, si no tienen el título de médico o doctor en medicina están inhibidos para aplicarla.

Aun Hesnard le hace varias observaciones a la teoría freudiana. Entre otras, le reprocha a Freud que no demarque ni diferencie con nitidez los *verdaderos instintos* de los *simples deseos*, expresiones ambas de hechos psíquicos de muy diferentes naturalezas, cayendo Freud en el error de confundirlos continuamente.

«En conclusión, termina Hesnard, el psicoanálisis es un arte seductor, muy útil cuando se trata de penetrar muy a fondo en los dominios de la vida afectiva, y sobre todo sexual, de un individuo normal o enfermo. Doctrina simultáneamente genial y torpe. Método frágil y propicio a toda especie de artificios de preparación y, sin embargo, extremadamente interesante aun en sus equivocaciones, porque su comprobación obliga a investi-

gaciones psicológicas fructuosas—, y, con mayor razón, por sus resultados positivos. Por esta razón, desembarazado de sus exageraciones terminológicas, de sus excesos teleológicos y de sus fantasías de interpretación simbólica, podría muy bien en lo porvenir llegar a una psicología afectiva que reclaman todos los observadores de la vida humana: ciencia descriptiva del alma, finalmente construída en la realidad de los hechos clínicos».

No obstante los continuados reparos que hace Hesnard al psicoanálisis, la obra del médico francés tiene un gran valor divulgativo, pues el método psicoanalítico está expuesto con gran claridad en todos sus puntos esenciales. Creemos que el libro de Hesnard, para las personas que deseen internarse en la estupenda labor del profesor vienés, puede ser de evidente utilidad. Es en el único aspecto en el que debe recomendársele, ya que Hesnard cae continuamente en flagrantes contradicciones, en numerosas confusiones que a veces dan la impresión de que no ha comprendido muchos de los aspectos de la doctrina freudiana, o más bien, que no los ha querido comprender. Además, a menudo tergiversa la teoría de Freud interpretándola de manera fantástica, reprochándole su pansexualismo, no obstante que Freud nunca desconoció que fuera del apetito sexual existen otros fuertes factores que pueden reprimir el instinto de este mismo carácter. Hesnard, como muchos otros, confunde esta dualidad palmaria en la obra de Freud, confusión que éste considera, con verdadera causa, injusta.—A. T.



SOBRE LITERATURA PERUANA Y UN ARTÍCULO DE CARLETON BEALS.—(Especial para *Atenea*, en castellano).

En el número de octubre, 1934, de *Books Abroad* aparece un artículo de Carleton Beals titulado *The Drift of Peruvian Letters*. Tanto por el lugar de preferencia en que lo publica

Books Abroad, como por ser capítulo de un libro recién publicado, *Fire on the Andes*, el susodicho artículo merece este comentario.

Al leer *The Drift of Peruvian Letters* me pareció que la actitud sociológica de esta crítica me era familiar y que me eran conocidas no sólo las ideas expresadas sino las referencias a escritores europeos y hasta las imágenes estilísticas y el vocabulario. Inmediatamente busqué las fuentes de información del señor Beals en los únicos dos libros que podían contenerlas: *La Historia de la literatura peruana* de Luis Alberto Sánchez y *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de José Carlos Mariátegui. Mi sorpresa fué grande al ver que el ensayo del señor Carleton Beals no era sino una traducción fragmentaria y directa del ensayo de Mariátegui, titulado *El Proceso de la literatura* (1). Sin embargo, aunque en una o dos ocasiones el señor Beals cita a Mariátegui, en ninguna parte se hace ver que el artículo es una traducción y el lector queda con la impresión de que el autor de *Fire on the Andes* conoce, y, por lo tanto, está capacitado para escribir acerca del movimiento y desarrollo de la literatura en el Perú. Por otra parte, habría sido de justicia informar a los lectores de *Books Abroad* que el autor de las ideas, la cultura y las imágenes, contenidas en el ensayo era Mariátegui y no Carleton Beals. Como Mariátegui está muerto, es para mí un deber dar el debido crédito a quien fué en vida un buen amigo.

No sé si será aventurado sugerir la opinión de que el señor Beals no ha leído—fuera del libro de Mariátegui— una sola obra literaria peruana. En caso contrario habría agregado a su artículo algún comentario personal, algún nombre de escritor no contenido en *Siete ensayos*, alguna idea que revelara que él, el señor Beals, conocía por lo menos un libro.

Por otra parte, en la traducción hay serios errores. En la

(1) José Carlos Mariátegui, *de la realidad peruana*. (Páginas 169-264), *Siete Ensayos de interpretación*. Amauta, Lima, 1928.

página 174 de su obra dice Mariátegui: «los escritos quechuas pertenecen totalmente a literatos bilingües como el Lunarejo, hasta la aparición de Inocencio Mamani, el joven autor de «Tucuiyac Munashcan». Y Beals dice: «The outstanding exception, save for the lost work of Inocencio Mamani and Tucupa Munás—written in the quechua language—is Garcilaso». Lo que para Mariátegui es una comedia, se transforma en un autor, gracias a la traducción del señor Beals. En Mariátegui: «Ejemplo: la elegía a la muerte de Alfonso XII de Luis Benjamín Cisneros». (Página 179). En Beals: «Witness Luis Benjamín Cisneros», fairly recent elegy to Alfonso XIII» (1). En cierta parte de su artículo Beals cita a Federico More, citado a su vez por Mariátegui. No se da cuenta de esto y escribe: «Mariátegui declara»: En esta parte encontramos en el original español: «Para los herederos del coloniaje, el amor es un lance». (Página 187); es decir, es una aventura, un acontecimiento. Beals escribe: «Mariátegui declares thar for the Limeño, love is a mediéval dance» (El amor es un baile medieval) (2).

Buscando con gran cuidado encontramos por ahí una frase que no está en los *Siete ensayos*. Hablando del grupo de escritores amigos de Valdelomar, dice Beals: «It is, in short, a puerile Menckenism. They brought in d'Annunzian influences». El grupo de Valdelomar estaba formado de escritores modernísimos, que buscaban una nueva expresión. Mencken jamás ha simpatizado con la poesía moderna, ni siquiera la entiende. Estéticamente Valdelomar es la antítesis de Mencken. Y el decir que representan un Menckenismo pueril y al mismo tiempo que trajeron influencias d'Annunzianas es, por lo menos, un original contrasentido.

Como Mariátegui no habla de las dos novelistas del siglo

(1) ¿Necesitaremos recordar al señor Carleton Beals que Alfonso XIII está muy vivo todavía?

(2) ¿Será posible que el traductor haya confundido lance con lanceros?

XIX, Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner, tampoco las menciona Mr. Beals. Buenos escritores son hoy Enrique Carrillo, José Feliz de la Puente, Aguirre Morales, Clemente y Angélica Palma. No están ellos en los *Siete ensayos*; tampoco en *Fire on the Andes*.

El estudio de la literatura hispanoamericana anda muy maltrecho por estas tierras. Sería de desear que los que se dedican a estos estudios tomaran la cosa más en serio. La traducción completa de los *Siete ensayos* de Mariátegui al inglés sería obra loable, siempre que el traductor no se olvidara de mencionar en la página inicial el nombre del autor.—A. TORRES-RIOSECO.

ASTERISCOS

HOMBRES es el título sugestivo del último libro de Eugenio González. Hombres, a secas, como si se tratara de buscarlos para darles un destino. Han escaseado últimamente y es esta la lamentación frecuente. Pero estos hombres de Eugenio González son apenas sombras de hombres. Están construyendo con los elementos del narcótico revolucionario y se deshacen no bien han empezado su tarea de hacer una conciencia nueva. O son escépticos o traidores. Carecen de fe, de dinámica. No llegan a ninguna parte. Comienzan con optimismo y terminan rápidamente en un pesimismo demoledor. Se anulan, unos a otros porque antes que hombres, en el sentido más viril del vocablo, padecen la pesadumbre de la indecisión y de la negación. Forman un fragmento social. Quizá parte de un grupo humano, embriagado de libros. Eso es. Embriagados de literatura revolucionaria. Tal como hoy, en tantos. En tantos que presumen de constructores y no son más que, teóricos enfermos de este otro mal del siglo: la revolución. La revolución la hacen desde los libros... de otros. Desde los libros que no nos cuentan nuestra realidad ni lo que en ella hay que hacer, sino una realidad antípoda, una realidad distante, que no entendemos ni podemos abarcar. Literariamente, es este un libro de primer orden. Con un estilo de rara fuerza evocadora. Se balancea en bellas imágenes. Sube su tono lírico a ratos, porque el autor tiene una fina sensibilidad, y luego amonтона en algunos períodos la suma de la decepción. Es en la médula, un libro de negación. Eugenio González, vió todo eso. Co-

noció todos esos personajes y quiso prenderlos en las páginas con recios alfileres. Son ejemplares de una familia demasiado prolija por estas tierras, pero ¿le conviene a estas tierras una literatura siempre pesimista? ¿No es América el continente de la literatura pesimista? ¿Cuáles son los héroes que triunfan en los libros? Todos están siempre vencidos. Comienzan a actuar en los libros después de un fracaso y continúan a lo largo de las páginas, de derrota en derrota. Se analizan. Se torturan, se destruyen. Nunca lanzan al aire un grito de triunfo o una exclamación de alegría. Autores de libros y masas fragmentarias, se saben de antemano derrotados. Y esta convicción de la derrota, no es cosa de hoy. Viene arrastrando su lepra desde hace un siglo. Contaminando a cada generación que sube. ¿Qué son los muchachos de hoy? Negadores empedernidos. Aun antes de actuar, niegan la acción. Y es porque han bebido la leche del pesimismo, en las generaciones que se nutrieron con el romanticismo derrotista de antaño. Del mismo modo que los clanes políticos se han transmitido sus vicios y sus sistemas electorales corrompidos, los autores se han transmitido el pesimismo. Se dirá que el ambiente es eso. La vida colectiva e individual, eso. Pero es que también el optimismo, la exaltación, la alegría de creaciones viriles, es obra de la sugestión. Se forma un pueblo, no venciendo en los héroes novelescos vencidos y tristes, sino en los héroes que pugnan y forcejean por hacer algo más grande y más sólido. En fin, por dar a la vida un derrotero de esperanza. Los cuadros en que el autor de *HOMBRES* ha trazado la psicología de los revolucionarios sin doctrina y sin norma, están llenos de colorido. Impresionan. Están tratados de mano maestra. Insisto, literariamente el libro es hermoso.

■ Los premios literarios últimos han causado, según afirman algunos, cierto revuelo. ¿Pero, hay seguridad de que esos premios literarios hayan causado el revuelo que se dice? ¿No será exceso de suspicacia? ¿En algunos casos mala fe y en otros falta de soli-

daridad y lealtad? Porque, ¿qué es un escritor chileno sino un miembro de una familia pequeña, que es preciso defender de los que no son escritores? ¿Todavía se quiere que el escritor chileno sea confundido con el escribiente de una casa de comercio? Que unos lo merecían y otros no lo merecían. Como los escolares todavía en tiempos de mari castaña... Triste cosa y triste resultado. Los escritores son las víctimas de la injusticia del ambiente y suelen ser los propios escritores los que ayudan a formar criterio entre la burguesía que los desprecia. Dirán esos burgueses que nunca han creado nada: «Fíjense Uds. como se pelean por un premio... ¿Qué se puede esperar de ellos, cuando entre ellos mismos se muerden y se destrozan?». Y tendrán razón. Y habrán sido los escritores los que con sus publicaciones y comentarios intencionados habrán ayudado a espesar esta atmósfera de desprestigio que rodea, injustamente, a los escritores. Es preferible callar. Cuando la solidaridad no se entiende y es sólo una palabra decorativa, nada puede esperarse de esos que pomposamente tienen la petulancia inconcebible de llamarse escritores. El escritor se queja del ambiente frío que lo rodea. ¿Y quién es culpable? Basta para demostrarlo esta tempestad en un vaso de agua.—OBERÓN.

Notas del mes

Premios literarios

El premio literario municipal fué acordado este año, en la novela a Luis Durand por su obra *Mercedes Urizar*; en la poesía a Pedro Prado, por su libro de sonetos *Camino de las Horas* y en teatro a Arellano Marín por su comedia *Un Hombre en el Camino*. Es decir, tres realizaciones felices, tres obras de importancia en nuestra literatura. Durand está cumpliendo una obra que lo destaca como uno de nuestros más auténticos creadores e intérpretes de la realidad chilena, de la realidad humilde, tanto del campo como del poblacho. Mercedes Urizar es una novela sencilla, conmovedora, ajustada a este tipo de creación en el que intervienen los elementos humanos más sencillos. Prado tiene ganado un prestigio americano con sus obras y Arellano Marín a entrado triunfalmente en el género teatral, cosechando a una edad temprana merecidos triunfos en el estreno de sus comedias. La ceremonia de entrega de los premios se realizó en el salón de honor de la Municipalidad y los escritores premiados agradecieron cada uno, con elocuentes palabras la distinción de que se les había hecho objeto.

Exposición del libro hispanoamericano

En Quito deberá celebrarse la primera exposición del libro hispanoamericano, organizada por el grupo AMÉRICA. El grupo AMÉRICA, desarrolla en el Ecuador una obra de admirable sen-

tido americanista, y ha logrado difundir por todo el continente la revista del mismo nombre que constituye una de las contribuciones más valiosas de acercamiento intelectual efectivo entre los países hispanoamericanos. Esta exposición se inaugurará en el próximo mes de Agosto. Creemos que ninguno de los escritores americanos dejará de acudir con sus obras a este torneo cuya trascendencia no puede discutirse. Nada nos parece más elocuente para dar a conocer las finalidades de este torneo, que reproducir la circular enviada por los notables escritores ecuatorianos Augusto Arias y Hugo Moncayo, a los hombres de letras hispanoamericanos:

Señor:

Auspiciada por el Gobierno del Ecuador, y con la cooperación de las Municipalidades, instituciones culturales, casas editoras, autores, etc., se llevará a cabo, en esta Capital, el 10 de Agosto próximo, la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, organizada por el Grupo América, en celebración del décimo aniversario de la revista de su nombre.

Pretendemos, al realizar dicha Exposición,—la que otorgará valiosos premios a sus concurrentes—, al mismo tiempo que estrechar más fuertemente los vínculos de unión entre los países de América y España, poner de relieve, en forma tan elocuente como será aquella, el grado de cultura intelectual de Hispanoamérica, creando, además, con el acervo de obras enviadas al referido certamen, la Biblioteca Hispanoamericana, organismo que, entre sus funciones específicas contará con la de mantener y fomentar las relaciones de confraternidad e intercambio intelectual entre las naciones de habla castellana, única fuerza práctica capaz de realizar eficazmente nuestros comunes ideales americanistas.

Invocando, pues, sus altos sentimientos de solidaridad, sus probados anhelos por el desarrollo de la cultura de nuestra

América y su bien ganado prestigio intelectual, pedimos a usted su valioso apoyo, a fin de que, con el envío de cuantas obras creyere usted del caso, se enriquezca el volumen y calidad de la Exposición del Libro Hispanoamericano, la que, como verá usted, ha de entrañar una honda trascendencia para la cultura de América.

En espera de su grata respuesta, y rogándole, encarecidamente, se sirva participar esta nota al círculo de sus relaciones, nos es honroso suscribirnos de usted muy Attos. y ss. ss.—Por el Grupo América.—*Hugo Moncayo*; Por la Revista.—*Augusto Arias*.

P. D.—Como en la Exposición del Libro Hispanoamericano se abrirá el correspondiente registro de autores y editores, es necesario conocer su dirección postal o domiciliaria y su nacionalidad, a fin de establecer con eficacia el intercambio del libro.

Libros recibidos

JUAN PABLO ECHAGÜE.—*Discurso en la recepción del Dr. Mariano de Vedia y Mitre, en la Academia Argentina.*—Buenos Aires. 1934.

FERNANDO ROMERO.—*12 novelas de la Selva.*—Ediciones: Perú actual. Lima, 1934.

GONZALO BUWNO.—*Siembras.*—Editorial Labor.—Quito, 1934.

GARCÍA TELLO.—*Lecturas para cirujanos jóvenes.*—Editorial Médica Lagos. Rosario de Santa Fe. 1934.

CARLOS ALBERTO HERRERA.—*Bolívar, (poema).*—Editorial Elite. Caracas. 1934.

HORACIO ROJAS.—*Ensueños de antaño.*—Santiago de Chile. 1934.

ORLANDO CABRERA R.—*Cantares de amor.*—Calera.—(Chile). 1934.

